
Un multimillonario
ZORRO PLATEADO
AVA GRAY

UN MULTIMILLONARIO ZORRO PLATEADO

AVA GRAY

Copyright © 2025 por Ava Gray

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR AVA GRAY

Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad

Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara

La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia

ÍNDICE

Blurb

1. Chandler
2. Mila
3. Chandler
4. Mila
5. Chandler
6. Mila
7. Chandler
8. Mila
9. Chandler
10. Mila
11. Chandler
12. Mila
13. Chandler
14. Mila
15. Chandler
16. Mila
17. Chandler
18. Mila
19. Chandler
20. Mila
21. Chandler
22. Mila
23. Chandler
24. Mila
25. Chandler
26. Mila
27. Chandler
28. Mila
29. Chandler
30. Mila
31. Chandler
32. Mila
33. Chandler
34. Mila
35. Chandler
36. Mila
37. Chandler
38. Mila
39. Epílogo: Chandler

B L U R B

Mi jefe me contrató sin darse cuenta de quién era: un lío con falda corta.

***Y* la hija de su mejor amigo.**

Pero sin duda él sabía que estaba buscando problemas cuando se acostó conmigo.

Tenía la mitad de su edad.

Era su empleada.

Y la última persona a la que debería haber tocado.

Digamos que hizo mucho más que tocarme.

Me encendió el alma.

Pero eso me dejó con un secreto que no podía revelar.

Sobre todo sabiendo que se iba a marcharse.

Lo que no sabía, sin embargo, era que volvería.

No solamente en mi vida, sino también en la ciudad.

Eso significaba que se enteraría de lo de su hijo.

Y la revelación le obligaría a elegir entre toda su vida y nosotros...

Pero, ¿y si me odiaba demasiado como para siquiera preocuparse de hacer esa elección?

CHANDLER

"¡Hola, Chandler, no esperaba verte hoy!"

Mi amigo Daniel Jones entró en las gradas para sentarse y me dio una palmada en la espalda.

"¡El Gran Dan ha llegado!" Levanté el puño para golpearle los nudillos. "¿Qué te ha hecho pensar eso? Tú eres el que ha llegado tarde", señalé.

"¡Eh, Dan!", gritó Doug desde la fila de sillones sin dejar de prestar atención al juego.

Dan cogió una cerveza de la cubitera y miró la comida que tenía delante. Yo volví a untar mi bocadillo con queso y fiambre. Cuando uno de los chicos se encargaba de la comida siempre acababa así, en comparación con cuando involucraban a sus esposas o sobornaban a algún ayudante.

Cuando había un hombre al mando, la comida era esencial, como aquel día. Bocadillos, carne, patatas fritas, alguna salsa rara y, por supuesto, cerveza.

Si, por el contrario, una mujer se encargaba de preparar la comida, la variedad de carnes y quesos que consumíamos a ciegas mientras veíamos el partido era mucho mayor.

Por lo general, también había aperitivos como alitas de pollo, patatas bravas y algunas verduras.

La última vez Doug había olvidado que era su turno para asegurarse de que teníamos algo de comer, pero por desgracia terminamos con pizza y perros calientes.

Pero hoy era diferente: comida basura y asientos en las gradas para ver un partido... ¡qué vida!

Envolví mi bocadillo con una servilleta de papel y tomé una cerveza.

Inclinando la cabeza, dejé claro a Dan que me dirigía a mi asiento.

Cogió unas lonchas de queso y carne, se las metió en la boca y me siguió.

Antes de que mis nalgas pudieran tocar los asientos de cuero, me encontré gritando junto con todos los demás que se habían levantado de repente. *¡Punto!* Nuestro equipo iba por delante en el primer descanso.

"¿Qué me he perdido?", preguntó Daniel.

Me recosté en los lujosos asientos de cuero acolchado. "Lo de siempre. Un puñado de tíos sobre patines de hielo equipados con palos, dándose de hostias para meter un pequeño disco en la portería del equipo contrario. ¿Qué creías que te estabas perdiendo? Al menos vamos ganando".

Nuestro equipo no iba muy bien en los playoffs. Teníamos que ganar ese partido o nos habrían eliminado del campeonato.

"Veo que has llegado a tiempo para comer", dijo James, levantándose bruscamente de su asiento y acercándose a la mesa contigua llena de comida.

Dan, Doug, James, McLain, Greg y yo habíamos reservado una especie de "palco" en las gradas donde podíamos comer mientras veíamos el partido.

Siempre reservábamos uno, ya fuera en el estadio de hockey, de fútbol o de béisbol. Sin embargo, cuando se trataba de baloncesto, todos estábamos de acuerdo en que los asientos cerca del parqué, a pie de pista, eran los mejores. Estar tan cerca de la acción nos hacía sentir como si estuviéramos dentro del partido.

Aparte de Doug y yo, no creo que nadie más pudiera seguir practicando ningún deporte.

Tal vez Dan, que todavía estaba en forma. Todos estábamos envejeciendo. Dan y yo éramos los únicos solteros en ese momento. McLain se estaba divorciando de nuevo. Al menos esta vez no había niños de por medio.

A los cuarenta años era el más joven del grupo, pero podía sentir cómo la mediana edad empezaba a soplarme en la nuca con cada chasquido de mis rodillas.

Mis articulaciones me recordaban constantemente que no había sido amable con mi cuerpo en mi juventud. Por aquel entonces me gustaba correr duro y aprovechar mis puntos fuertes. Ahora tenía suerte si conseguía correr un par de kilómetros por el parque antes de quedarme sentado frente al ordenador el resto del día.

"¿Por qué has llegado tarde?", le pregunté.

"Sí, ¿por qué llegas tan tarde?" Doug le hizo la misma pregunta que yo.

"Mi hija se muda a mi casa", contestó Dan.

"¿Para las vacaciones de verano?", preguntó James. "Yo diría que es demasiado pronto. Sally no empieza sus vacaciones hasta junio".

"Desde luego, no echo de menos aquellos días. Te puedo asegurar que cada tres meses movía el sofá que Donny había encontrado a un lado de la carretera para que pudiera dormir en mi casa. Cuando él y su novia alquilaron un piso pequeño, me alegré tanto de no tener que mover más ese puto sofá...".

Doug se rascó los hombros, como si el mero hecho de hablar de la experiencia le causara malestar.

"Mila se ha graduado", anunció Daniel.

"Es fantástico", comentó James.

"Te refieres al instituto, ¿no?". bromeé.

El hecho de que su hija hubiera terminado la universidad significaba que yo era aún mayor de lo que ya me sentía.

Obviamente, había conocido varias veces a los hijos y cónyuges de todos mis amigos. El hijo de Doug se llamaba Donny y la última vez que lo había visto era alto y delgado. Ahora vivía con su novia.

Sacudí la cabeza. ¿Por qué ver crecer a los hijos de los demás me hacía sentir que a todos les iba bien en la vida menos a mí?

En cambio, Mila, la hija de Daniel, era muy callada de pequeña. Parecía tímida en cualquier circunstancia. Por aquel entonces llevaba aparato, gafas gruesas y tenía un aspecto casi de marimacho. Solo podía saber que era una niña por el hecho de que yo era amigo de su padre y por el nombre que llevaba.

Muchas veces a Dan le molestaba toda aquella timidez, ya que, por el contrario, él era un tipo muy extrovertido. Ella, en cambio, no era rival para su energía. Quizá tuviera algo que ver con la muerte de su madre a una edad temprana. O tal vez yo no sabía nada de niños y tenía que dejar de hacer conjeturas extrañas. Nunca tendría hijos propios.

"¿Mila ya se ha graduado en la universidad? Qué rápido", comenté.

"Yo no diría eso. Se tomó un año extra para poder cursar un semestre en el extranjero. Se mudará a mi casa hasta que pueda pagarse un piso. Los precios de los alquileres son absurdos. Ya no es posible pagar el primer mes de alquiler más un depósito. Hoy en día, ¡todos quieren un depósito equivalente a tres meses de alquiler! Si alguna vez pudiera encontrar tanto dinero, la animaría inmediatamente a comprarlo en vez de alquilarlo", replicó Dan.

"Pero, por desgracia, esta es la realidad del alquiler y la propiedad de inmuebles. Hay que seguir las tendencias y estar al tanto del valor de mercado", comenta James.

"Lo sé bien. Pero es distinto cuando se trata de tu hija", dijo Daniel.

"Cómprale algo", intervino Doug.

Dan negó con la cabeza. "Se ha vuelto muy testaruda al querer hacerlo todo ella misma".

"Le pagaste la universidad, ¿no? ¿Por qué es tan exigente ahora?", replicó Doug.

Asentí con la cabeza.

¿Por qué independizarte ahora, cuando tu padre podía permitirse claramente pagar tus gastos?

Aparte de McLain y sus diversos divorcios, todos los de nuestro grupo de amigos podían permitirse perfectamente mantener a sus hijos. Yo también podría haberlo hecho, si hubiera...

"Por eso llegué tarde. Tuvimos una animada discusión sobre su futuro trabajo".

"¿Ella quiere trabajar y tú dices que no tiene que hacerlo?", pregunté.

"No exactamente. Ella quiere trabajar. Insiste en hacerlo, pero no quiere que haga lo que yo quería hacer".

Todos enarcaron las cejas y luego se explicó mejor.

"No quiere que os pregunte si podéis ponerla de secretaria o algo así. También sería una buena recepcionista".

La Mila que yo recordaba, en cambio, habría sido una pésima recepcionista. Las recepcionistas tenían que ser atractivas y muy extrovertidas. Eran la cara de la empresa. No tenían que tener miedo a ser astutas y, desde luego, no eran niñas raras.

"¿Por qué no la pones a trabajar directamente para ti?", preguntó Doug.

Daniel negó con la cabeza. "El consejo de administración se opone a la contratación basada en el nepotismo. En el pasado, los nietos e hijos de algunos miembros de la empresa solo han hecho daño y nos han hecho perder a nuestros clientes más importantes. Todavía nos estamos recuperando de ese daño. Es imposible que el Director General, es decir, yo, pueda contratar a su hija para hacer algunas tareas".

"¿Qué le gustaría hacer?", le pregunté.

"Solo le importa no tener que vivir con su padre", se rio Daniel.

"Tengo estudiantes con un máster que luchan por conseguir unas prácticas para entrar en el mundo del capital riesgo. Es imposible que te ofrezca un trabajo. Lo digo en serio. Tendría que tener un título antes de ser considerada", dijo James.

Doug se encogió de hombros. "Dile que envíe su currículum a mi oficina, yo lo remitiré a RRHH. Puede que tenga algo para ella".

"Lo mismo digo", dije. "Estoy seguro de que encontraremos algo para ella. No dejes que envíe nada a McLain, a menos que quieras que se convierta en la próxima ex-Sra. Butler..."

Doug me agarró del hombro. Es verdad, lo había olvidado. La chica de la que se está divorciando ahora empezó con él como recepcionista. "Sí, dile que no le mandas nada".

"¿Pero por qué no está aquí con nosotros ahora? Greg está en un crucero, pero ¿cuál es la excusa de McLain?"

Apenas un minuto después, nuestros teléfonos móviles sonaron con un mensaje en nuestro grupo. Era un mensaje del propio McLain.

Esa perra incluso está tratando de agarrar mis boletos de temporada para ver los partidos. Y todo por el divorcio. Mi abogado dice que no se quedará con todo. Además, sería mejor para mí retirar todo mi dinero para que ella no pueda sacarlo de mi cuenta bancaria. De ninguna manera dejaré que gane.

Todos leímos en nuestros teléfonos móviles y luego nos miramos unos a otros.

"Eso explica por qué McLain no ha venido hoy al partido", comentó Doug.

Se oyó un rugido detrás de nosotros. El partido había vuelto a empezar y ninguno de nosotros se había dado cuenta. Nos sentamos cómodamente en los caros sillones de cuero y centramos nuestra atención en el partido.

Era más fácil que lidiar con el lío del divorcio de McLain y la forma en que se reflejaba en nuestras vidas.

Conocía bien a mis amigos: pensaban lo mismo que yo.

El lunes por la mañana todos íbamos a telefonear a nuestros abogados para que le ayudaran con el caso judicial en curso.

Mientras pensaba en ello, envié un mensaje a mi responsable administrativo. Le di una lista para que la añadiera a la lista de tareas del lunes por la mañana.

Espera un CV de Mila Jones y consíguele un trabajo decente.

MILA

Seguía muy enfadada con papá. Quería conseguir un trabajo por mi cuenta. Cuando me dijo que enviara mi CV a sus amigos, tardé una larga semana de rechazos antes de dejar a un lado mi orgullo y hacerlo. Mi CV permaneció en el buzón de Chandler solo unos minutos antes de que recibiera una llamada telefónica para una entrevista.

"¡¿Tienes una entrevista?! Eso es estupendo. Asegúrate de darle las gracias a Chandler de mi parte cuando lo veas", dijo papá.

Era la primera señal real después de casi un mes buscando trabajo, así que, por supuesto, iba a ir a la entrevista. Pero no quería hacerla.

Después de cinco años viajando y viendo mundo - había pasado un semestre estudiando en Escocia y había visitado casi toda Europa gracias a mi pase Eurail, que me permitía viajar por 33 países europeos en casi todos los ferrocarriles - volver al dormitorio en el que había crecido me parecía un fracaso.

La única entrevista que conseguí, por tanto, fue con un amigo de mi padre, y desde luego no por mi CV.

Algunos de mis compañeros habían recibido ofertas de trabajo y se habían organizado para trasladarse inmediatamente después de graduarse.

Me parecía que todas las personas que conocía avanzaban hacia su futuro. Se habían convertido en adultos con carreras por delante. Yo también quería que fuera así. En cambio, estaba de vuelta en casa y tenía que fingir ser la misma niña que era antes de irme a la universidad.

La realidad era que yo ya no era así. *Había cambiado por completo.*

Quería tomar mis propias decisiones y no tener que depender de papá para cada pequeña cosa. Era vergonzoso tener que pedir dinero prestado para comprar tampones porque ni siquiera tenía un trabajo a tiempo parcial que me permitiera tener algo de dinero propio.

También odiaba la impaciencia con la que había aceptado la entrevista de trabajo cuando me la ofrecieron.

Al meter el coche en el aparcamiento para empleados del Grupo Wilson, sentí una punzada de inseguridad y de no pertenecer a aquel lugar. Que mi coche no fuera el más moderno y lujoso no significaba que mi presencia allí no fuera tan válida como la de quienes conducían todos esos

coches caros.

Yo misma había comprado y pagado aquel coche. Papá había insistido en aportar parte del dinero, así que le permití que me comprara neumáticos nuevos y se hiciera cargo del seguro. Pero el resto era dinero ganado con esfuerzo en los diversos trabajos esporádicos que había hecho en el instituto y los dos primeros años de universidad.

Sin embargo, no vacilaría. Estaba decidida a lograrlo sola y no con papá, que me financiaría siempre.

Chandler Owen no estuvo presente en la entrevista, así que al final me di cuenta de que puede que me ayudara a entrar allí, pero que al final me contratarían por mis propios méritos.

Eres una chica fuerte y capaz, me repetía a mí misma, como si fuera un mantra, mientras mis tacones repiqueteaban sobre el suelo de cemento del aparcamiento. *Te mereces este trabajo y este es tu sitio*.

Tomé un sorbo de café, comprobé que llevaba mi tarjeta de identificación en el cordón y me apresuré a subir a los ascensores.

"Llegas pronto", me saluda Alana, la responsable de Recursos Humanos, cuando entro corriendo en su despacho.

"Siempre soy puntual", le contesté. Me había apresurado a entrar en su despacho exactamente dos minutos antes de la hora prevista.

"Mila, sabes que esto no es un restaurante de comida rápida. Nadie comprueba tu tarjeta".

Sentí que se me caía la mandíbula.

Oh mierda, ¿había una tarjeta de tiempo? No había fichado ni a la entrada ni a la salida. "Nadie me la ha enseñado todavía..."

Alana agitó las manos en el aire, interrumpiéndome.

"No te preocupes, estamos aquí para hablar".

Me tranquilicé y me hundí en una de las sillas frente a su escritorio.

"Confiamos en que trabajen de acuerdo con los requisitos. A veces puede ocurrir que llegues un poco tarde y otras que tengas que quedarte aquí un poco más de lo previsto los viernes. En el pasado trabajé para un director que creía en la chorrada de que *si no llegas a tiempo, entonces llegas tarde con el trabajo que tienes que hacer*. En cualquier caso, conozco bien todas las normas".

"¿Es usted abogada?", le pregunté.

"No oficialmente. Nunca he hecho el examen estatal, pero quiero asegurarme de que mis empleados reciben un trato justo", dijo.

"Eso explica por qué estás en RRHH. Tiene sentido", repliqué.

"¿Has pensado alguna vez en trabajar en RRHH?", me preguntó.

Sacudí la cabeza.

"Odio admitirlo, pero aún no sé exactamente en qué me gustaría centrarme. Me gusta hacer un poco de todo", explico.

"He leído tu currículum y me gustaría contratarte como ayudante, solo para darte la oportunidad de aprender lo máximo posible. Es más fácil hacer una formación completa contigo que contratar a un interino cada vez". Luego sonrió y empezó a hojear un expediente que tenía sobre la mesa. "La semana pasada tuve un problema con una de las recepcionistas. Pensé que solo la pondría a trabajar allí unos días, pero en realidad recibí una llamada del consejo de administración. Tienen una secretaria que se va de vacaciones la semana que viene, así que tú ocuparás su lugar. Mañana irás directamente a la planta 15 a trabajar con Lisa Teddy. Ella te enseñará lo básico del trabajo y te ayudará a prepararte para trabajar con algunos de los ejecutivos de la empresa".

Parpadeé un par de veces. No esperaba algo tan importante.

Sí, ser asistente ejecutiva era un puesto de alto nivel, aunque yo solo fuera interina.

"Muchas gracias". Volví a ponerme el bolso al hombro y me levanté. "Entonces, ¿te veré los próximos días?"

Alana negó con la cabeza. "No hace falta. Creo que trabajarás para Kathleen McDonald. No le gustan las cosas llamativas y parece asociar cierto estilo con la competencia. Nunca lleves colores brillantes en su presencia. Parece que le gustan los asistentes que visten colores normales. Negro, blanco, azul, gris y cosas así... si las tienes".

Hice una pausa. Estaba emocionada, pero también empezaba a preocuparme. "¿Hablas en serio? Me refiero a los colores".

Alana asintió: "No le importará que no llegues a tu mesa a las ocho y media en punto, pero se enfadará mucho si tienes que presentarte a trabajar de rosa. Hazme el favor. Si tienes algo de tiempo, ahora ve con las recepcionistas y ayúdalas. Solo por hoy, gracias".

Por supuesto llevaba un vestido rosa oscuro aquel día.... Por suerte no tuve que lidiar con esa mujer McDonald hasta el día siguiente.

Le di las gracias a Alana y me dirigí a la planta baja. Guardé mis cosas en el pequeño guardarropa que daban a las recepcionistas antes de ir a sentarme en el mostrador central, en medio del vestíbulo.

"Hola Mila, me alegro de tenerte hoy conmigo", dijo la recepcionista habitual.

"El placer es mío", respondí a la chica.

Después de unos momentos, oí una voz sexy detrás de nosotros.

"Buenos días".

Me di la vuelta y cuando reconocí al amigo de papá, contuve la respiración.

Abrí mucho los ojos y me mordí el interior de la mejilla. Gritar el nombre de Chandler Owens como si lo conociera de toda la vida no era precisamente apropiado, aunque en realidad lo conocía desde niña.

Cruzamos miradas y respondí en voz baja: "Hola".

¿"Mimi"? ¿Eres tú? Lo siento, quizá me equivoque", preguntó.

Hice una mueca y asentí: "Llámame Mila, ya nadie me llama Mimi, excepto papá. Aunque recuerdo que todos sus amigos me llamaban Mimi cuando era pequeña. Me alegro de volver a verle, señor Owens".

"Pues a mí me pasa lo mismo. Mis amigos nunca me llaman Sr. Owens. Me llamo Chandler. Me alegra ver que hemos podido encontrar un trabajo adecuado para ti. ¿Te estás instalando?"

Estaba mucho más sexy que la última vez que lo había visto. Tal vez fuera el estampado de su traje de diseño o la forma en que su pelo oscuro se había vuelto un poco plateado en las sienes.

Asentí como hipnotizada.

"En realidad he llegado hoy y solo estaré un día en recepción. Mañana iré a ayudar a la asistente de la Sra. McDonald".

"¿De verdad? Así que a partir de mañana aprenderás un poco de todo lo que hacemos aquí", dijo con una ligera risita.

Estaba bastante segura de que era producto de mi imaginación, pero su mirada abandonó mi rostro y recorrió todo mi cuerpo antes de volver al momento en que nuestros ojos se encontraron de nuevo.

"Bueno, espero verte mañana por la planta 15, Mila".

Saludé a Chandler con una pequeña y avergonzada inclinación de cabeza mientras él asentía y se dirigía a los ascensores.

¿De verdad acababa de cuadrarme de pies a cabeza? Sacudí la cabeza. No era posible.

Chandler Owens parecía un modelo de GQ. Estaba absolutamente impresionante con traje y corbata.

Recordé que de pequeña me había enamorado de él cuando apareció en el barco de papá vestido con pantalones cortos y una vieja camiseta deportiva. Ahora sería difícil no mirarlo con traje y corbata.

Seguía siendo una profesional y esos pensamientos no eran bienvenidos en un entorno laboral. Tenía que asegurarme de no compartirlos con nadie.

"¿Conoces a Chandler Owens?", preguntó la chica después de que desapareciera de nuestra vista.

"Sí." Finalmente me senté y empecé a prepararme para el trabajo.

Me coloqué los auriculares del teléfono en las orejas y me ajusté el pelo, asegurándome de que el micrófono no lo estropeara. "Es amigo de mi padre desde hace muchos años. No lo he visto desde que me fui a la universidad".

Sacudió la cabeza. "No puedo creer que ya me estés ocultando algo. Creía que éramos amigas", respondió sonriendo.

"¿Qué se supone que significa eso?", le pregunté.

"Ese hombre es lo más bonito que se puede ver por aquí y tú lo conoces como si nada". Luego atendió una llamada, ignorándome.

Me gustaba esa chica. Me hacía pasar un mal rato, pero era solo por diversión.

Entonces, esa chica, que luego supe que se llamaba Daphne, pensó que Chandler estaba muy bueno.

Bueno, ciertamente no se equivocaba...

CHANDLER

"Señor Owens", empezó Mila, acercándose a mí con una carpeta en la mano.

A estas alturas llevaba casi dos semanas en la planta 15. De hecho, cada mañana esperaba con impaciencia verla sonreír, pero no fue así.

"¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames Chandler?", le dije, cogiendo la carpeta.

"Mientras ya no trabaje al servicio de la Sra. McDonald. Cada vez que lo he intentado y en cuanto te vas, ella me corrige inmediatamente. Siempre dice que tengo que llamarla por su nombre", replicó.

No me sonreía en absoluto y eso no me hacía feliz en absoluto. Su irritación con Kathleen era evidente y me estaba enfadando.

"¿Quieres que le diga algo al respecto?"

En lugar de sonreírme tímidamente y agradecerme la sugerencia, los ojos azules de Mila se abrieron de par en par.

"No, por favor, no. Ya tengo problemas con ella. La Sra. McDonald espera que sepa lo que quiere que haga, incluso antes de decírmelo. Una cosa es que te consideren apenas adecuada para el trabajo que tienes que hacer, y otra que te consideren una alborotadora. No quiero que pienses que intento implicarte ni nada por el estilo".

Parecía completamente aterrorizada.

"Oye", me acerqué y le pasé el brazo por el hombro. En ese momento de contacto, varias cosas en mi cerebro se volvieron locas y otras cobraron vida. Tragué saliva y forcé mi capacidad de concentración para no perder el rumbo. "No diré nada. No tienes que preocuparte por Kathleen. Yo te cubro las espaldas".

En aquel momento, su espalda estaba un poco más que apoyada en mí...

Las curvas que la pequeña Mimi había desarrollado en sus años de universidad eran muy atractivas. Llevaba días admirándolas en secreto y ahora las sentía cálidas y suaves mientras ella apretaba su cuerpo contra el mío.

¿O era yo presionándola?

"Kathleen exige excelencia a todo el mundo. Creo que es más dura con los jóvenes reclutas porque mira su futuro y no su presente. Estás haciendo un gran trabajo, Mila, no lo dudes".

Apoyó su cabeza en mi pecho. Fue solo un momento de consuelo de un gran amigo de su padre. Un gesto amistoso, nada más.

Sin embargo, mi presión arterial se disparó y mis latidos se aceleraron. Algo dentro de mí no aceptaba aquel contacto como un simple gesto amistoso y benévolo.

Conocí a esa chica durante años y no había nada malo en ello, ¿verdad?

Sin embargo, una sacudida de protesta rebotó en mis pelotas. Mila era demasiado joven para mí. De hecho, no... La tímida Mimi se había convertido en la sensual Mila y ahora era una mujer de verdad, con todas sus curvas en el lugar adecuado y unos labios carnosos que me hacían tener pensamientos inapropiados.

"Si has terminado, será mejor. No deberías estar abrazando a mi ayudante en el pasillo", dijo la voz entrecortada de Kathleen mientras se abría paso entre la confusión de mi cabeza.

Dejé que mi brazo se soltara de su espalda y me alejé.

Fue casi un alivio dejar de estar en contacto físico con Mila. Mi cuerpo se calmó y los errores de mi cerebro parecieron corregirse solos.

"Mila es una amiga de la familia, no hay nada de poco profesional en darle algo de consuelo", respondí.

"Si me entero de que has hecho un chiste verde en presencia de mi ayudante...".

"No hay ningún problema, Sra. McDonald. El señor Owens es amigo de mi padre desde hace muchos años. No era más que un consejo y apoyo paterno", dijo Mila en mi defensa.

Sonreí y asentí, mientras cada célula de mi cuerpo protestaba por ser equiparada a algo *"paternal"*.

Esos pensamientos que tanto me costaba reprimir eran cualquier cosa menos paternales. De hecho, paternales una mierda; solo me interesaba que me llamara *"papi"* de forma sexy.

Menos mal que Kathleen había tropezado con nosotros y enfriado mis espíritus hirvientes como una ducha helada.

Nunca había luchado con pensamientos inapropiados en el lugar de trabajo. Siempre había sido capaz de manejar las situaciones incluso cuando estaba junto a mujeres hermosas y nunca me había dejado distraer por sus formas sexys.

Con Mila, sin embargo, se trataba de un hecho nuevo y preocupante.

"Las muestras públicas de afecto no son apropiadas en un lugar de trabajo".

"Por supuesto, señora McDonald, lo recordaré", respondió Mila. Bajó la cabeza y desapareció.

"Kathleen". La detuve cuando se daba la vuelta para seguir a Mila hacia su despacho. "¿Qué significa esto? ¿Quieres hacerme creer que no abrazarías a tu sobrina y le ofrecerías palabras de ánimo sobre su nuevo trabajo?".

Nunca había pensado realmente en Mila como una sobrina, pero no dejaba de ser la hija de un gran amigo mío. Kathleen debería haber entendido ciertas cosas.

"Ella no es mi sobrina. Ni tuya". Me miró a los ojos intensamente. Intentaba expresar un concepto sin decir exactamente lo que pensaba. Luego giró sobre sus talones y se alejó.

Mi intento de explicar la familiaridad entre Mila y yo fue completamente ignorado.

Interpreté la intensa mirada de Kathleen como una forma de decir que sabía muy bien que Mila no era mi sobrina y que, como empresario varón, no tenía derecho a tocar a ninguna de mis empleadas, sobre todo con abrazos que pudieran malinterpretarse.

Le habría dado la victoria a Kathleen en aquella conversación. Como si fuéramos a llevar la cuenta.

En aquel momento, a modo de recordatorio, me prometí que me alejaría de Mila Jones: me estaba diluyendo el cerebro y mi cuerpo se comportaba como si tuviera veinte años.

Una vez que la asistente habitual de Kathleen estuvo de vuelta, fue bastante fácil evitar a Mila.

Si me cruzaba con ella, era porque estaba en la recepción principal.

Era muy adecuada para ese puesto. Saludaba a todo el mundo, incluso a mí, con una sonrisa radiante y un tono de voz amable.

Era completamente diferente de la niña que yo recordaba. La Mimi de mis recuerdos era demasiado tímida y sobre todo su presencia era tranquila y taciturna. Muy diferente de la mujer en la que se había convertido.

"Buenos días, Chandler", me dijo la siguiente vez que la vi.

"Te has acordado de tutearme", le dije, deteniéndome y apoyándome en su puesto.

Mila vestía colores vivos y sus ojos parecían reflejar los tonos morados de su ropa.

"Pareces más animada esta mañana. ¿Qué te pasa?", le pregunté.

Sacudió la cabeza. Unas largas ondas de pelo castaño le caían sobre la cara.

"No lo sé. ¿Tal vez son solo las luces del pasillo?"

"Puede ser. Pero me gusta verte así". Le di una palmadita en el escritorio y me dirigí a los ascensores. "Que tengas un buen día."

"Tú también", respondió, agitando los dedos en señal de saludo.

Cuando me volví para mirarla por última vez, me di cuenta de que ella también me estaba mirando. Le guiñé un ojo mientras ella se sonrojaba y apartaba la mirada, avergonzada.

Intenté no pensar en ella y la siguiente vez que la vi fue unos días después en la cafetería de los empleados, mientras tomaba un café.

"¿Sabes que hay máquinas en las salas de descanso por si necesitas hacer café para las reuniones?", le dije.

"Oh, hola Chandler. Sí, lo sé, tomarlo en el bar habría sido mucho más conveniente. Tengo que conseguir más para el personal de marketing. Están trabajando duro para un plazo determinado, así que el señor Williams está comprando mocas y cafés con leche para todos", dijo sonriendo.

Aquella sonrisa iluminó su rostro e hizo brillar sus ojos.

La última vez que los vi bien, habría jurado que eran azul oscuro, casi violáceos, pero ese día eran definitivamente verdes y deslumbrantes.

"¿Es Mark quien te hace llamarle Sr. Williams?"

"Hasta que me diga que puedo llamarle Mark, seguirá siendo el Sr. Williams para mí. Tengo que conseguir más cafés y subirlos antes de que se enfríen demasiado. Al parecer, el marketing funciona con cafeína".

"Hasta luego, Mila". Quería volver a verla, lo antes posible. "La próxima vez tal vez deberíamos juntarnos y tomar un café".

Me sonrió, asintió y se alejó a toda prisa. Había parecido nerviosa, así que recordé mis palabras, pero nada me pareció extraño o fuera de lugar.

Pedí un espresso y comprendí bien toda esa necesidad de cafeína del departamento de marketing, ya que yo también la necesitaba.

A la mañana siguiente, cuando creí ver a mi asistente administrativa sentada en su mesa, me llevé una grata sorpresa al ver a Mila en su lugar.

Su ceño se frunció mientras miraba fijamente el ordenador. Bajó la vista hacia algo que había sobre el escritorio antes de volver su expresión preocupada al monitor.

"¿Estás bien?", le pregunté.

"El 'log in' está bloqueado y por lo tanto no puedo acceder a este lugar. Lo que significa que hoy no podré hacer bien mi trabajo".

No me miró ni una sola vez, su atención estaba completamente centrada en el ordenador que no funcionaba.

"Levanta el teclado", le dije.

"¿Qué?"

"El teclado". Me acerqué al escritorio y lo levanté. "Heather suele escribir ahí la contraseña por si la necesito".

Mila quitó el teclado de las manos y lo levantó por completo. En la parte inferior había pegada una nota post-it con una serie de palabras borradas y solo una sin cambiar.

"¡Genial, gracias! Habría sido un desastre si no hubiera podido acceder al ordenador".

"¿Dónde está Heather?"

"Dijo que estaba enferma y me enviaron en su lugar. ¿Todavía estás de acuerdo con eso?"

"Sí, por supuesto, no hay problema. De hecho, estoy muy contento. Quería pasar un poco más de tiempo contigo. Puede que tengamos que trabajar hasta tarde esta noche. Podríamos pedir algo de cena para llevar". Di un paso hacia mi despacho.

No era eso lo que pretendía decirle, pero era lo que pensaba.

No podría decir si me sentía como si estuviera haciendo algún tipo de avance sobre ella.

Sin embargo, parecía perfectamente tranquila, como si no hubiera interpretado mis palabras como algo inapropiado.

"Espero que no te lo hayas tomado a mal. No pretendía insinuar nada...".

"Bueno... me dijiste que íbamos a tomar un café juntos. Así que si eso era una invitación a trabajar de nuevo esta noche después de la cena, no me habría negado".

Suelto una media carcajada.

"Bueno, pero él no quería ser...".

Inmediatamente me interrumpió. "Le repito que si me lo pidiera en serio, no diría que no".

MILA

Miré fijamente a Chandler a los ojos desde una mesa íntimamente pequeña. Sus rasgos oscuros estaban iluminados por el suave parpadeo de la luz de las velas.

No podía parar de reírme. En mi cara aparecían constantes risitas de placer. Jugueteaba con mi copa de vino, pero mi apetito por la comida y la bebida se veía superado por mi nerviosismo.

Chandler cogió su vino y me pasó los dedos por el dorso de la mano. Dejé escapar otra risita histérica ante el suave cosquilleo de su tacto.

Cuando había aceptado salir a cenar con él, desde luego no esperaba que fuéramos a un pequeño y apartado local italiano con mesas a la sombra para encuentros románticos. Me había dado cuenta de que solo iba a ser una cena, pero una parte de mí no se creía que fuera a ser una especie de cita. Supuestamente era mi jefe, así que esperaba que la cena de después del trabajo fuera en un lugar más concurrido y que incluyera entremeses fritos y televisores de pantalla gigante por toda la sala.

El sitio en el que estuvimos era mucho mejor.

"Tus ojos son simplemente hipnóticos". Su voz era un rumor bajo.

No me había dado cuenta de lo profundo y delicioso que sonaba.

Llevaba años enamorada de Chandler Owens y todo lo que hacía o decía me parecía sexy. Por supuesto, su voz siempre había despertado sentimientos eróticos en mí también, solo que nunca me había dado cuenta de lo profunda que era en realidad. El timbre y la forma en que retumbaba en su pecho me daban ganas de lanzarme sobre él.

Ante su halago de mis ojos, me mordí el labio y me sonrojé. Era una especie de idiota embaucada delante de aquel hombre.

En el trabajo había conseguido mantener mi comportamiento profesional sin pestañear. Vale, quizás había pestañeado unas cuantas veces más... Puede que incluso coqueteara con él más de lo debido. Pero la mayor parte del tiempo mantuve mi profesionalidad y no intenté cortejarle. Hice mi trabajo y me concentré en mis tareas.

Ahora, sentada en el restaurante, me sentía agitada. Me hormigueaba la piel de nerviosismo. Todo lo que decía Chandler me parecía muy gracioso y no podía evitar posar mi mirada en sus labios. No eran excesivamente gruesos y carnosos. No me gustaban los labios demasiado grandes

en un hombre, pero tampoco me gustaban esas finas líneas que no eran más que un mero corte.

La boca de Chandler era perfecta, sus labios estaban bien perfilados y yo no podía dejar de mirarlos.

Por supuesto, mientras lo hacía, pensaba en cómo sería besarle y tener esos labios sobre mi piel.

Su dedo volvió a rozar los míos.

"Intenté averiguar de qué color eran tus ojos. Ahora son bastante oscuros. Antes hubiera jurado que eran azules. El otro día, sin embargo, tus ojos eran definitivamente verdes. Quizá puedas cambiar el color para que combine con tu ropa", dijo riendo.

"Eso es porque a lo mejor tú no ves tan bien... y de todas formas yo también tengo mis secretos", dije sonriendo antes de volver a morderme el labio.

"¿Secretos?", ladeó la cabeza antes de beberse el vino. Luego se sentó más erguido, de modo que ya no estaba tan cerca de mí. "Estoy bien que es mejor no preguntar nunca a una mujer su edad, pero en serio, esto de los ojos me deja completamente estupefacto. No me gusta no ser capaz de entender algo. Soy un hombre lleno de respuestas, mientras que tú...".

Me gustaba el hecho de que le estaba dejando boquiabierto. Un hombre adulto y sexy como él se sentía desconcertado por mi presencia. Era una sensación de poder.

"¿De verdad me miraste a los ojos toda la noche y simplemente te molestaste en averiguar de qué color eran?".

Justo al otro lado del borde de la pared que nos daba la impresión de intimidad, alguien carraspeó. Fue advertencia suficiente. Unos segundos después apareció el camarero con nuestras comidas en una bandeja. Me aparté dejando al chico el espacio que necesitaba para ordenar los platos.

"Esta comida huele muy bien", dije mientras colocaba la servilleta en mi regazo.

El camarero rellenó nuestras copas de vino antes de dejarnos solos.

"¿Qué has elegido que estuviera bueno?", le pregunté mirando su plato. Todo estaba empapado en una espesa salsa de tomate con un poco de queso parmesano por encima. Me había distraído con, bueno, todo lo relacionado con él y también con aquel bonito y pintoresco restaurante para poder prestar atención a sus elecciones culinarias.

Había elegido raviolis.

"¿Qué has cogido?"

"Berenjena a la parmesana".

Luego pasamos a los segundos y él seguía hurgando en su plato con el tenedor. "Por aquí abajo hay una salchicha italiana". Levantó el tenedor con un trozo de carne cortado.

"Nunca he comido algo similar", confesé.

Se metió el trozo de salchicha en la boca y empezó a masticar.

"¿Quieres un bocado?" preguntó Chandler.

Asentí con la cabeza porque tenía la boca demasiado llena para hablar.

Bebí un poco de vino para bajar la comida.

Cortó metódicamente un trozo y me acercó el tenedor a la boca. Las hebras de queso empezaron a descender por el plato.

Me incliné hacia delante, abriendo los labios mientras él movía su tenedor hacia mí.

De repente retiró el tenedor mientras yo me quedaba boquiabierta como una idiota.

"No, vamos, he cambiado de opinión. Me lo comeré todo", dijo riendo.

Chandler se burló una vez más mientras masticaba.

Luego se limpió la comisura de los labios y volvió a colocarse la servilleta en su sitio.

"Pensé que querías darme un mordisco", le dije.

"Sí, pero quería jugar un poco contigo".

"No eres divertido", le dije.

"Soy muy gracioso", insistió. Enarqué una ceja y di un bocado a mi cena. Cerré los ojos. Le hice creer que estaba disfrutando de mi asado cuando en realidad me esforzaba por no mirarle a la cara.

¿Debería haber dicho que no cuando me invitó a salir?

"Entonces, si te ofrezco un bocado de mi cena, ¿me contarás el secreto del color de tus ojos? Un trato justo. No más juegos", dijo.

De repente parecía muy serio.

"Vale, ¿no más juegos?", confirmé.

Asintió con la cabeza y cortó otro tenedor de su comida.

"Tengo los ojos azules, pero cambian de color según la luz, pueden volverse verde o azul grisáceo... o... quizá llevo lentillas y tengo unas que me cambian el color de los ojos".

"Ah... bueno, ahora que me hablas de las lentillas, todo tiene más sentido", dijo sonriendo.

Entonces levantó el tenedor hacia mí y yo me acerqué de nuevo y abrí la boca.

Solo retiró el tenedor como si nada con una risita.

Cerré la boca y le fulminé con la mirada.

"Perdón, ¿pero no dijimos que no más juegos?"

Le agarré de la muñeca y me llevé el tenedor a la boca; la comida estaba deliciosa. Debería haberme acordado de pedir ese plato la próxima vez, si volvía allí...

"Creía que no me gustaban las berenjenas. O al menos nunca las había comido cocinadas así. Están realmente deliciosas. Gracias por dejarme probarlas. ¿Quieres un bocado de mi plato?"

Chandler negó con la cabeza.

"Estaría mucho más interesado en dar un mordisco de ti".

Dejé de respirar. Por suerte no tenía comida ni vino en la boca, porque me habría asfixiado. El tiempo se detuvo y me invadió un pánico total.

¿Qué podría haber respondido a una frase así?

"Bueno... en el menú, sin embargo, no ponía mi nombre", dije, pensando rápidamente.

No quería que pensara que estaba desesperada y que me lanzaba a por él.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no responder *"sí, por favor"*.

"Tienes razón, tu nombre no estaba en la lista de platos pero... los mejores postres nunca se sirven en un restaurante", dijo.

Asentí a sus palabras.

"Y si dijera que sí, tendríamos que ir a tu casa… y no creo que mi padre reaccionara bien sabiendo que salgo con un desconocido".

"Ciertamente no soy un extraño, Mila".

Me lamí los labios, con la boca repentinamente seca.

"Sinceramente, creo que le gustaría aún menos'".

Chandler soltó una sonora carcajada.

"Decir que no le gustaría es quedarse corto. Dan es muy protector contigo. Si supiera que vamos a cenar aquí...". Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro. "Tal vez me esté arriesgando a meterme en verdaderos problemas, pero no puedo evitar querer ver cómo se desarrolla esto".

"Y aunque acudiéramos a ti, ¿qué pasaría entonces?", le pregunté.

"Aunque no llegue a ninguna parte, creo que deberíamos encontrar una solución sobre cómo tratarlo en el trabajo".

Tomé un largo sorbo de vino.

"Ambos sabemos que esto terminará con una copa y un postre disfrutado en casa. Así que sí, tenemos que decidir algunas reglas básicas. Primero sobre el trabajo y luego sobre mi padre".

"Con Dan es fácil. No le diremos nada", dijo Chandler.

"En el trabajo será igual de fácil. Todo el mundo sabe que nos conocemos porque eres amigo de papá. Podemos dejar las cosas como están. Quizá evitemos flirtear. Creo que lo último que ambos queremos es que Kathleen McDonald involucre a RRHH en todo esto. Ya me vigila como un halcón cada vez que estoy en la planta 15".

Me tendió la mano al otro lado de la mesa. "Entonces, ¿trato hecho?"

"Sí, trato hecho".

No me soltó cuando yo esperaba que lo hiciera. Al contrario, se llevó mi mano a los labios y empezó a besarme los nudillos.

En aquel momento me volví completamente loca y ya no podía pensar en nada. Al mismo tiempo, sentí un calor en la ingle.

"Lo siento, no he podido resistirme, así que al besarte he probado un poco de lo que está por venir...".

Cuando me guiñó un ojo, creí que se me iba a salir el corazón del pecho.

CHANDLER

Entregué mi tarjeta de crédito al camarero antes de que se molestara en recoger los platos o traerme la cuenta. "Añade un 20% de propina".

Estaba ayudando a Mila a ponerse el abrigo cuando volvió con mi tarjeta y el recibo para firmar.

Firmé rápidamente porque tenía prisa por llevarla a mi casa. Luego la conduje a mi coche.

"No." Ella me detuvo. "Vendré con la mía, así podré irme cuando terminemos".

"Me parece justo", dije refunfuñando. "¿Me sigues?"

"Claro. Pero necesito tu dirección por si te pierdes".

"No me perderás", refunfuñé.

Yo no pensaba con lógica, pero ella sí.

"Chandler, dame tu dirección". Me dio su teléfono móvil.

"Gracias". Se volvió y señaló un viejo sedán rojo a una fila de distancia de mi coche. "Ese es mi coche. Si pisas el acelerador me perderás".

Arranqué mi coche y durante todo el trayecto no dejé de mirar por el retrovisor para asegurarme de que seguía ahí.

No podía creer que Dan le hubiera permitido comprarse su propio coche, y además una vieja ruina.

Cuando yo tenía su edad, recién salido de la universidad y bastante arrogante y engreído, conducía un Corvette. De todas formas, era todo dinero del fondo fiduciario creado por mis padres. Si no lo hubiera gastado yo, ¿quién lo habría hecho?

Me detuve en mi entrada, pero Mila ya no estaba detrás de mí. Así que salí del coche y esperé.

¿Por qué habían desaparecido sus luces de mi retrovisor? ¿Cuándo había dejado de prestar atención?

Mierda. Debería haberle dicho que le pagaría un taxi para traerla de vuelta y que se llevara su coche.

Afortunadamente, unos instantes después se detuvo detrás de mí.

"Pensé que me habías dicho que no me perderías".

Se burló de mí mientras cerraba la puerta del coche.

Me adelanté y le tendí la mano. "Entra, déjame compensarte".

"¿Me invitas a una copa?", preguntó.

"Sólo si tú lo quieres".

"Un poco de vino sería muy bienvenido".

Me siguió hasta la cocina, donde nos serví un vaso a cada uno.

"Puedes quitarte la chaqueta y poner el bolso donde quieras", le dije.

Levantó su vaso hacia mí. Lo choqué con el mío e hicieron un ligero tintineo. "Está bueno, pero los dos sabemos que no estoy aquí para eso, ¿verdad?", dijo.

"Dijiste que querías una copa. ¿Prefieres dar una vuelta por la casa?"

"Solo si vas a enseñarme todos los muebles en los que vas a tirarme".

Me atraganté y luché por tragar. No era tan tímida como yo pensaba.

"Entonces vayamos directamente al dormitorio". Dejé mi vaso. No esperé a que Mila dejara el suyo. Con su mano entre las mías, la llevé escaleras arriba.

Una vez cruzada la puerta, dejó sus cosas en el suelo y empezó a quitarse los zapatos.

Le rodeé la cintura con el brazo y la hice girar hasta que estuvo pegada a mí. En aquel momento, por fin, mis labios se fundieron con los suyos. Había esperado besar su boca durante horas, durante *días*. Bueno, si hubiera sido completamente sincero conmigo mismo, podría haber dicho que durante semanas.

Ella gimió y deslizó esos labios carnosos contra los míos: era cálida y suave y yo quería reclamar cada centímetro de su cuerpo.

Mi polla ya estaba durísima.

Puse la mano sobre su pecho. Sentí aún más calor, más suavidad.

Me alegré mucho de que no perdiera el tiempo charlando o bebiendo más vino.

Estábamos allí por una razón específica y lo sabíamos.

Me empujó hacia atrás y me tambaleé unos pasos.

Antes de que pudiera protestar, empezó a quitarse la ropa. Como nunca había faltado a una invitación tan abierta, me desabroché la camisa y luego me quité los zapatos.

Ella se desabrochó el sujetador y jadeé. Sus maravillosos pechos redondos estaban por fin desnudos ante mis ojos. *A la mierda el resto de mi ropa*; con un gruñido profundo, acorté la distancia que nos separaba y enterré mi cara contra ella, chupando un pezón ya turgente.

Unas uñas afiladas me rozaron el cuero cabelludo mientras Mila hundía los dedos en mi pelo.

Los dos gemimos a la vez y luego continué besando sus dos pechos, moviendo mi atención de un pezón al otro.

Me tiró del pelo, hasta que levanté la cara de su deleite.

Me ofreció su boca y empezó a empujarme hasta que di otro paso hacia atrás. Golpeé la cama con la parte posterior de las piernas y caí de nuevo sobre ella. Mila me siguió, arrastrándose sobre mi cuerpo. Me agarró los pantalones por delante y terminó de bajarme la cremallera. Me los bajó por los muslos, liberando mi erección.

"Oh, eso es maravilloso. Y es todo para mí...", soltó una risita perversa y luego rodeó mi polla con sus labios.

Ya no era capaz de pensar. La boca de Mila era tan cálida y sensual. Su lengua rodeaba la gruesa vena de mi polla mientras me lamía de la punta a la base.

Solté un largo suspiro porque aquello era inesperado y muy bienvenido. Le puse una mano en la cabeza y empecé a acariciarle el pelo, mientras sus mechones se movían contra mis abdominales.

Mis pelotas se tensaron y mis caderas se sacudieron. Conocía aquella sensación demasiado bien. No iba a jugar esa noche. Quería hacerla gritar mi nombre, y para ello no podía correrme enseguida.

Así que aparté su cabeza. Fue una elección difícil ya que su habilidad para chupármela era realmente excepcional.

Ella, en cambio, se enfurruñó conmigo.

"Ven aquí". La alcé hacia mí y la besé profundamente. Sus habilidades mágicas con la lengua se pusieron en pleno uso mientras nos besábamos.

Deslicé una mano entre nosotros y encontré su coño: estaba empapado. Le había gustado mucho chupármela. Metí los dedos y encontré su clítoris.

"Ahora me toca a mí", dije.

La hice rodar sobre la cama y le abrí las piernas. Luego apreté la lengua contra sus pliegues y le chupé el clítoris.

Mila volvió a agarrarme del pelo y se retorció contra mi cara.

Supongo que agradeció que le devolviera el placer que me había dado. La penetré con los dedos y sus paredes internas se tensaron en señal de protesta: quería mi polla.

Así que me aparté de su cuerpo el tiempo suficiente para coger un condón. Cuando volví, ella sonrió y me tendió los brazos. Me hundí en su abrazo y me aferré a su cuerpo.

En ese momento penetré en su interior mientras ella me besaba frenéticamente y yo empujaba hacia delante y hacia atrás. Nos balanceamos y nos lanzamos juntos hacia la cima del placer.

No sé qué tenía aquella chica, pero mi cuerpo respondía a ella como si nunca hubiera follado en mi vida. Sentía que iba a explotar en cualquier momento.

Alrededor de mi polla, las paredes internas de su caliente coño apretándose mientras sus dedos se clavaban en mi espalda. Entonces arqueó la cabeza hacia atrás y gimió con fuerza.

Seguí embistiéndola hasta que ya no pude pensar; no grité, ni siquiera gemí. Dejé de respirar y exploté dentro de ella, dentro del condón.

Rodé hacia un lado y la atraje contra mí.

Fue algo excepcional.

Mila emitió un gemido de satisfacción y me besó antes de rodar y correr al baño. Cuando volvió, recogió su ropa del suelo.

"¿Ya te vas?", le pregunté.

"Le dije a papá que no llegaría tarde".

"Y él no sabe que estás aquí conmigo, ¿verdad?"

"¿Decírselo a papá? Oh, diablos no. No soy tan estúpida. Acordamos que esto tenía que seguir siendo un secreto". Ella se contoneó en su ropa. Era casi tan sexy como un striptease.

"Tienes el pelo hecho un desastre", señalé.

Intentó arreglarlos y me miró.

"Bueno, es tu culpa".

"Supongo que no tendrás un pincel y un cordel, ¿verdad?".

"Puedo ayudarte con un peine, pero no tengo ningún tipo de lazo para el pelo".

"¿Nada? ¿Ni siquiera uno que haya olvidado a tu última amante aquí?", preguntó.

Ella estaba siendo completamente tranquila al respecto, sin ser pegajosa, sin rogarle que se quedara a pasar la noche.

Mila estaba completamente alejada de todo esto. Ella era un soplo de aire fresco y yo lo necesitaba.

"No, ninguna de mis ex me dejó nada", admití. Crucé el dormitorio y le entregué mi peine.

Nunca entendí por qué algunas mujeres se ponían tan nerviosas por arreglarse el pelo, sobre todo después de tener mi cara entre sus piernas. Un cepillo o un peine era algo mucho menos íntimo.

Lo cogió con una inclinación de cabeza y un suave "gracias", antes de pasarlo por sus largos mechones despeinados.

Cuando terminó, lo dejó caer sobre la cama.

"Eres preciosa. Deberíamos repetirlo", le dije.

Se acercó y me puso dos dedos en la boca.

"Para". Me interrumpió. "Divertirse está bien, pero por esta noche yo diría que es más que

suficiente, ¿vale?".

Intenté meterme sus dedos en la boca. Mis manos se apoyaron en sus caderas y la atraje contra mi cuerpo.

"Estoy de acuerdo contigo, este será nuestro secreto. Y sí, podríamos hacerlo en otra ocasión".

Se puso de puntillas y me besó la boca. "Buenas noches, Chandler. Hasta mañana". Cogió su chaqueta y su bolso y se fue.

MILA

Salí de casa de Chandler como si fuera algo que hiciera todos los días; había tenido un sexo alucinante y luego me había marchado. Mis piernas apenas podían moverse, pero había una buena razón por la que no podía quedarme aquella noche.

Quería quedarme. Quería agarrarme a Chandler y decirle que era todo lo que siempre había soñado, y más. De hecho, un Chandler Owens de carne y hueso era mucho mejor que aquel con el que siempre había fantaseado.

"¿Has pasado buena noche?", me preguntó papá cuando llegué a casa.

Intenté mantener la calma, pero fue inútil. Mi corazón empezó a latir con fuerza y tuve que calmar mi respiración. No tenía ni idea de lo que acababa de hacer ni de con quién había estado.

"¿No deberías estar ya en la cama?", le pregunté.

"Estoy terminando de leer un capítulo". Me miró desde encima de su libro.

"Bueno, voy a ducharme para no tener que hacerlo por la mañana. ¿A qué hora nos vamos?"

Cuando me dijo la hora le confirmé que pondría el despertador veinte minutos antes.

"No tardarás mucho en prepararte, ¿verdad?"

"Saldré de la cama, me vestiré y estaré lista inmediatamente. ¿Por qué crees que voy a ducharme ahora?"

Subí las escaleras y tiré mis cosas sobre la cama antes de ir al baño. Mientras me desvestía, no dejaba de comprobar las manchas de mi piel en las que Chandler había parecido bastante agresivo. No quería pasar el día en pantalones cortos y bañador si tenía marcas de dedos en los brazos y las piernas o mordiscos en el cuello.

También tenía un chupetón en el pecho izquierdo. Mis brazos, piernas y trasero parecían no tener marcas. Llevaba una camiseta, lo cual no era nada fuera de lo normal para papá.

Por la mañana, mi ropa de playa era un poco diferente de lo que hubiera preferido, pero no había forma de que la parte de arriba de mi bañador cubriera esa marca y la causa era bastante obvia.

Me desperté veinte minutos antes de la salida, pero cuando me levanté seguía sintiéndome cansada y agotada.

"¿Podemos parar en alguna cafetería para tomar un café?", le pregunté mientras subía al asiento del copiloto de su todoterreno.

"Podrías haberte levantado un poco antes y haberte hecho el café en casa".

"Papá, en casa solo tenemos descafeinado. Necesito cafeína", me quejé.

"No necesitarías cafeína si hubieras llegado antes a casa".

Le fulminé con la mirada antes de cruzarme de brazos y mirar por la ventanilla durante todo el trayecto hasta el puerto deportivo. A veces podía ser un viejo testarudo, y yo podía hacer lo mismo desde que era su hija.

"¿Ves el barco?", preguntó papá mientras nos acercábamos.

"No se ve desde aquí", le dije.

Hizo que depositaran el barco en un almacén de seguridad. El personal del puerto utilizó una carretilla elevadora gigante para meter y sacar los barcos del agua y colocarlos en su sitio en una estantería metálica gigante.

Cuando yo era más joven, solía remolcar su barca, ya que era más pequeña que la que tenía ahora. El nuevo método era mucho más fácil, aunque papá siempre se enfadaba porque el barco no estaba en el agua cuando llegábamos.

"Creo que es aquí", dije.

Salté del coche antes de que papá aparcara y apagara el motor.

Protegiéndome los ojos del sol, observé cómo la carretilla elevadora gigante movía otro barco hacia el agua.

"¿Mimi? ¿Eres tú?"

Me giré y sonreí en dirección a una voz familiar.

"Hola, Sr. Butler, no sabía que se nos unía. Papá me dijo que has estado muy ocupado últimamente".

"Se podría decir que sí", refunfuñó.

"Ese es mi barco", dijo papá mientras se unía a nosotros.

"Sí, definitivamente es April Showers II", dijo el Sr. Butler encogiéndose de hombros. "Oye Dan, ¿por qué no me dijiste que Mimi se puso tan grande y hermosa?"

"Deja de mirar a mi hija", despotricó papá.

"Señor Butler, nadie más que mi padre me llama ya por ese apodo", le dije.

"Bueno, entonces puedes dejar de llamarme señor. ¿Seguro que no te interesa convertirte en la próxima señora Butler?", dijo bromeando.

"¿Ya es definitivo tu divorcio? Deja de ligar con mi ayudante", dijo Chandler mientras se acercaba por detrás de nuestra pequeña reunión.

"Mimi no me dijo que trabajaba directamente contigo", dijo papá, lanzándome una mirada acusadora.

"Te lo dije, estoy haciendo diferentes tareas. Últimamente he estado en la oficina de Chandler toda la semana".

"¿Chandler?", preguntó.

"¿Cómo quieres que le llame? Le conozco desde niña. Y en público, en el trabajo, le llamo de todos modos señor Owens", le contesté.

Puse los ojos en blanco y fui a coger la nevera y la mochila de la parte trasera del todoterreno. El barco estaba casi listo para ser utilizado.

"Los papeles del divorcio ya están firmados, solo estoy esperando el visto bueno del juez y luego vendrá el periodo de espera obligatorio. Estoy legalmente y a todos los efectos soltero", siguió explicando McLain en la conversación entre él y Chandler.

"No te declares a mi hija, eres demasiado mayor para ella", refunfuñó papá.

"¿Necesitas ayuda?", preguntó Chandler en voz baja, acercándose a mí mientras me apoyaba en el asiento trasero del todoterreno.

Papá y McLain, en cambio, seguían discutiendo sobre mi edad y la suya.

"Sí, gracias, ¿puedes traerme la nevera?"

Prácticamente susurrábamos. Parecía como si estuviéramos ocultando algún secreto al mundo entero.

Chandler levantó la gran nevera y yo dejé escapar un pequeño gemido al admirar la forma en que sus brazos se doblaban y contraían. El hombre estaba hecho como un dios griego y también se movía como tal.

"Sigo viviendo en casa de papá", dije, retomando la conversación entre mi padre y McLain. "Tal vez eso debería ser una mejor indicación de mi disponibilidad que mi edad".

"Que sepas que soy más joven que tu padre y que si acabas de graduarte, entonces tienes veintidós años", dijo McLain.

Luego nos dirigimos todos hacia el barco.

"Veintitrés", le corregí.

"¿Tienes veintitrés años?", hizo una pausa Chandler.

Asentí con la cabeza.

"Ves, es perfecto. Solo tengo cuarenta años. Es una diferencia de edad perfectamente aceptable. Espera, Dan, ¿cuántos años tienes? Pensaba que tenías cuarenta y dos pero si ella tiene veintitrés entonces eso significa que tú tienes.... Oh, oh...".

"¿Viene alguien más con nosotros hoy?", pregunté.

"Tu padre nos dijo que estuviéramos aquí a las diez. Estoy seguro de que si viene más gente, llegará en cualquier momento", dijo McLain.

"Pero ahora solo son las nueve y media. Has llegado pronto", repliqué.

"Cuando tu padre y su gran barco están implicados... bueno, eso significa que siempre hay que llegar pronto", respondió Chandler.

Tardamos unos minutos en meter todo en April Showers II.

Papá tuvo que volver al todoterreno a por otra bolsa de provisiones. Empecé a revisar el equipo de submarinismo y luego sacamos la cámara de aire gigante para usarla como chaleco salvavidas.

"Toma, yo lo inflaré", cogió McLain y bajó del barco, dejándome a solas con Chandler.

Me agarró y me apretó contra su pecho.

Eché un vistazo para ver qué hacía papá. Pensé que no podía vernos desde donde estábamos. Luego le di un beso a Chandler.

"Es peligroso", dijo riendo entre dientes.

"Fuiste el primero en abrazarme".

"Pero yo no te besé", respondió suavemente.

"Oye, anoche me dejaste marcas por todo el pecho". Me bajé el escote de la camisa para mostrarle el moratón.

Me cogió de las manos y volvió a ponerme la camiseta. "¡Vamos, podrían verte!"

"¿Ni siquiera vas a disculparte?", me burlé de él.

"Ni un poco, pero no hace falta anunciarlo a los cuatro vientos", dijo en tono muy satisfecho.

"¡Eh, mirad a quién he encontrado!"

Papá paseaba por el muelle con otro de sus amigos, Doug. McLain estaba con ellos, con su cámara de aire completamente inflada.

"Doug, recuerdas a Mila. No la mires demasiado, la estoy convenciendo para que sea mi próxima esposa".

"McLain", refunfuñó Chandler, "esta broma empieza a ser vieja".

"¿Tú también le has echado el ojo?", replicó McLain.

"Nadie me ha echado el ojo, Sr. Butler. Lo siento, pero la perspectiva de ser su próxima esposa tiene menos interés que vivir en casa con papá los próximos cinco años."

Me aseguré de que todas las provisiones estuvieran cerradas y en su sitio mientras papá y los otros chicos hablaban del último partido de béisbol y comprobaban sus teléfonos móviles para ver si venía alguien más o no.

Con una sonora palmada, papá anunció: "Solo quedamos nosotros.

Arrancó el motor y accionó el acelerador. El April Showers II se alejó del muelle y empezó a salir del puerto deportivo.

"Así que no vas a vivir con Dan el resto de tu vida ¿verdad?" preguntó Chandler sentado en la proa del barco.

Sacudí la cabeza.

"No, quiero intentar hacer algo por mi cuenta. Aunque es difícil. Los alquileres de pisos se han vuelto muy altos y siento decirte esto, pero tu empresa apenas paga un sueldo aceptable."

Abrió la boca para protestar, pero yo continué.

"El problema es que ya nadie paga un sueldo decente, esa es la verdad, Chandler. En cualquier caso, me estás pagando más que la mayoría de los trabajos de nivel inicial. No creo que los que dirigís empresas os deis cuenta de los costes reales que tiene que pagar una persona para mantenerse".

"Entonces, ¿por qué no dejas que tu padre cubra tus gastos y te compre un coche nuevo?".

"No me gusta aprovecharme de él".

Se encogió de hombros.

No me sentía cómoda estando tan cerca de él. Me preocupaba más lo que yo pudiera decir o hacer que lo que pudiera hacer Chandler.

"Oye, papá, ¿puedo conducir?", pregunté.

CHANDLER

El día en el barco fue todo un ejemplo de frustración. Tuve que fingir que Mila en bañador no era sexy.

Me pasé la mayor parte del tiempo pensando en algo desagradable para evitar tener una erección.

Además, tenía que reírme cada vez que McLain hacía alguna de sus bromas o le decía algo a Mila para burlarse de ella.

Sí, todos éramos conscientes de que de la niña torpe y tímida que era se había convertido en un hermoso cisne. En cualquier caso, Mila era hija de un íntimo amigo mío y yo la conocía desde hacía años.

En lugar de sentirme culpable por lo que había hecho con ella, tuve que lidiar con mis tendencias posesivas. Estaba celoso porque, en mi cabeza, Mila era mía y *solo* mía.

¿Cómo se atrevían los demás a mirarla con ojos que apreciaban sus deliciosas curvas?

El lunes por la mañana, al entrar en el trabajo, la vi sentada en el mostrador de recepción. Me decepcionó verla allí y no en mi despacho.

"Buenos días, Daphne. Hola Mila", saludé a ambas chicas al entrar.

Daphne me saludó con una inclinación de cabeza; estaba al teléfono. Menos mal, porque no me interesaba hablar con ella. Sin embargo, sabía que no debía dar la impresión de jugar al favoritismo. Así que hablé con Mila fingiendo no saber nada.

"¿Te has divertido este fin de semana?", le pregunté.

"No tanto como me hubiera gustado. Tuve que ir en barco con mi padre y sus amigos pervertidos".

"¿Pervertidos?"

"Sí, uno de ellos no paraba de tirarme los tejos. No paraba de decirme que iba a ser su próxima esposa. Fue muy embarazoso también porque ni siquiera me habían avisado de que iba a venir y luego estuve en bañador todo el día", dijo, como si yo no lo hubiera presenciado.

"¿Hablaste de ello con tu padre?", le pregunté. En retrospectiva, Dan no había dicho ni hecho gran cosa para disuadir a McLain de hacer esos comentarios.

"Lo hice, después de llegar a casa. Dijo que su amigo solo se estaba haciendo el gracioso". Dejó de hacer lo que estaba haciendo y se pasó una mano por el pelo.

"Si la persona sobre la que bromeas se siente incómoda, debería terminar ahí. Y no debería hacerle gracia a nadie más. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?"

La miré a los ojos. No estaba nada contenta de tener que soportar el escabroso sentido del humor de McLain.

"Por supuesto, eso es lo que yo también pienso. Cuando vieron que no me reía en absoluto, las burlas deberían haber terminado", dijo. Luego miró rápidamente por encima del hombro. "Ahora tengo que volver al trabajo. Lo siento, solo quería saber si me lo había pasado bien y no tener que escuchar los problemas a los que he tenido que enfrentarme este fin de semana. Que tengas un buen día. Hasta luego".

"Buenos días, Mila", le dije.

No dejé de pensar en lo que me había dicho durante todo el trayecto en ascensor hasta el piso 15.

No había sido divertido para ella y él nunca debería haber hecho esos comentarios.

Me preguntaba qué estaría pensando de mí. *De nosotros*.

Al fin y al cabo, yo tenía la misma edad que McLain. Yo también pensaba lo mismo que él; Mila era preciosa y la diferencia de edad entre nosotros era tan acusada que resultaba inalcanzable.

Además era la hija de Dan y cuando McLain había seguido haciéndolo, yo había sentido esos malditos impulsos posesivos en mi interior.

Esos mismos impulsos posesivos volvieron y me causaron un nudo apretado en el pecho.

"¡Heather!", grité al acercarme a la mesa de mi secretaria, "espero que te encuentres mejor".

"Buenos días, Chandler. Siento lo de la semana pasada. Me afectó mucho la gripe. Todavía me siento débil, pero estoy mucho mejor".

Continué hasta mi despacho y encendí el ordenador. Tenía la agenda llena. Tras un rápido repaso de mis próximas tareas, leí los nuevos correos electrónicos.

La lista, sin embargo, era más larga de lo que me apetecía gestionar. Así que me levanté y me dirigí a la mesa de Heather.

"Me alegro de que hayas vuelto. Tenemos una agenda apretada, estaré fuera de la ciudad el jueves por la noche. Tenemos que actualizar la presentación de PowerPoint para Ledbetter".

Ella asintió y tomó nota. Aún parecía enferma y tenía el aspecto de un globo desinflado. Los restos de la convalecencia aún eran evidentes en su aspecto.

"¿Quieres venir conmigo a hacer esto?", le pregunté.

Soltó un gran suspiro antes de contestar.

"Sinceramente, no lo sé. ¿Realmente me necesitas o solamente necesitas un asistente en el sitio?"

"Llama a Recursos Humanos. Pregúntales si pueden contratar a Mila Jones. Se las ha arreglado para seguirme el ritmo mejor que nadie que hayan enviado aquí en tu ausencia. Creo que sería perfecta".

"No estarás pensando en sustituirme por ella para siempre, ¿verdad?", se burló Heather.

"Nunca lo pensé, de hecho te acabo de preguntar si querías venir conmigo. Pareces agotada, como si aún estuvieras enferma. Casi me da miedo pedirte que viajes".

Ella asintió: "Me siento bien. Me veo peor de lo que me siento, así que eso es bueno, ¿no? De todas formas, sí, no creo que pudiera viajar y quedarme fuera una noche. Me destruiría". Parecía muy cansada.

"Entonces estamos de acuerdo. Y quiero que te tomes el viernes libre. Yo no estaré allí. Mila puede hacer doble turno".

Al día siguiente, vino a mi despacho.

"Toc, toc", dijo mientras golpeaba con los nudillos mi puerta entreabierta. "Heather me dijo que podía entrar".

"Sí, pasa".

Cuando Mila se acercó a mi mesa, la miré con impaciencia. Mi cuerpo se agitó como si no la hubiera visto en meses, o años, en lugar de solo un día o dos. Parecía incluso más tiempo desde la última vez que había tocado su piel.

Me entregó una hoja de papel.

"¿He entendido bien? ¿Mañana viajaré contigo?"

Cogí el papel de sus manos. Era un correo electrónico con la confirmación del vuelo y una breve nota de RRHH explicando que me acompañarían en un viaje de negocios.

"Sí. Necesito un ayudante para la presentación y Heather aún se siente demasiado débil para viajar".

"¿Y por qué yo? Solo soy una empleada que ni siquiera tiene contrato indefinido".

Arqueé una ceja hacia ella.

¿De verdad me estaba haciendo esa pregunta? ¿Me estaba preguntando por qué ella?

"Quiero decir..." se mordió el labio y se inclinó más cerca para susurrar: "¿Cómo vas a salirte con la tuya? Me refiero al viaje de negocios... ¿no deberías llevar a alguien con más autoridad contigo?".

"¿No quieres venir?", le pregunté.

"Claro. Estaría bien y quizá también nos divirtamos. Sí, seguro que nos *divertiremos*". Subrayó esa palabra dos veces.

"Sí, yo también lo espero y así podrás aprender cosas que te servirán en el futuro. Hablando de negocios", añadí, "¿has estado alguna vez en un viaje de trabajo?".

Enarcó las cejas ante mi pregunta y luego sacudió la cabeza como diciendo que no.

"Todo lo que sé es que creo que pasaré la mañana haciendo las maletas y me reuniré contigo en el aeropuerto a primera hora de la tarde", respondió.

"Puede que sí o puede que vayamos juntos, pero asegúrate de conseguir un portátil en el departamento de informática y pídele a Heather las presentaciones que necesitaremos. Que te las envíen por correo electrónico y asegúrate de que sabes cómo acceder al sistema de correo electrónico desde un ordenador remoto. Necesitaré que dirijas la presentación y tomes notas. Haz una maleta ligera y vístete de forma cómoda pero profesional. Es solo una noche. Todo tiene que caber en un equipaje de mano.

Mientras hablaba, asintió con la cabeza.

"¿Tienes alguna pregunta?"

"Así que será mejor que haga la maleta ya esta noche, ya que tendré que venir mañana por la mañana para encargarme de todo esto, ¿no?". Ya parecía menos entusiasmada por hacer ese viaje que un momento antes.

"Lo más probable es que sí. RRHH debería habérselo comunicado el lunes".

"Más vale que sea agradable y divertido, Chandler", dijo mientras se daba la vuelta y salía de mi despacho.

No la vi hasta la tarde siguiente.

Heather había reservado un coche para recogernos en la oficina y llevarnos al aeropuerto.

Durante todo el trayecto, Mila permaneció concentrada en su ordenador portátil.

"Sabes que puedes hacerlo durante el vuelo, ¿verdad?"

"Lo sé, pero tengo al menos el doble de trabajo que la duración de nuestro vuelo. Y no sé exactamente de cuánto tiempo dispondré cuando lleguemos. Así que quiero ocuparme de todo por adelantado". Hizo una pausa y levantó la mirada hacia mí. "No quiero perder ni un minuto del poco tiempo libre que tengo para trabajar... si sabes a lo que me refiero".

"Pues yo diría que es un plan muy bueno", respondí.

Aprecié mucho su dedicación a su trabajo. Sin embargo, la conversación fue monótona tanto mientras esperaba para embarcar como durante el vuelo.

Cuando llegamos, Mila no paraba de hacer preguntas relacionadas con la presentación que íbamos a hacer. Se había puesto manos a la obra.

Permaneció allí durante todo el registro y durante una breve cena en el restaurante del hotel.

Empezaba a pensar que quizá ya no tenía tantas ganas de pasar tiempo a solas, pero me equivocaba.

"Esta noche quiero salir del modo trabajo porque me encantaría relajarme un poco. Estoy en la habitación 413", dijo al salir del ascensor en nuestra planta.

"Sé en qué habitación te alojas", le contesté.

"Bueno, no quería que te perdieras algo muy... divertido". Luego se dio la vuelta.

En efecto, era una pequeña provocadora. Pero había sido perfectamente profesional todo el tiempo.

Le di unos treinta minutos antes de dirigirme al pasillo y llamar a su puerta.

Abrió vestida con una bata transparente, como si no hubiera pasado nada.

Cuando vi las puntas rosadas de sus pezones a través de la tela apenas perceptible, mi cerebro se volvió loco.

"Sr. Owens, ¿qué le ha traído a mi habitación esta tarde? ¿Hay quizás algo que revisar para la presentación de mañana?"

Ella se burlaba de mí, pero yo me sentía como un idiota. Me tomé mi tiempo para mirarla de pies a cabeza. Quería saborear cada segundo de aquel momento.

Sabía que en cuanto entrara en aquella habitación y se cerrara la puerta, la tomaría en mis brazos y esa especie de bata desaparecería.

Necesitaba que me recordaran que Mila se había vestido tan sexy, solo para mí.

"No, señorita. Pensé en venir a ver si le apetecía divertirse un poco esta noche", le contesté.

Dio un paso atrás y la seguí hasta la habitación.

MILA

El lunes siguiente por la mañana me presenté a Alana, de Recursos Humanos, como hacía al principio de cada semana cuando no sabía cuál sería mi nuevo destino.

"Has dado una buena impresión en la dirección", me dijo cuando entré en su despacho.

"¿Ah, sí?" Una punzada de pánico me atravesó el estómago.

¿Alguien se había enterado de que Chandler había alargado nuestro viaje solo para que pudiéramos divertirnos desnudos otra noche?

Me senté y esperé que mi cara no expresara el sentimiento de culpa que me había invadido de repente.

No tenía motivos para sentirme culpable. Éramos adultos y lo que hacíamos en nuestro tiempo libre no era asunto de nadie. Incluso en un viaje de negocios.

"El Sr. Owens quiere incorporarte a su equipo como director asociado junior. Evaluó con entusiasmo tu seriedad y tu capacidad multitarea durante el reciente viaje de última hora. Desde un punto de vista práctico, no hay ningún puesto de trabajo en el que puedas encajar, así que tendremos que crearte uno."

Me quedé mirándola un momento antes de empezar a parpadear.

"¿Acabas de decir que crearás un trabajo adecuado para mí?"

"No tengo una definición del trabajo ni una lista de tus obligaciones o expectativas, pero prepárate para viajar. A Chandler Owens le gusta viajar con su séquito. Como mínimo, con un asistente. Todo esto ha ocurrido esta mañana temprano, así que no sé exactamente qué hacer contigo. No hay escritorio y ni siquiera sé a quién deberías dirigirte".

"¿Crees que Heather, su asistente, lo sabe? Quizá debería..."

Alana empezó a negar con la cabeza, pero luego la ladeó antes de asentir.

"Es posible. Llamémosla".

Cogió su teléfono y pulsó unos botones.

"Buenos días, éste es el despacho de Chandler Owens", dijo la voz femenina a través del altavoz.

"Heather, soy Alana de Recursos Humanos. Mila Jones está aquí conmigo. Nos preguntábamos si tenías más información sobre la idea del socio junior que tuvo Chandler."

"Oh, sí. Me dio un breve resumen de sus intenciones. Ahora está en una conferencia telefónica y estará allí al menos una hora. ¿Por qué no subes a Mila para que podamos discutir qué hacer con ella? Debe haber un rincón aquí arriba donde podamos poner un escritorio".

"Puedo comprobar si alguien tiene un despacho libre", dijo Alana.

"Sí, buena idea, sin embargo encontraremos una solución. Mila, crearemos una estación de trabajo para ti en algún lugar", dijo Heather, sabiendo que estaba en el altavoz.

"¡Vale, gracias!" Entonces Alana terminó la llamada.

"Bueno, ya la has oído. Ve arriba y supongo que las dos resolverán algo".

Cuando salí de su despacho me quedé un poco atónita. Había pasado de recepcionista temporal a una especie de subgerente en el espacio de un fin de semana. No creía haber hecho tanto durante el viaje. Me había asegurado de que el nombre y el logotipo del cliente estuvieran en el lugar correcto durante la presentación y había trabajado con su informático para asegurarme de que mi portátil estuviera conectado a su sistema de proyección.

Chandler había hecho el resto. Había hecho una presentación preciosa, mientras yo tomaba notas.

No dejé de pensar en ello durante todo el trayecto en ascensor.

"Buenos días", dije mientras me acercaba al escritorio de Heather.

"Bienvenida a la planta 15", dijo con una leve risita.

"¿Qué hago con mis cosas?".

"Esa es una buena pregunta. Ni siquiera tengo una silla para ti. Esto sonará extraño, pero por ahora te acomodaremos en la sala de descanso. Puedes poner tu bolso en mi cajón para que esté seguro. ¿Todavía tienes el portátil que trajiste en el viaje?".

Levanté la bolsa del ordenador. "Sí."

"Le haré saber que te lo quedarás por ahora".

"¿Sabes por qué ocurre esto?", le pregunté.

Heather asintió: "Podría ser por mí. Me sentí tan aliviada de no tener que ir de viaje la semana pasada. Todavía estaba con gripe, pero en general ya no aguanto más. Ya no es tan agradable ni interesante como antes. Cuando empecé, siempre nos tomábamos unas horas extra para ir a visitar la ciudad donde se celebraba la reunión, pero luego, con los recortes presupuestarios, tuvimos que hacer frente a la crisis y hacerlo todo en el menor tiempo posible".

"Parece que tanto viaje te ha cansado mucho", comenté.

Yo, en cambio, seguía pensando que los viajes de negocios eran fascinantes y divertidos. Era estimulante sentarse en primera clase con un portátil y concentrarse en algo que ocupara mi mente, en lugar de ser una persona más que intentaba estar cómoda y pasar el tiempo.

Heather asintió: "Mi marido odia cuando tengo que volar. Es bastante bueno organizándose cuando tengo un viaje planeado desde hace tiempo, pero las reuniones de última hora de Chandler, como la de la semana pasada, nos ponen a prueba a los dos. Siempre teniendo que buscar una niñera para los niños. No puedo soportarlo más. Ya no puedo hacer ese papel. Tengo que quedarme aquí y mantener un ojo en las cosas en la oficina, mientras que quien se va con él puede cuidar de las cosas a nivel local. Sin embargo, Chandler, inmediatamente después del viaje, envió un correo electrónico a RRHH y ahora tienes un nuevo trabajo".

"Vaya, estoy muy contenta. ¿Hasta dónde viajas?", pregunté mientras cruzábamos la planta hacia la sala de descanso.

Las mesitas no estaban pensadas como mesas de trabajo. Eran pequeñas y redondas y Heather lo miraba todo con los labios fruncidos en señal de concentración.

"Viene en oleadas. Estamos entrando en la temporada de ferias. Nos espera mucho trabajo. A veces serán fines de semana largos, a veces una semana entera. Tendrás que invertir dinero en un buen par de zapatos que parezcan profesionales y se ajusten a tus pies. El suelo de las ferias es terrible. Y cómprate pantalones o faldas que sean muy cómodos.

"Son unos consejos estupendos", le dije. Todavía estaba un poco abrumada por tanta novedad.

"Tengo muchos consejos para los viajes de negocios. Hazte con un juego de maletas en función de los días que vayas a estar fuera. Lleva siempre algo en el avión que puedas utilizar también durante las reuniones de negocios. La ropa profesional es lo más importante. Para viajes más largos, mete en la maleta un vaporizador. Te diré lo que yo solía llevar. No sabes cuántas veces he tenido que planchar uno de los trajes de Chandler. Ese hombre nunca hace las maletas por practicidad. Solo las hace para meter ropa elegante y llamativa".

Mientras hablaba, sacaba material de oficina de las taquillas de abajo. Y pensar que yo creía que todo ese espacio se utilizaba para el café, el té y los aperitivos.

Luego pasó a despejarme un puesto para trabajar en él.

"Eso debería bastar por ahora", dijo.

"¿Qué está pasando aquí?" La voz aguda y fría de Kathleen McDonald me puso de mal humor.

"Estamos preparando un espacio de trabajo temporal para Mila, ha sido ascendida a, bueno, ¿cuál es su misión?".

"Asistente de viajes y ejecutivo junior", respondí.

"No existe tal trabajo. ¿Qué vas a hacer exactamente?", comentó enseguida Kathleen.

No era muy agradable...

"El Sr. Owens ha decidido crear un puesto para ella. No estamos seguros del nombre exacto ni de las funciones. Ahora mismo está en una reunión, así que no podemos arrojar ninguna luz al respecto. Todo lo que sabemos por ahora es que Mila será su asistente de viajes. Yo me retiro de los viajes de negocios. Soy más útil aquí in situ. Será su asistente administrativa en las reuniones de negocios y en las ferias".

Heather era lista. Su explicación a Kathleen fue improvisada, pero parecía haberla ensayado y repetido un millón de veces.

Kathleen resopló.

"Bueno, Mila, espero que aprecies la oportunidad que se te ha dado".

Luego continuó antes de que pudiera decir nada. "Tienes que tomarte estos viajes en serio. Precisamente porque te alojarás en un hotel y no trabajarás en una oficina, se espera de ti que te comportes de una manera igual o incluso más profesional."

Seguí asintiendo con la cabeza en señal de comprensión.

"No pienses que estos viajes se hacen para perder el tiempo. Si el Sr. Owens se entera de que aprovechas el viaje para 'hacer amistad' con un cliente o con alguien que conociste en el bar del hotel o en una conferencia, eso quedaría muy mal. En ese caso, el Sr. Owens tendría que reconsiderar tu posición inmediatamente".

En algún momento dejé de asentir.

¿Realmente pensó que era tan estúpida? Como si fuera a hacer un viaje de negocios para "estar con" alguien que no fuera Chandler.

Sin embargo, ella no sabía nada de nosotros. *Nadie lo sabía*. Y habríamos dejado las cosas como estaban.

"Por supuesto que nunca abusaría de la confianza de mi jefe de esta manera. Soy muy consciente de la suerte que tengo de haber conseguido este trabajo y también agradezco haber podido hacer el viaje la semana pasada".

"¿Ya has empezado a viajar con el Sr. Owens?", preguntó asombrada.

"Tuvo que irse de viaje de negocios a última hora el fin de semana pasado. No pude ir. Estaba enferma y le propuse ir con Mila. Hizo un gran trabajo como sustituta", explicó Heather, salvándome una vez más. "Todo esto surgió de la nada tras una conversación que tuvimos esta mañana. Creo que Mila es perfecta para el puesto. ¿No te parece?".

Kathleen se fue resoplando.

"Creo que no le gusto", le susurré a Heather.

"No creo que le guste nadie en general", respondió.

CHANDLER

"¿Esto es lo mejor que puedes econtrar come nuevo sitio de trabajo?", dije mientras exploraba el rincón por donde se había colado Mila.

Se encogió de hombros. "Sigue siendo mejor que la sala de descanso".

"Necesitas un despacho", le señalé. "Coge tu portátil y ven conmigo".

Cogió el portátil y me siguió.

"Podrías haberme llamado para que fuera a tu oficina".

"Ni siquiera tienes teléfono fijo", le expliqué.

Con un suspiro, se echó a reír.

"No tengo ninguno, ¿verdad? Bueno, supongo que eso es lo que pasa cuando inventas un nuevo trabajo".

"Le diré a Heather que se ponga las pilas y te busque otro lugar. Debe haber una oficina vacante".

"Hay varios. Pero me dijo que no querías caminar tanto para venir a verme cada vez y que tenía que poder llegar a tu despacho en dos minutos si me llamabas. Eso lo reduce considerablemente".

Se comportaba con lógica. Era guapa, inteligente y absolutamente fantástica.

Miré hacia la puerta que había dejado abierta y luego de nuevo a su boca. Quería que sus labios hicieran algún trabajo por mí, pero lo dejé pasar.

Al acercarme, vi de reojo a Heather en su mesa.

Tenía que mantener mi libido bajo control mientras estaba en la oficina, así que crucé los brazos y cambié de expresión.

Mila había leído la lujuria en mi cara, pero yo tenía que concentrarme en el trabajo y no en mis deseos sexuales.

Me senté en la silla más cercana, dejándome hundir como una piedra. Estaba perdiendo el control y eso no era bueno.

"¿Cómo van los preparativos de la Expo Pinnacle?"

"Sí, sobre eso. No puedo hacer coincidir las fechas que encuentro en la feria con las que me diste. Predijiste que estaríamos allí cuatro días en lugar de una semana entera". Se mordió el labio y puso cara de preocupación.

Lo nuestro se limitaba prácticamente a los momentos en que viajábamos. No habría más citas para cenar, y a menos que tuviéramos una reunión fuera de la ciudad durante la semana, nunca podría llevarla conmigo a ningún hotel.

En mi cabeza quería algo más. Sin embargo, no había tenido ocasión de decirle lo que realmente tenía pensado para nosotros. Y no iba a hablar de ello en un lugar donde no pudiera estar seguro de que alguien no me estuviera espiando.

Kathleen me había vuelto paranoico y estaba seguro de que aquella víbora querría acusarme de acoso sexual.

"No, tienes razón, será una semana. Asegúrate de empacar algo para algunos momentos de relax. Hay jacuzzis en nuestro hotel y creo que no querrás perdértelos".

Mila enarcó las cejas y negó con la cabeza.

"¿Tienes alguna sorpresa en mente?", susurró.

Me limité a asentir como respuesta.

Pasamos el día de trabajo asegurándonos de que todas las presentaciones que necesitaría estuvieran listas.

Cuando llegó el momento del viaje en avión, le confesé la verdad. En cuanto sacó el portátil y lo puso sobre la mesita, me acerqué a ella y lo cerré.

"No hace falta que lo hagas ahora", le dije.

"Me hiciste venir contigo una semana cuando al principio parecían solamente cuatro días. Tengo trabajo que hacer. Tienes siete reuniones importantes en cinco días. ¿Por qué no te preocupas de que esté preparada para eso?".

"¿Qué dirías si te dijera que cuatro de estas reuniones se cancelarán antes de que este avión llegue a Las Vegas?".

Me miró con la boca abierta. "¿Cómo lo sabes?"

"Porque nunca las planifiqué. Y tienes razón, la Expo no dura ni una semana", le dije.

Entonces su expresión se hace dulce y desconcertada.

Estaba deseando volver a estar en el hotel con ella, a solas.

Nuestro vuelo no llegó a tiempo y el coche que nos habían asignado estaba atascado en el tráfico. Mis planes de echar un polvo rápido por la tarde antes de los actos de la exposición se vieron frustrados por la logística del viaje.

"Voy a refrescarme antes de la reunión. Ha sido un vuelo muy largo", dijo Mila mientras nos

dirigíamos a nuestras habitaciones. "Esta es mi habitación. Llama si necesitas algo".

Asentí y me dirigí a mi habitación. Una vez dentro, me alegré de que el hotel hubiera conseguido asignarnos habitaciones comunicadas. Dejé mi equipaje de mano sobre la cama y llamé a la puerta de separación.

Mila me abrió con una sonrisa en la cara. Seguía en mis brazos y por fin pude reclamar su boca tras horas y horas de deseo.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación.

"¡Maldita sea!", exclamé. "Probablemente sean nuestras maletas. Vuelvo enseguida".

El botones me entregó la maleta. Le di una propina por mí y por Mila. Me quedé en medio del pasillo y vi cómo le entregaba su maleta.

Cuando se fue, entré en su habitación.

"¿Cuándo has organizado todo esto?", me preguntó mientras volvía a estrecharla entre mis brazos.

"Durante las largas y solitarias horas en mi oficina sin ti". La besé de nuevo. "¿Sabes que si llegamos pronto, podríamos pedir la cena en la habitación esta noche?".

"O podríamos hacer las cosas de forma profesional y relajarnos durante los próximos días. Este sigue siendo un viaje de negocios", afirmó.

"Ya estás otra vez pensando profesionalmente.

El sentido del juego limpio de Mila y el hecho de asegurarse de que estuviéramos presentes en la exposición, se fusionaron con la sobremesa en nuestras habitaciones.

Las horas de trabajo me parecían largas y aburridas, pero antes de conocer a Mila, mi trabajo me parecía estimulante.

Ahora simplemente estorbaba.

"¿Estás listo para otra presentación?", preguntó mientras preparaba su portátil.

Permanecí en la silla de la sala de conferencias donde había estado aparcado durante la última hora y media.

"Estoy listo para hacer mi trabajo, así que después podré dedicarme a la verdadera razón por la que hemos venido aquí", refunfuñé.

"Sr. Owens, ¿me está haciendo una proposición sexual?", dijo burlonamente.

"Estoy demasiado cansado para jugar, Mila".

Lo único en lo que podía pensar era en cuánto tiempo más tenía que pasar para que volviera a acostarse conmigo.

"Vamos, es solo un rato y luego podremos estar solos", dijo dándome la mano.

Tiré de ella hacia abajo hasta que cayó en mi regazo.

"Chandler, no. No nos pueden ver". Pero entonces me dio un rápido y reparador beso antes de saltar de mis piernas.

Pasaron otras dos largas horas y una reunión bastante infructuosa antes de que pudiéramos volver a nuestras habitaciones.

"Llamaré al servicio de habitaciones para que preparen una cena rápida".

Dejé que Mila entrara en su habitación antes de dar los últimos pasos hacia mi puerta. Cuando la cerré, intenté relajarme un poco.

La carga de ser un ejecutivo importante era agotadora. Estaba cansado de ser ese hombre.

Al cabo de unos minutos, abrí la puerta que dividía nuestras habitaciones sin llamar.

Mila estaba concentrada en su smartphone. Se volvió y me sonrió.

Me envolví en sus sensuales curvas y enterré la cara en su pelo.

"Toma un poco de vino", le susurré.

"No quiero beber si tenemos que salir", dijo.

"No vamos a salir". Cogí el teléfono de la habitación y llamé a recepción. "Además de lo que he pedido antes, añada un solomillo poco hecho, unas patatas asadas que he visto en el menú, un par de botellas de vino tinto y un postre para dos. Quizá algo de chocolate con fresas. ¿Entendido?"

Volví a dejar el teléfono en el auricular y giré a Mila en mis brazos. Con ella apretada contra mi pecho, volví a sentirme completamente bien.

"Pensé que también íbamos a salir más tarde", dijo.

Le puse el dedo en los labios para que dejara de hablar. "Esta noche nos quedamos aquí. Mañana te llevaré por la ciudad. Podemos jugar a las tragaperras, ver algún espectáculo. Podemos hacer lo que quieras, pero esta noche te quedarás desnuda en mi cama. Y cuando nos despertemos, pediremos otro servicio de habitaciones y lo volveremos a hacer".

"Oh, estar desnuda completa suena muy interesante", dijo mientras empezaba a jugar con mi corbata.

Lo aflojó y tiró hasta que se deslizó hasta el suelo.

Volví a agarrar sus labios. Presioné sobre ellos y la insté a que los abriera para recibir mi lengua. Ella lo hizo y luego enredó sus dedos en mi pelo. Nos consumimos mutuamente, compartiendo nuestras respiraciones, entrelazando nuestras lenguas.

Emitió suaves gemidos mientras yo intensificaba el beso, profundizando y redoblando mis esfuerzos.

En aquel sensual beso volqué toda la frustración y el deseo que había acumulado durante días.

Mis manos acariciaban, recorrían su cuerpo y se aferraban a ella mientras intentaba encontrar la forma de estrecharla aún más.

Caímos contra la cama recién hecha. Rodamos hasta que ella estuvo encima de mí. Me llenó la cara y el pecho de más besos calientes y yo le correspondí besándole los dos pechos.

Entonces volví a mirarla: sus ojos eran de un color azul oscuro y sentí como si me ahogara en sus profundidades.

No recuerdo cuánto tiempo nos quedamos mirándonos, antes de que nuestros labios se unieran de nuevo, mientras intentábamos fundirnos en uno solo...

MILA

Despertar en brazos de Chandler era lo mejor de esos viajes de negocios. Aunque tuviéramos que ser profesionales durante las horas de trabajo.

Aquel día el despertar fue diferente: sin feria, sin reuniones, solo yo, Chandler y Las Vegas.

Me estiré y me uní a él.

"Buenos días. ¿Has dormido bien?", me preguntó justo antes de besarme.

"He dormido muy bien y me he despertado aún mejor". Salté de la cama y cogí el albornoz de rizo que me había proporcionado el hotel.

Con un gruñido, Chandler se incorporó. Pensé que estaba a punto de levantarse, pero se movió lo suficiente, solo para alargar la mano, agarrarme de la cintura del albornoz y tirar de mí hacia él.

"¿Por qué te has levantado de la cama?", se quejó.

"Porque prometiste ver algunos espectáculos y luego ir al casino. Hay mucho que ver y solo tenemos unos días", seguí balbuceando sobre lo que podríamos haber hecho. "Nos quedamos aquí anoche".

"¿Y no mereció la pena?". Bajó los ojos y centró su mirada en mi boca. Era tan ardiente que podría haberme quemado la piel sin tocarme.

"Bueno, sí, por supuesto". No pude evitar sonrojarme un poco.

La noche anterior había sido excepcional y el sexo con Chandler siempre era fantástico.

"¿Puedo intentar convencerte de que te quedes en la cama un poco más? Puedes pedir el desayuno en la cama. Las Vegas no es muy divertido hasta que se pone el sol". Mientras hablaba, me abrió la bata y empezó a acariciarme la piel desnuda.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Entonces apoyé una rodilla en la cama.

"OK, tal vez podría cambiar de opinión."

Chupó un pezón y empezó a provocarme antes de que terminara de aceptar.

Me sentía impotente. Me conocía bien. Conocía mi cuerpo. No tardó en convertirme en un concentrado de lujuria sin nada más en lo que pensar que en él.

Le abracé mientras me acariciaba las caderas y me besaba los pechos.

Me adoraba, me amaba, pero al mismo tiempo estaba a su merced.

Me daba más de lo que me quitaba, pero yo quería entregarme por completo.

"Vale, supongo que podemos quedarnos aquí", conseguí decir. Me costaba hablar, me había robado el aliento y la capacidad de pensar. Intenté hacerme la graciosa, pero no tuve más remedio que sucumbir a su magistral voluntad.

Si Chandler me hubiera querido, habría sido una tonta si hubiera dicho que no.

Y el hecho de que me deseara, de que quisiera mi piel contra sus labios, de que mi coño envolviera su polla, era la sensación más increíble de todas.

Saber lo que sentía por mí me hizo sentir que podía volar.

Cuando me agarró y me colocó con la espalda contra el colchón, abriendo las piernas, jadeé. En cuanto su lengua golpeó mi clítoris y lo chupó, fui como un cohete en vuelo, saliendo de la atmósfera. Luego me llevó a las alturas y me mantuvo allí.

Sus dedos me acariciaron. Mis caderas se movieron en respuesta. Ya no controlaba mi cuerpo, mis reacciones, y todo por su culpa.

Me tocaba como si fuera un instrumento de cuerda, sabiendo exactamente qué posiciones de los dedos me harían retorcer y vibrar.

Mis manos se enredaron en su pelo mientras su lengua y sus dedos me hacían perder la concentración.

Me mecí contra su cara y él me lamió. Sentí que mis paredes internas empezaban a palpitar y a arder al ritmo que él había impuesto.

Cada balanceo, cada empujón, me enviaba un poco más alto.

Sus dedos se deslizaron fuera de mi coño, dejándome sin habla.

"No tan rápido Mila. Hay mucho que hacer esta mañana".

Gemí. "No, por favor, no pares".

"Vale, no pararé, pero tampoco dejaré que te corras".

Golpeé la mano contra el colchón un par de veces.

"¡No es justo!", me quejé.

"¿No? Ya verás que será muy divertido".

Me sonrió, y esa sonrisa malvada suya me hizo enloquecer aún más.

Se levantó de la cama y fue a buscar algo. En aquel momento vi que se sujetaba la corbata y el cordón del albornoz.

"Chandler, ¡¿qué estás haciendo?!" le pregunté mientras caminaba alrededor de la cama

enrollando su larga corbata en alguna parte.

"Solo me estoy divirtiendo un poco...".

Me giré sobre mi estómago para observarle mientras rodeaba el cabecero con la corbata y luego la extendía hacia mí. "Dame tus muñecas".

Me quedé boquiabierta. "¡¿De verdad vas a atarme?!"

"Solo un rato".

"Pero no creo que yo...". No sabía cómo iba a reaccionar ante eso de los juegos basados en el sometimiento. No me consideraba demasiada pervertida para hacerlos.

"Sin dolor, solo disfrute, confíe en mí".

Me rendí y dejé que me atara las muñecas al cabecero. Estaba expuesta ante él, no más de lo que había estado unos momentos antes, pero esta vez me sentía mucho más vulnerable.

Cuando volvió a mí y empezó a hacer vibrar mi cuerpo, me olvidé de todo.

Me besó la boca. Quería apretarme contra él. En lugar de eso, me hizo cosquillas suaves.

Me retorcí. Quería más, mucho más.

Se tomó su tiempo para saborear y tocar cada centímetro de mí.

Intenté acercarme con la boca y la lengua, tratando de besar y chupar cualquier parte de su cuerpo; incluso un codo o un hombro. Por desgracia, al estar atada me sentía completamente impotente.

Al final me rendí con un suspiro de frustración.

Chandler soltó una risita. Se estaba divirtiendo mucho. A mí también me gustaba, solo que quería poder tocarle de vuelta.

"Arrodíllate".

Con las manos atadas, la situación habría sido muy incómoda.

Sonreí y lo conseguí.

En aquel momento me cogió del pelo y me inclinó hacia delante, dejando al descubierto mi trasero.

Entonces me pegó. Los azotes fueron rápidos y punzantes.

"¡Eh!", gemí. Mi decepción se vio interrumpida cuando me dio un beso en el lugar que acababa de azotar.

Siguió tocándome y haciéndome cosquillas, metió la mano por detrás para acariciarme los pezones y tocarme el clítoris.

Cuando se tumbó boca arriba entre mis piernas, no entendí exactamente lo que iba a hacer. Hasta que sus manos me agarraron de las caderas y tiraron de mí hacia abajo, sobre su cara.

¡Maldita sea!

Fue increíble. Sus manos me levantaban y bajaban.

Me aterrorizaba la idea de asfixiarle y, al mismo tiempo, me sentía abrumada por el placer que me estaba dando. Afortunadamente, me giró con facilidad para que pudiera lamerme hasta dejarme limpia.

Su lengua hizo círculos alrededor de mi clítoris y luego lo chupó ardientemente. Todo fue mágico y volví a flotar, viendo las estrellas.

"Si tu intención es negarme un orgasmo", jadeé entre respiraciones, "esta no es la forma de conseguirlo".

Empujó mis caderas hacia arriba.

"Te prohíbo correrte hasta que te folle con mi polla", gruñó.

"Tal vez entonces deberías parar, de lo contrario explotaré en tu boca", jadeé.

No sabía cuánto tiempo más podría soportar la dura succión de mi clítoris antes de ser golpeada por una explosión de placer.

Me empujó con fuerza y me hizo girar. Solté la corbata y me estiré hacia él.

Me abrió las piernas, se bajó los calzoncillos y me lo metió de golpe, con un empuje firme y autoritario.

Mis paredes internas se estremecieron, calientes y húmedas.

Estaba tan cerca del orgasmo.

Se retiró lentamente, frotando su polla contra mí.

Me estremecí mientras los nervios bailaban arriba y abajo por mi espina dorsal, haciéndose sentir en mi coño.

Estaba más que preparada para correrme, solo necesitaba una sacudida extra.

Sus embestidas se convirtieron en vigorosos golpes, como si no le hubieran follado en años.

Una, dos, tres vecez y entonces me destrozó. El orgasmo que me provocó se apoderó de todo. Floté en una luz blanca brillante, rodeada de un sonido como el de un estadio lleno de hinchas gritando. Cada músculo de mi cuerpo se tensó antes de relajarse en un espasmo incontrolable.

Me aferré a sus brazos y luego le agarré por los hombros.

Estaba completamente perdida en él.

"¡Chandler!" Grité su nombre.

A medida que las oleadas de emoción y orgasmo fluían por mi cuerpo y se calmaban lentamente, sus caricias aumentaban.

Me golpeó con fuerza, prolongando mis espasmos y haciéndome sentir en el séptimo cielo.

No sé cuánto duró, pero me pareció una eternidad. Lo único que sé es que al final no fue suficiente.

"¡Oh, mierda!", exclamó, y entonces me llenó el calor de su semen hirviendo derramándose de su polla dura como el mármol.

El efecto de su orgasmo desencadenó más espasmos en mí y me hizo montar en otra ola de placer.

Nos revolcamos, aferrados el uno al otro, antes de desplomarnos en la cama.

Se agarró a mí y yo me aferré a él en busca de apoyo, para evitar que ambos nos perdiéramos en el tumulto de éxtasis al que Chandler había conducido nuestros cuerpos.

Yo estaba llena de emociones desbordantes hacia él y él me abrazaba con tanta ternura.

Juro que podía sentir lo que él sentía, sin tener que hablar. *Esto debe haber sido lo que se sentía al estar enamorada...*

"Entonces, ¿valió la pena quedarse aquí esta mañana?"

La voz de Chandler era un suave murmullo.

Intenté decir algo sensato aunque me sentía cansada.

"Todo valió la pena... Sabes, creo que tenías razón. Tal vez realmente lo más interesante que podríamos ver en Las Vegas, es en este dormitorio. "

CHANDLER

Por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de viajar para asistir a varias reuniones de trabajo. En el pasado, también había intentado organizar reuniones que podrían haberse realizado por videoconferencia. Sin embargo, las presentaciones en persona daban lugar a más oportunidades de asociación.

Nadie debía saber que lo que más deseaba era poner mis manos sobre el delicioso cuerpo de Mila.

Yo había hecho el trabajo, su presencia era una ventaja tanto para mí como para la empresa.

Además, al hacerlo, ambos nos beneficiábamos. Mila estaba adquiriendo habilidades laborales que eran realmente aprovechables. Ya no era solo la hija inexperta de un amigo que necesitaba un trabajo. Ahora sabía preparar presentaciones profesionales y también era capaz de intervenir cuando era necesario.

Nuestra aventura clandestina iba bien y su crecimiento profesional aportaba la credibilidad necesaria para que pudiéramos continuar con nuestro pequeño acuerdo mientras ambos disfrutáramos de él.

Cuando el correo electrónico de Nathan a Dallas me ofreció otra valiosa oportunidad de pasar tiempo con ella, sugerí inmediatamente que cogiéramos un avión.

En cuanto el correo electrónico me confirmó que sería mejor una reunión en persona, pulsé el botón del interfono para llamar a Heather.

"¿Sí?"

"La oficina de Dallas quiere una reunión en persona en cuanto esté disponible. Hagámoslo ahora mismo. Fije la reunión para el lunes. Saldré temprano y también me tomaré el fin de semana".

"¿Y si no están disponibles para hacerlo el lunes?", preguntó.

"Tengo que volver aquí el viernes para una revisión de mitad de curso, así que el miércoles o el jueves a más tardar. Y cogeré el vuelo de vuelta por la tarde".

"Yo me encargo".

Lo bueno de tener a Heather de mi lado era que también se encargaría de conseguir un billete y una habitación para Mila sin necesidad de recordárselo.

Inmediatamente la llamé estación de trabajo. Por fin le habían dado un espacio privado que no era solo una mesa plegable detrás de una pared de cajas de cartón.

"Necesito verte ahora en mi despacho", le dije.

"¿De verdad? ¿Y para qué?" Parecía sorprendida.

"¿Has estado alguna vez en Dallas?", le pregunté.

"No, ¿por qué?"

"Porque te vas a llevar una sorpresa", le dije.

"Oh, ¿como la de Las Vegas? Pasamos más tiempo en la cama que viendo todos los monumentos de la ciudad".

"¿Te quejas?", le pregunté.

"En absoluto".

"Heather lo está organizando todo ahora mismo. O nos vamos mañana por una noche, o el viernes y nos tomamos el fin de semana antes de la reunión del lunes".

Volvió a refunfuñar.

"Creo que tanto viaje me ha sentado mal. Me siento como si tuviera un resfriado o la gripe. No me gustaría subirme a un avión en estos estados. Si tuviera que abandonar, ¿te enfadarías?", preguntó.

"¿En qué sentido?"

"¿En el sentido de que me metería en problemas con mi trabajo? Aparte de estar solo, creo que no debería venir. No quiero ponerme aún más enferma o hacer que tú también lo estés".

"Ah", entendí lo que decía.

En la oficina nunca hablábamos de nuestra relación secreta. Ni siquiera usábamos palabras clave. Evitábamos hablar de ello en absoluto.

"Personalmente, creo que perderías una gran oportunidad. Sin embargo, no, tu trabajo no está en peligro porque tengas que faltar a una reunión por problemas de salud. Te comprendo bien. Me aseguraré de informar a Heather de que habrá un cambio de horario".

"Gracias", su voz era débil. Me di cuenta de que no se sentía nada bien.

"Seguiré necesitando que prepares el material".

"Sí, claro. Heather me dará todos los detalles", dijo.

Cuelgo lentamente el auricular.

Mila no estaba bien, pero no podía enviarle flores con una tarjeta.

Volví a llamar a Heather. "Los planes han cambiado. Voy a ir solo. Y dile a la gente del bar que traiga una taza de té caliente en la oficina de Mila".

"¿Tiene gripe? No te preocupes, yo me encargo".

Y así lo hizo. Heather era una ayudante excelente y yo no estaba dispuesto a renunciar a ella solo porque ya no quisiera viajar. A la hora de comer ya tenía un billete de primera clase a Dallas para la tarde siguiente.

Viajar solo era una práctica tan establecida que no la consideraba ni excitante ni aburrida, simplemente era así. La presencia de Mila había dado nueva vida a estos viajes de negocios, además de que para ella siempre era una aventura. Nunca le molestaba tener que quitarse los zapatos en el control de seguridad o tener que hacer cola. Todo formaba parte de la emoción de la situación.

Sin ella, no sentía ninguna emoción. Al contrario, me veía obligado a escuchar fragmentos de conversaciones aleatorias mientras la gente a mi alrededor hablaba. Cogí un libro en una de las tiendas, pensando que me distraería, pero no fue así, porque ya lo había leído. Debería haber prestado más atención cuando lo compré.

Las cosas empezaron a mejorar cuando llegué. En lugar del conductor habitual, me esperaba Nathan White, el director de la oficina local, que sostenía un cartel con mi nombre.

"Nathan, me alegro de verte, pero podías haber enviado un coche. No tenía por qué molestarte", le dije mientras me acercaba a él.

"Así no es como recibimos a los invitados en Dallas. Has venido hasta aquí para vernos, así que lo menos que podía hacer era recogerte antes de salir a cenar. Yo también me alegro de verte, Chandler. Dime que no has tenido una de esas comidas horribles en el avión porque vamos a comer el mejor filete del estado". Extendió la mano y agarró la bolsa que llevaba sobre el hombro.

"¿De todo el Estado? Es una gran afirmación".

"Texas es un estado grande, no hacemos nada por hacer. ¿Tienes apetito o intentas hacerme quedar mal?"

"Tengo hambre", admití riendo.

Horas después estaba en la mesa con la respiración casi agitada. Al principio pensé que tenía hambre y ahora me encontraba con el vientre hinchado, jadeando por aquella comida increíble. Nathan y el equipo ejecutivo de la oficina de Dallas aún estaban terminando; parecían pozos sin fondo. Hice una pausa y di un largo trago a la cerveza.

"Te estás volviendo loco, ¿eh? La vida en la ciudad debe de haberte ablandado", dijo Nathan riendo.

"También vives en una ciudad. ¿Cómo puedes comer todo eso? O te has saltado la comida o tienes una lombriz solitaria, no es posible". Nathan no era el único que se había comido casi todo aquel filete. Por no mencionar que también nos habíamos comido los aperitivos.

Cuando todos terminaron de comer, estaban en un estado muy parecido al mío. Si me hubiera levantado, probablemente habría podido rodar hasta mi habitación de hotel. Cuando llegué, me tumbé en la cama como una ballena varada. Además de haber comido demasiado, estaba muerto de cansancio. Cuando me desperté por la mañana, me di cuenta de que aún llevaba los zapatos

puestos. *Me había dormido vestido de pies a cabeza*. Por suerte, la habitación tenía plancha y tabla de planchar.

Todavía saciado de la noche anterior, decidí que solo tomaría café para desayunar. Puede que la comida estuviera buena y que la oferta fuera amplia, pero la idea de seguir comiendo me daba náuseas. Una vez en la oficina, estaba listo para la reunión: estaba tan alerta y receptivo que nadie se daría cuenta de que había dormido al entrar en la sala.

Miré al grupo en la sala de conferencias. En la mesa estaban sentados los mismos hombres que habían estado en el restaurante la noche anterior. La mitad de las cosas que tenía que discutir ya se habían decidido la noche anterior entre filetes y cerveza.

"Creo que hemos terminado aquí", anunció Nathan al principio.

Terminamos antes de que empezara la reunión.

"Fantástico. Eso nos da mucho tiempo. El partido empieza dentro de poco más de una hora", dice Chris, director financiero de Nathan.

"¿El partido? Tengo un vuelo".

Nathan se echó a reír. "Sí, claro, pero no te preocupes. Le he pedido a tu ayudante que reprograme tu vuelo de vuelta para después del partido. No te lo perderás".

"Te has vuelto mucho más autoritario desde que dirigías la oficina de Dallas", comenté.

"Siempre he sido muy autoritario, solo que a ti se te da mejor que a mí", dijo riendo. Chris es copropietario de los Hawgs, un equipo de béisbol de ligas menores. Hablando de diversión: veremos el partido desde el palco privado de nuestra empresa. Te sigue gustando el béisbol, ¿verdad?".

"Me encantan los partidos de béisbol, pero...". Miré mi traje de diseño: llevaba chaqueta y corbata y no era exactamente el atuendo adecuado para ir a un partido.

"Te encontraremos una camiseta y si alguien te mira mal por cómo vas vestido... qué más da, ¿no?".

El estadio era mucho más pequeño de lo que estaba acostumbrado. Los asientos en los que solía sentarme cuando iba a ver partidos con mis amigos parecían estar a kilómetros de distancia del terreno de juego, mientras que aquí daba la sensación de estar pegado a los jugadores. La felicidad en los ojos de la gente de allí estaba justificada por un simple perrito caliente, una cerveza y el partido visto como si estuvieran en la televisión. La única forma de mejorar la situación era tener a Mila a mi lado y entonces sí que no podría quejarme de nada.

Fue una experiencia digna de repetirse. Cuando volví, debí informarme sobre la liga menor.

"Dime, ¿cómo te las arreglaste para comprar un equipo de béisbol?", le pregunté a Chris entre entrada y entrada.

"Mi mujer estaba viendo un programa de televisión. Un actor había comprado acciones de un equipo de fútbol y me puse a pensar. No crecí para ser jugador profesional de béisbol, pero ¿qué me impedía comprar acciones de un equipo? Intenté informarme y descubrí que lo mismo podía

apostar por el equipo de mi ciudad. ¿No es esa la mejor inversión?".

"¿Te va bien?"

"Oh, a quién le importa, solo mira a tu alrededor. Esto es lo que tengo". Extendió los brazos y los agitó.

Entendí lo que quería decir: el juego, los aficionados, la oportunidad de sentirse parte del juego. Todo esto era suyo. Y yo que pensaba que comprar entradas de tribuna en el estadio era una buena inversión.

MILA

"Hola, papá, ya estoy en casa", dije, dejando caer mis cosas sobre la encimera de la cocina. Abrí la nevera e intenté ver qué íbamos a comer. Me di cuenta de que no había preparado nada para cenar, lo que significaba que esta noche era mi responsabilidad. Todavía no me sentía bien y no tenía ganas de cocinar.

"¿Qué tal el trabajo?", preguntó al entrar en su despacho.

"Demasiado que hacer", respondí rotundamente.

"¿Sigues hecha polvo?"

Asentí con la cabeza.

"Todo ese viaje te puso de rodillas, pero luego volviste al trabajo. Estoy orgulloso de ti, chica. ¿Qué hay para cenar?"

Le miré fijamente. No tenía energía para electrocutarle. "Tú eliges, burrito o pizza".

"¿Hablas en serio? ¿Llamas a eso una comida sana para darle a tu padre? ¿Qué tal unas verduras?"

"Siempre podemos poner pimientos en la pizza. O lechuga en el burrito. La salsa no cuenta como verdura aunque sea salsa de tomate", me quejé.

"Pensé que teníamos un acuerdo de que si vivías aquí, tenías que preparar la cena".

"También hice la cena ayer", respondí.

"No, ayer trajiste a casa comida china para llevar".

Tenía razón. Hacía unos días que no cocinaba. Pensar en comida cruda me hacía sentir la lengua amarga, como si estuviera a punto de vomitar. El sentimiento debía haberse mostrado en mi cara.

No tienes buen aspecto, quizá no deberías cocinar.

Eran las palabras que yo esperaba de él. Sabía perfectamente que yo no me encontraba bien desde hacía días, y también que no había viajado a Dallas aquella semana por el mismo motivo.

Me llevó a una silla en la cocina. Luego me trajo un vaso de agua. "No te sientes así porque tengas que vivir conmigo, ¿verdad, Mimi?".

Me tomo un momento para beber un sorbo de agua y sacudo lentamente la cabeza. "Estoy muy cansada. Pediré la cena en un minuto".

Estaba demasiado agotada para mostrarme insolente y recordarle que era perfectamente capaz de cocinar por sí mismo. Al fin y al cabo, se las había arreglado para alimentarse solo durante la mayor parte de los últimos cinco años mientras yo estaba fuera estudiando.

"No, tú descansa. Yo me pediré unos burritos. ¿Ya sabes lo que quieres?"

Iba a decir filete, mi plato favorito de siempre, pero pensar en carne en aquel momento me daba asco. "Tomaré un plato vegetariano. Frijoles y arroz, con extra de queso. Con la crema agria y el guacamole de siempre. Creo que renunciaré a la salsa".

"¿Por qué no te sacas la ropa de trabajo, te acurrucas en el sofá y ves la tele? Yo pediré y luego iré a cenar. ¿Te ayudaría un poco de ibuprofeno?"

Sacudí la cabeza. No tenía dolor, tenía náuseas. Y estaba cansada, muy cansada. Me arrastré hasta mi habitación. Mi ropa se quedó donde había caído mientras sacaba mi vestido del día anterior. Papá tenía razón, necesitaba consuelo. No me importaba que fuera verano y hiciera calor. Me puse mis leggings favoritos y la camiseta de manga larga a juego. Fue como recibir un abrazo.

Una vez abajo, cogí mi smartphone y me acurruqué en el sofá con una manta.

"Mimi, he vuelto", gritó papá poco después. "¿Quieres comer en la mesa o allí?"

"No tengo ganas de moverme". Mi móvil sonó justo cuando papá me entregaba mi burrito y un montón de servilletas.

Miré el identificador de llamadas: era Chandler. Quise fingir que no había pasado nada, pero en mi pánico dejé caer el burrito y levanté el teléfono, pero sin contestar. *¿Por qué me llamaba?*

"Uy, ¿estás bien ahí?", preguntó papá.

Exhalé un suspiro de alivio. Aún no había empezado a abrir el burrito; seguía envuelto en su papel de aluminio como una pequeña momia plateada.

"Todo va bien. Solo un momento de incomodidad".

Desenvolví mi burrito y empecé a comer. Cogí el móvil y le contesté con un mensaje rápido.

'Voy a cenar con papá'.

He vuelto de Dallas. Dile que tienes que llamarme por un asunto de negocios.

¿Puedo comer primero?

Llámame.

Interpreté su petición como que le llamaría cuando hubiera terminado. Sin embargo, llegué a la mitad de la cena antes de que la expectación por lo que Chandler tenía que decirme me venciera.

"He terminado por ahora, tengo que hacer una llamada", le dije a mi padre. Envolví el resto del burrito en papel de aluminio y me levanté del sofá, llevando la comida a la cocina para guardarla.

Subí las escaleras hasta mi dormitorio y cerré la puerta tras de mí.

Chandler contestó al primer timbrazo.

"¿Por qué me llamabas?", susurré al teléfono.

"Te echaba de menos, quería ver si te encontrabas mejor", me dijo.

Me derretí al oír la preocupación en su voz.

"Yo también te eché de menos. ¿Lo pasaste bien en Dallas sin mí?"

"Comí demasiado, dormí vestido en vez de desnudo y me fui a ver un partido", dijo.

"También hubo una reunión de negocios en algún momento, ¿no?", le tomé el pelo.

"Lo hubo, y fue productivo. Mira, sé que no pasa mucho por aquí, pero ¿qué vas a hacer este fin de semana?"

"¿Me estás pidiendo una cita?" No estaba segura de lo que estaba pasando. Los latidos de mi corazón me decían que tal vez era amor.

Sabía que sentía algo por él y eso era una prueba más de que él también sentía algo por mí.

"Lo que quieras", dijo. "Pero quiero verte, y no en el trabajo, si me entiendes".

"¿Qué le digo a papá?"

"Dile que tenemos que trabajar el fin de semana en algo importante. Que necesito tu ayuda para investigar".

"Querrá saber algo más preciso", dije. Era demasiado vago, papá habría entendido enseguida la endeble excusa.

"Solo dile que son cosas internas de la empresa y que no puedes hablar con él de proyectos en desarrollo ni de secretos de la empresa. Todo irá bien".

Salió bien, muy bien. No revelé inmediatamente el subterfugio a papá. Lo guardé hasta el día siguiente, cuando volví del trabajo.

"Me siento como si me estuvieran castigando. No pude ir a ese viaje a Dallas y ahora tengo que trabajar todo el fin de semana".

"Lo siento chica, bienvenida a la América corporativa".

Y eso fue todo lo que hizo falta. No hizo preguntas cuando salí de casa el sábado por la mañana.

Había olvidado lo hermosa que podía ser la casa de Chandler. Exudaba riqueza a cada paso.

"¿Qué quieres hacer hoy? ¿Ir de compras, a un museo, jugar al golf?". Chandler era todo sonrisas y extrañamente demasiado atento.

"¿De verdad me estás preguntando eso? Esperas que te diga que pidas una pizza a domicilio y pases la tarde en la cama antes de volver tarde a casa esta noche, ¿verdad?".

Se acercó, me abrazó y empezó a mordisquearme la oreja. "Sí... esperaba que dijeras algo así".

Me acurruqué junto a él. En sus brazos encontré la sensación de pertenencia y consuelo que me faltaba. Era como si necesitara su abrazo para sentirme mejor. Dejé que me abrazara unos instantes.

"Es maravilloso. ¿Esto es todo lo que podemos hacer?" Estaba medio bromeando y medio en serio.

"¿Quieres abrazarme? Soy un experto en eso".

Según mi experiencia, se le daban bien, pero no las hacíamos a menudo. Cuando los dos nos conocimos, fueron relámpagos y truenos los que se estrellaron. Éramos furiosas tormentas en la cama. Casi nunca nos abrazábamos.

"Todavía no me siento muy bien. Lo siento. Sé que esperabas un poco de ejercicio en la cama, pero sigo sin encontrarme bien. ¿Te importaría si nos quedamos en la piscina y pedimos una pizza? Podríamos ver una película y abrazarnos un rato. Hoy necesito algo sencillo, si te parece bien".

Me preocupaba que no le sentara bien, pero no debí hacerlo. Apretó sus labios contra los míos en un beso cálido y reconfortante.

"No te encuentras bien e insistí en que vinieras aquí. Gracias. Sí, sentarse junto a la piscina es perfecto. ¿Trajiste traje de baño?"

"Sí, lo traje. Esperaba que pudieras untarme protector solar en la espalda...".

Me dedicó una sonrisa malévola y se rio entre dientes.

"Claro. Puedes cambiarte en mi habitación. Iré a preparar la piscina y a encender el jacuzzi".

Había pasado tiempo desde la primera vez que estuve en su habitación. Mientras me desnudaba para ponerme el bañador, sentí la tentación de meterme bajo las sábanas. Chandler habría sido cariñoso y atento. Solo que probablemente me habría puesto aún más enferma de tanto mecerme arriba y abajo. Sentí una oleada de náuseas solo de pensarlo.

"Es un bañador espectacular", dijo Chandler cuando salí. "Ya veo por qué lo escondiste mucho debajo de esa camiseta cuando salimos en el barco el mes pasado".

Me gustaba cómo me miraba. Me sentía guapa y segura de mí misma. Solo deseaba que la agitación de mis intestinos se calmara para poder sentirme también sexy.

Chandler cruzó hasta el borde de la piscina y me tendió la mano.

"Creo que ahora necesitas ayuda con el protector solar".

Se la entregué. "Me acordé de traerlo, pero olvidé una toalla", le dije.

Señaló una pila de toallas dobladas. "Todas listas y esperando a ser usadas por ti".

"Realmente te has ocupado de todo", le dije.

Asintió: "Ahora deja que me ocupe de ti".

CHANDLER

"Ven a mi despacho", dije por el altavoz.

"Ahora mismo voy", contestó Mila.

Al llegar enseguida tardó casi diez minutos. Todavía estaba un poco molesto de que su oficina estuviera tan lejos. Pero al menos tenía uno.

"Heather, ¿puedes comprobar mi agenda?", dije por el altavoz.

"Claro. ¿Qué tenemos que comprobar?"

Levanté la vista y vi a una Mila sonriente. Todavía parecía un poco cansada. Nuestro 'trabajo' del fin de semana había sido muy poco energético y ella simplemente no había tenido ganas de hacer mucha actividad física. Su piel estaba resplandeciente por el saludable bronceado que había adquirido tras pasar dos días en la piscina.

Sonreí y le guiñé un ojo.

"Acerca una silla y trae el programa de trabajo. Quiero revisar esta semana".

"No hay reunión de trabajo fuera de la ciudad, ¿ha cambiado algo?", preguntó Mila mientras acercaba una silla para sentarse frente a mí en mi escritorio.

"No hay viaje, pero no estaré en la oficina. Grimes viene de Suiza y trae a una persona muy interesante", expliqué.

"¿Tenemos alguna idea de quién es esta persona?", preguntó Heather a través del altavoz. El sonido de sus dedos golpeando la mesa resonó en el altavoz.

"Pero entonces, ¿quién es Grimes?", preguntó Mila.

"Marcel Grimes era el jefe de la oficina. Cuando trasladó las actividades a Europa, me hice cargo".

"Así que es una persona muy importante". Mila dijo lo que era obvio.

Asentí con la cabeza: "Por eso tenemos que despejar mi agenda. Si hay algo que tuviera que hacer, puedes hacerlo por mí".

"¿Yo?"

"Sí, tú. Has participado en suficientes presentaciones, y creo que puedes encargarte de una. De hecho, contacta con Kyle Manning. A ver si necesita tu ayuda esta semana. Dile que yo te envié a él".

"Oh, le conozco. Su despacho está al otro lado del edificio. Traté con él cuando sustituía a la ayudante de Kathleen McDonald".

Mila parecía demasiado entusiasmada por recordar a Kyle. Me mordí el labio y contuve la rabia que había surgido de repente al pensar en ella sonriéndole a Kyle. Era más joven y casi de su edad.

"Bueno, no vayas a saltar sobre él todavía. Todavía necesito que prepares algunas cosas para Grimes".

Mila frunció el ceño y me hizo una mueca agria. "¿Perdona?"

Sacudí la cabeza. "Olvídalo".

"¿Cuándo llegan el Sr. Grimes y su invitado? ¿Sabe dónde se alojarán?"

"Supongo que en el Four Seasons", respondí.

"Voy a comprobarlo. ¿Debemos esperar que nos visiten, pero que sus reuniones se celebren en otro lugar?", preguntó Heather.

"Sí, y...".

"¿Cuánto tiempo estará en la ciudad? ¿Debería reservar una mesa en el club de campo?" Eso era exactamente por lo que Heather era tan preciosa.

Mila era útil mientras viajaba, pero no tenía suficiente experiencia con esta empresa como para saber que Grimes siempre hacía negocios durante el almuerzo o mientras salía a jugar al golf. Rara vez se sentaba en una sala de conferencias a ver presentaciones de PowerPoint.

Mientras escuchaba, Mila estaba sentada, con aire elegante y un poco perdida.

"¿Qué quieres hacer con la reunión del jueves con esa empresa, la TTT?".

"¿Quién?"

"Triple T". Es un equipo de talentos. Es una reunión de marketing", dijo Mila, leyendo algo en su tableta.

"Oh, cierto. Tendrás que estar allí. Toma notas por mí", le dije.

Ella asintió y garabateó algo.

"¿Adónde iba a ir si no? De eso tenemos que ocuparnos ahora".

"No has confirmado nada más".

"Aplaza todo lo demás hasta que Grimes se haya ido. Creo que estará en la ciudad todo el fin de semana antes de partir hacia la costa".

"Me pondré en contacto con su secretaria en Suiza. Allí todavía es por la tarde. Debería poder

comunicarme con ella. Te llamaré cuando tenga más información". El teléfono hizo clic cuando Heather desconectó.

Mila parpadeó. "¿Así que me llamaste aquí pero en realidad no me necesitabas en persona?"

Me aclaré la garganta. Yo no diría exactamente eso.

Miró hacia la puerta de mi despacho. Estaba abierta de par en par, cualquiera que pasara nos habría visto.

"He pasado un buen fin de semana", murmuró, sin hacer apenas ruido.

Asentí con la cabeza. Había sido bastante agradable. No era lo que había planeado, pero su compañía siempre era un placer. Nos quedamos mirándonos un buen rato antes de que ella se levantara.

"Bueno, supongo que ahora me pasaré por el despacho de Kyle Manning y le ofreceré mi disponibilidad. Envíeme por correo electrónico lo que necesite que prepare para tus reuniones con este tipo importante que viene".

Sacudí la cabeza. "No necesito nada. Me lo sé todo de memoria".

Eran negocios, tenía que acostumbrarse a todo el mundo. Luego añadí. "Y no coquetees con Kyle cuando vayas con él", le dije mientras se iba.

"No coqueteo en el trabajo, pero gracias por recordármelo". La expresión que me dedicó no la llamaré sonrisa, sino más bien mueca.

No entendía por qué estaba tan enfadada. Era ella quien había convertido mi fin de semana en un simple encuentro de placer con unos besos. De haberlo sabido, habría ido a ver unos partidos.

En cuanto Mila salió de mi despacho, no pensé más en ello.

Tenía que prepararme. Marcel Grimes había sido casi un mentor para mí cuando había dirigido la oficina. Necesitaba que viera que no solo habían aumentado los ingresos y la productividad, sino que yo era el motor de esas mejoras.

Sonó el interfono. "Dime que tienes noticias."

"Tengo mucha información nueva. La secretaria del Sr. Grimes ha sido de gran ayuda. También tengo los nombres de las personas que vendrán con él", dijo Heather.

"¡¿Personas… en plural?!", pregunté.

"Exactamente. Se va a reunir con un par de inversores argentinos. Quiere que colaboren con nosotros. Han reservado habitaciones y una suite en el Four Seasons. No querrás que sea para mañana, ¿verdad?".

"No si llega esta noche. Mañana todos fingirán no tener jet lag. Prográmalo para después de un desayuno tardío".

"Enseguida".

Heather organizó que un coche me recogiera por la mañana para que no tuviera que preocuparme

del aparcacoches. Con un chófer a mi disposición, podía estar seguro de llevar a mis invitados adonde necesitaran ir. Aparte de salir a almorzar, estaba bastante seguro de que el primer día no sería más que una charla sobre los viejos tiempos y, si tenía suerte, un indicio de la verdadera razón por la que Grimes estaba en la ciudad.

Una vez en el hotel, fui al mostrador de atención al huésped y pregunté si podían avisar a Grimes de que había llegado.

"El Sr. Grimes dijo que puedes subir". Me dieron el número de habitación y me dirigí a los ascensores.

Cuando llegué, la puerta estaba parcialmente abierta.

"¿Hay alguien ahí?"

"Chandler, pasa." Casi había olvidado lo grande y ampulosa que era su voz.

Entré y vi a mi viejo amigo moviendo una bandeja de fruta cortada para que pareciera una flor.

"¡Marcel, por fin! ¿Cuánto tiempo ha pasado?" Alargué la mano para estrechársela, pero me vi abrazada a él. Me dio besos en ambas mejillas, al estilo europeo. Me cogió por sorpresa.

"Demasiado largo, amigo mío, demasiado largo. Te ves bien".

Sonreí, incapaz de decir lo mismo de él. Había envejecido mucho en los años que llevaba viéndole. Sus mejillas parecían hundidas y su bronceado falso.

"Tiene que agradecer a su asistente el arreglo de frutas que me hizo. Es un homenaje delicioso y sabroso. Sé que no es idea tuya ", dijo Grimes riendo entre dientes-.

Cogió una brocheta de fruta cortada y me la dio. Asentí en señal de agradecimiento. Mientras masticaba, un hombre al que nunca había visto entró en el salón.

"Marcel, no me dijiste cuándo venía tu compañero. Ah, hola, veo que ya está aquí".

"Chandler, debes conocer a nuestros nuevos amigos y futuros socios. Este caballero es Dane Nunez y Fernando Torres está por aquí".

Afortunadamente, cuando fui a darle la mano a Dane, solo conseguí un apretón de manos y ningún beso.

"¿Me vas a decir de qué va esto o me vas a hacer esperar hasta que estemos mañana en el campo de golf?", le pregunté.

"¿Ya has puesto una cerilla?", preguntó Grimes.

"¿Cuándo te he decepcionado cuando se trata de golf?"

"Dane, tú juegas, ¿no?", preguntó el tipo.

"Destaco por ser un mal jugador", admitió Dane.

"En cuanto Fernando se una a nosotros, le explicaré todos los detalles. Porque para eso estamos aquí. En cuanto Dane, Fernando y yo lleguemos a un acuerdo, estarás de nuestro lado. Tendré

que convencerte para que vengas a Suiza a dirigir mi división", dijo Grimes.

No perdió tiempo en ir al grano.

"No hace falta que me convenzas", admití.

MILA

No sabía lo que le había pasado a Chandler. En cuanto llegó el tal Grimes, mi amante secreto se convirtió de repente en otra persona. Después de unos días sin verle, aparte de unos breves momentos, empecé a echarle mucho de menos.

"¿Está Chandler?", le pregunté a Heather mientras me acercaba a su despacho.

Sacudió la cabeza. "No volverá hasta que Grimes haya salido de la ciudad".

Coloqué la tableta y el cuaderno de papel que llevaba sobre su escritorio.

"¿Quién es realmente este tipo? ¿Es tan importante?"

"En lo que respecta a la historia de la empresa, él tomó este lugar y más que duplicó sus beneficios. Eso fue antes de que yo llegara, pero por lo que tengo entendido, básicamente ayudó a Chandler a convertirse en lo que es hoy. Todos los años le envío una tarjeta y una cesta de fruta por Navidad, todo en nombre de Chandler. Es un compromiso firme".

Suspiré. No tenía ninguna posibilidad contra una persona tan importante. Tenía que dejar mis sentimientos a un lado y alegrarme de que Chandler se divirtiera con su amigo. Si quería ser una compañera comprensiva, eso era lo que tenía que hacer. Alegrarme por Chandler y darle su espacio. Después de todo, él también había sido un compañero solidario conmigo cuando yo no estaba bien, había pasado el rato conmigo y me había hecho sentir cómoda.

Me mordí el labio y sonreí por dentro. Nos apoyábamos mutuamente. Hacíamos muy buena pareja.

"¿En qué estás pensando?", preguntó Heather. Se acercó y me miró con complicidad. "Te has vuelto muy feliz de repente".

El pánico me asaltó. "Nada", dije un poco demasiado alto. "Como el jefe no está, pensaba irme antes".

"¿Estabas pensando en un novio de verdad? ¿Has tenido citas últimamente?", preguntó Heather con voz cantarina.

"Sí, exactamente. No se lo digas a nadie. Es camarero en un pub donde ven los partidos por la tele y sé que hoy hace el turno de mediodía. Almorzaré muy largo y luego diré que estoy enferma el resto de la tarde".

Mentí sobre lo del chico, pero no sobre lo de quedarme fuera el resto del día. No me encontraba muy bien y una siesta por la tarde me pareció una buena idea.

"No diré nada a nadie si me llenas la taza de café".

"Claro, ¿cómo lo tomas?"

"Oscuro y denso y también tráeme tres paquetes de azúcar por si acaso".

Cogí la taza y fui a la sala de descanso. Lisa, la ayudante de Kathleen McDonald, estaba allí hablando con otra secretaria de planta a la que no conocía. Saludé con la cabeza, pero intenté ignorarlas.

"Estaba muy cansada todo el tiempo", dijo la secretaria que no conocía.

"A mí también. Las náuseas matutinas son lo peor", respondió Lisa.

"Nunca tuve náuseas matutinas de verdad. Siempre estaba a punto de ponerme enferma, pero nunca de verdad. Me sentí como una mierda durante todo el primer trimestre".

Jugueteé con la cafetera y vertí un poco en la taza. Estaban describiendo exactamente mis síntomas. Siempre estaba cansada y tenía náuseas, pero nunca había vomitado.

"Tienes suerte. He estado vomitando al menos una vez al día últimamente".

"¿Estás embarazada?", pregunté. No debería haberme entrometido en aquella conversación, pero necesitaba saber más.

"Sí, pero no digas nada a nadie. Esperaré a terminar el primer trimestre antes de anunciar el asunto", respondió Lisa.

"Felicidades. No diré nada. Y tú también estás embarazada, ¿verdad?", le pregunté a la otra mujer.

"Oh no, acabo de volver de la baja por maternidad, así que el recuerdo aún está fresco en mi memoria".

"Por eso no nos conocemos. Yo soy Mila", le dije mientras limpiaba con papel de cocina el café derramado sobre la encimera.

"Jaimie, encantada de conocerte".

"Estar embarazada parece causar algo de depresión al principio", dije. "Lo siento."

"En cierto modo sí", dice Lisa. "Pero la infelicidad pasa y debería ser más fácil". Se acarició el vientre aparentemente plano.

"Tu secreto está a salvo conmigo".

Cogí un puñado de sobres de azúcar y acerqué con cuidado el café a Heather.

"Gracias, buenas tardes". Me saludó mientras recogía mis cosas y volvía a mi despacho.

Quería salir corriendo. No podía dejar de pensar en lo que Lisa y Jaimie habían dicho. Ella había descrito cómo me había estado sintiendo las últimas dos semanas. Cansada todo el tiempo y con

esa sensación incómoda que me hacía querer vomitar, pero nunca sucedía.

Si hubiera podido vomitar me habría sentido mejor.

Tenía algunas cosas que hacer antes de comer. En cuanto pulsé enviar en el último correo electrónico, cerré mi puesto de trabajo, cogí mis cosas y salí. Veinte minutos más tarde me senté en el aparcamiento de una farmacia y tuve que convencerme a mí misma para entrar a comprar una prueba de embarazo. La gente entraba y salía y yo seguía allí sentada.

¿Qué habría hecho si hubiera estado embarazada? Debería habérselo dicho a Chandler. *¿Se habría alegrado? ¿Se habría enfadado conmigo?* Era mi miedo el que hablaba e ignoré esa voz interior.

Chandler ya había demostrado ser un hombre cariñoso y atento. Estaba segura de que en cuanto supiera que iba a ser padre, sería un compañero muy cariñoso.

En el fondo de mi corazón sabía que estábamos enamorados. Ninguno de los dos había dicho la palabra mágica, pero las acciones hablaban más que las palabras y en nuestro viaje a Las Vegas, ambos habíamos gritado alegremente nuestro amor y compromiso incluso sin decirlo.

Su actitud aquella semana no fue más que nerviosismo ante un viejo e importante mentor. Estábamos unidos y un niño nos habría fortalecido aún más.

No sé cuánto tiempo llevaba allí cuando alguien vestido con un uniforme azul de taller golpeó la ventanilla de mi coche. La bajé lo suficiente para oírlo. "¿Te encuentras bien? Llevas un rato ahí sentada".

"Oh, estoy bien. Estaba escuchando un audiolibro. No quería preocupar a nadie".

Por la expresión de la cara de la señora que trabajaba en la farmacia, se dio cuenta de que mentía. Ni siquiera estaba escuchando música; simplemente estaba sentada con el motor en marcha. Apagué el coche y entré. Compré la primera prueba de embarazo que encontré y recé en silencio a cualquier Dios que estuviera escuchando.

Cuando llegué a casa, papá no estaba. Lo cual era bueno, porque no tenía ganas de explicarle nada. Sí, había llegado pronto a casa. Sí, me preocupaba por mi trabajo. Sí, sabía que me consideraban una empleada de confianza. Sí, estaba cansada y no me sentía bien.

Me hice la prueba. Luego me senté en el baño a esperar el resultado. En cuanto me pareció que daba positivo, lo tiré a la papelera. Me lavé las manos y me fui a la cama.

Lo habría afrontado más tarde. No estaba preparada para eso en absoluto.

Me desperté cuando llamaron a mi puerta. "Mimi, ¿estás ahí?" ladró papá.

"Sí, ¿qué pasa?" Estaba aturdida mientras abría.

Papá estaba de pie, con la cara pálida. Sostenía la prueba de embarazo. "¿Qué es esto?"

"¡¿Qué hacías en mi baño?!", pregunté.

"Estaba sacando la basura. Ahora o me dices que esto no es tuyo o tendremos una larga charla". Hablaba con los dientes apretados. Estaba enfadado y se esforzaba por no gritar.

Estaba tan cansada que solo quería dormir. "¿Podemos hablar de esto después de que termine mi siesta?" Me tiré de nuevo en la cama.

"No, hablemos de ello ahora". Entró en mi habitación y se quedó con los brazos cruzados. "¿Lo sabe el tío con el que te acostaste?"

Mi hombre no era un *tío*, ya que no era tan joven como pensaba. Pero no iba a decirlo. "¿Cómo podría saberlo? Acabo de enterarme".

"¿Te vas a casar? ¿Debería hablar con él? Creo que ambos necesitan conocer al Padre Benjamín...".

"¡Papá, basta! Me acabo de enterar de verdad. No he podido decírselo a nadie. Si no hubieras fisgoneado en mi basura, tampoco lo sabrías".

"No estaba fisgoneando. Estaba justo encima del resto de cosas desechables", exclamó. "No se lo digas al trabajo".

"Sabes que las mujeres pueden trabajar incluso durante el embarazo, ¿verdad? Quiero decir, sé que las cosas eran diferentes cuando tú y mi madre erais más jóvenes, pero... incluso entonces las mujeres embarazadas trabajaban".

Papá soltó un largo y pesado suspiro. "Le pedí a mi amigo que te diera trabajo y ahora no hay nada bueno a la vista, Mila. Cuando se entere de que estás embarazada, soltera y sin un plan, se centrará en tu irresponsabilidad. Y en todo lo que hagas mal de aquí en adelante. Podrías perder tu trabajo para siempre".

Me quedé mirando a papá. ¿Tenía razón? ¿Lo vería Chandler como algo que mancharía todo el resto del trabajo que había hecho?

No podía creer que Chandler pensara así. Pero papá obviamente lo pensaba y eran de la misma generación. Seguro que había directivos que pensarían igual. Papá obviamente lo hacía porque tenía una mentalidad anticuada.

Lo miré fijamente y parpadeé un par de veces. Ahora tenía un plan, no lo había tenido cinco minutos antes, pero ahora sí: se lo iba a contar a Chandler aquel fin de semana. Iba a hacerlo de todos modos.

Sin embargo, papá tenía razón: no tenía ni idea de cómo era la situación de la baja por maternidad en el trabajo ni de si podría seguir yendo de viaje de negocios. Todo esto repercutiría en mi trabajo, pero el problema era saber de qué tipo.

CHANDLER

"Buenos días, Chandler", me llamó Mila desde la puerta de mi despacho. Estaba allí de pie y parecía estar esperando, con su tableta en la mano y algunas otras cosas que solía llevar.

"Yo no te llamé", señalé.

"Lo sé, pensé en ser proactiva y aparecer en la reunión del lunes para que no tuvieras que llamarme. ¿Cómo fueron tus reuniones con Marcel Grimes?"

"Todo ha ido bien. Mira, Mila, tengo una agenda muy apretada y ahora necesito concentrarme".

"Oh, vale", dijo ella. "¿Cuándo debo volver?"

No necesitaba que volviera, al menos no hasta que la llamara.

"Te lo haré saber".

"Entonces, ¿no hay viajes de negocios esta semana?"

"He dicho que te llamaré cuando y si te necesito", exclamé.

Sus ojos se abrieron de par en par y juraría que su labio empezó a temblar. No tuve tiempo de ocuparme de sus sentimientos heridos.

"Te llamaré cuando llegue el momento", repetí con voz más calmada.

Esperé a que asintiera y salí inmediatamente del despacho. Tenía demasiadas cosas que hacer y poco tiempo para completarlas. Grimes me quería en Suiza a principios de mes. Cuando me propuso por primera vez que ocupara su puesto, pensé que se refería a finales o, al menos, no antes del comienzo del nuevo trimestre. Sabía que todo dependía del acuerdo con Argentina.

Había entrado en el centro de sus planes sin saber que casi habían llegado a un acuerdo. Un acuerdo que habían sellado mientras jugaban al golf.

Se iba a Buenos Aires durante seis semanas. Grimes estaba listo para mudarse y yo tenía que llenar el vacío que él dejaba. Por eso tuve que prepararlo todo aquí. Me quedaban menos de tres semanas.

Tenía que organizarlo todo, porque en cuanto anunciara mi marcha, se produciría una gran reacción. Como una fila de fichas de dominó cayendo perfectamente.

"Necesito a Kyle Manning y mi horario para las próximas dos semanas impreso", grité en el intercomunicador. "Ah, y necesito hielo".

"Yo me encargo", dijo Heather.

A los diez minutos, Heather siguió a Kyle a mi despacho con una copia impresa de mi programa, llevando la cubitera de mi minibar.

"Cierra la puerta al salir", le dije.

Kyle y yo miramos y esperamos a que Heather cerrara la puerta.

"¿De qué se trata?", preguntó.

"Siéntate", le dije. "¿Quieres tomar algo?"

"No son ni las diez. ¿Es una de tus reuniones habituales? ¿Necesitaré un trago entonces?", rio entre dientes.

Me acerqué al minibar y puse dos cubitos de hielo en un vaso. Abrí la botella de whisky. "Es *ese* tipo de reunión. Sé que yo también necesitaré una copa".

"Claro, tomaré lo mismo". Le entregué el suyo antes de dar un sorbo. "Me mudo a Suiza. Y quiero que te encargues de las cosas aquí por mí".

Dio un sorbo a su bebida antes de decir algo. "Maldita sea, tenías razón, me habría venido bien un buen trago. ¿Cuándo va a pasar eso? ¿Por eso me echaste encima a tu secretaria?".

No recordaba haberle echado encima a Mila. Solo le había dicho que viera si necesitaba su ayuda cuando yo no la necesitaba.

"No", me rei entre dientes. "Se suponía que era temporal. Pero es una buena trabajadora, deberías plantearte mantenerla en su carga. Las reuniones de este verano tuvieron un índice de respuesta más alto que las anteriores. Ya no la necesitaré. Nunca lo había pensado, pero... quiero a alguien que conozca a la clientela europea'.

"¿Lo has anunciado a la junta? ¿Soy el primero en saberlo o el último?".

Entendía cómo funcionaba esa empresa. Conocía la tendencia del consejo a guardar secretos y dejar a todo el mundo en la estacada.

"Eres el primero. De momento, los únicos que lo conocemos somos tú, yo, obviamente Marcel Grimes y un par de inversores de una start-up argentina. Y por ahora, tiene que seguir así".

"Gracias por darme esta noticia y confiarme una tarea importante".

"Mira, tengo algunas peticiones personales", dije.

"Dispara".

"Siga trabajando con Heather. Es un activo para esta empresa. Si no la mantienes como administradora, hazla vicepresidenta de logística o algo así".

"¿De verdad es tan buena?", preguntó.

"Lo es, lo digo en serio. Ella me ha salvado la vida en más de unas cuantas presentaciones en el pasado. No tienes que quedarte con Mila si no la quieres. Le prometí a su padre que le daría un trabajo. Si tienes que hacerlo, envíala de vuelta a RRHH como recepcionista permanente. Espera al menos seis semanas antes de despedirla".

Kyle se rio entre dientes. "¿De verdad te sientes responsable hacia él?".

"La conozco desde que era una niña. Comparto sillón y mesa en el estadio con su padre. Siempre hace un buen trabajo, pero si decide que no es buena, quiero estar fuera del partido".

Kyle asintió: "Entiendo. Te daré otra oportunidad antes de tomar ninguna decisión. Supongo que empezarás a ponerme al día de las reuniones que tengas que hacer".

"Sí, tengo dos esta semana. Mila ya debería tener los detalles, pero necesito que Heather me ayude a ordenar las cosas aquí".

"¿Se lo has dicho ya? Las asistentas como ella pueden llorar cuando sus jefes se mudan y no la dejan irse con ellos".

"Se lo haré saber en uno o dos días. Para entonces ya se habrá dado cuenta de que algo va mal", admití. Heather era lista, se habría dado cuenta de que estaba recogiendo mis papeles.

Quería hablar durante mucho tiempo, pero él tenía que prepararse para unas presentaciones y yo tenía que prepararme para trasladarme al extranjero.

Unas horas más tarde sonó mi teléfono. "¿Sí?"

"Chandler, ¿puedo subir a hablar contigo?", preguntó Mila.

"¿Está relacionado con los negocios?"

"Claro que sí, sino no te molestaría en horas de trabajo".

"Lo que tengas que decir sobre el trabajo de las próximas dos semanas deberías decírselo a Kyle Manning. Probablemente también deberías hablar con él sobre tus futuros deberes".

"Eso es parte de lo que quería hablar contigo", dijo en tono ronco.

No tenía tiempo para su actitud. Respiré hondo.

"Mila, todo lo referente a las próximas reuniones o presentaciones pasará por Kyle y también por el futuro inmediato. Tengo que concentrarme. Espero que lo entiendas y no me regañes con quejas insignificantes sobre el trabajo. Sé que eres una buena profesional y que puedes manejar este cambio".

"Claro, tienes razón. Siento haberte molestado". Terminó la llamada.

No supe nada de ella durante unos días, pero tampoco lo esperaba. Tenía reuniones y viajes que hacer y ahora ella trabajaba para Kyle.

Al final de la semana, recibí un mensaje suyo. Estaba cabreada. Mi fin de semana ya estaba completo.

Perdona que te moleste, pero realmente necesito hablar contigo, escribió.

Dímelo por mensaje.

Mejor si es en persona. Por favor.

Ven a mi casa el sábado después de las diez.

El administrador de mi edificio de apartamentos tenía que venir a aquella hora. No se esperaba a los empaquetadores hasta dos horas más tarde. Tenía poco tiempo.

Allí estaré, respondió.

Mila fue puntual y llegó cinco minutos después de las diez. Yo todavía estaba arreglando las cosas con la empresa de gestión de la propiedad.

"Creo que no tendremos problemas para alquilar esta casa. Probablemente podamos alquilarlo tal como está, pero creo que antes querrás pintarlo todo", me decía el administrador mientras dejaba entrar a Mila.

"Hola Chandler", dijo.

Abrí la puerta y le hice señas para que entrara sin decir palabra.

"Tienes que hacer lo que creas que es mejor. No tengo tiempo para supervisar los cambios ni los ajustes que haya que hacer. Por eso te estoy involucrando. Tienes que gestionar la propiedad en su totalidad, en mi ausencia".

"Claro. He pensado...".

"Me voy en menos de dos semanas. De momento tengo más dinero que gastar que tiempo que perder. Puedes hacer todos los embellecimientos que creas que este lugar necesita, aparte de una renovación completa."

"Será un placer trabajar para usted, Sr. Owens. Y... buen viaje". Saludó a Mila con la cabeza mientras salía del gran piso.

Mila contemplaba la escena con la boca abierta y los ojos desorbitados. Cerraba y volvía a abrir la boca como un pez de colores.

"Qué está pasando..."

El timbre la interrumpió.

Levanté un dedo. "Discúlpame un momento".

Un hombre de aspecto obrero apareció en mi puerta. Llevaba en la mano una carpeta de aluminio que a la vez era una caja delgada en la que cabían papeles y bolígrafos.

"¿Sr. Chandler Owens?"

"Soy yo", dije.

"Estamos aquí para meterlo todo".

"Llegas pronto", señalé mientras daba un paso atrás para dejarle entrar. "No te esperaba hasta las once".

"¿Tiene antigüedades o grandes espejos que sean especialmente frágiles?".

"¿Chandler?" llamó Mila.

"Dame un minuto, Mila. Enseguida voy". Volví a centrar mi atención en el hombre. "No voy a llevarme los muebles. Se quedarán aquí. Síganme, les mostraré qué habitaciones se embalarán para el envío y cuáles para el almacenamiento a largo plazo".

Le llevé a mi despacho y le dije que había que embalar y enviar toda la habitación, así como mi dormitorio. No necesitaba enviar los muebles al extranjero cuando era más barato comprarlos allí. Tomó notas mientras me seguía.

Cuando terminamos, Mila seguía de pie en la puerta principal.

"Yo y el resto de los trabajadores volveremos en una hora".

Cerré la puerta y me volví hacia Mila. "Podrías haberte sentado. ¿Para qué querías verme?"

"¡¿Te mueves?!", preguntó, con una expresión completamente inexpresiva.

"Sí, me ocuparé de la sucursal en Suiza".

"¿Cuándo ibas a decírmelo?"

Me encogí de hombros. "Probablemente cuando hubiera hecho oficial el anuncio. Mira, ya has empezado a trabajar para Kyle, así que tu puesto seguirá siendo el mismo. Él ocupará mi lugar aquí. Será un buen mentor, pero mejor no te acuestes con él, que está casado", bromeé.

MILA

No sabía qué decir. "Bien por la broma. Cuando me mandaste con él estabas celoso ¿y ahora me tratas así? En fin, aparte de eso, ¿te mudas para siempre?".

"No es que pueda desplazarme. Claro que me mudo. Tengo que estar allí antes de lo que pensaba. Sé que no es el momento ideal para ti, Mila. Pero sabrás que a veces, sobre todo en los negocios, hay que aprovechar las oportunidades".

Me quedé mirándole. Se iba y no hacía más que hablar de oportunidades de negocio. *¿Y nosotros?*

"Entonces, ¿ahora trabajo para Kyle?"

"Sí, también se lo dejé claro. Por cierto, has estado genial esta semana. Me ha dicho que has sido muy útil en las presentaciones que le he echado encima. Te agradecería que no volvieras a mencionarlo en la oficina. Me refiero a mi traslado. Aún no he hecho el anuncio. Lo haré esta semana".

Me tragué la bilis. Por primera vez en varias semanas, en aquel momento estaba segura de que no me sentía mal solo por las náuseas matutinas: *era por él.*

"¿Puedo decírselo a mi padre? Creo que a él y a tu grupito de amigos les gustaría saberlo".

Se detuvo y me miró. Fue como si se le encendiera una bombilla cuando se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en ello.

"Sí, tengo que decírselo. Tenemos que ir a un partido la semana que viene; les veré allí. Por supuesto, puedes decírselo a Dan".

Nunca había pensado realmente en las personas de su vida. Solo se dio cuenta de que tenía que decírselo a sus amigos porque yo se lo había recordado.

Si no podía valorar las relaciones personales en su vida por encima de los negocios, nunca me valoraría a mí ni al niño tampoco.

¿Cómo pude equivocarme tanto? Él no me veía como su partner en absoluto. Demonios, apenas reconocía mi existencia. Ni siquiera se preocupaba por sus amigos históricos.

"¿De qué querías hablarme?", me preguntó. Me sorprendió que recordara por qué había ido allí.

"No pude verte en la oficina. No tenía clara la situación con Kyle Manning. Siento haberte molestado durante el fin de semana, pero me preocupaba. Heather tampoco tenía información que darme". No era mentira.

Heather había dicho que Chandler había llegado a la oficina el lunes por la mañana con un humor hiperactivo. Se había pasado toda la semana frenético, sin asistir a ninguna reunión a menos que la solicitara de inmediato.

Bueno, este repentino traslado lo explicaba prácticamente todo.

"Lo siento. Tenía muchas cosas que hacer".

Dudaba que realmente se hubiera disculpado. No conocía el verdadero significado de la palabra. ¿Cómo iba a saberlo? Solo se había centrado en sí mismo.

Me sentí tan estúpida. Había pensado que se estaba creando algo serio entre nosotros. Sí, mi estupidez y mi confianza ciega en una persona que solo pensaba en sus propios intereses. Y pensar que hasta unos días antes me había lamido literalmente el culo para que me quedara con él.

Necesitaba salir de allí.

"Si no te vuelvo a ver, supongo que esto es un adiós", le dije. Empecé a levantar los brazos para abrazarle. Pensé que al menos me lo daría. Él seguía prestando atención a su teléfono móvil. Estaba ocupado. Estaba distraído.

"Sí, tal vez nos veamos". Se fue. "Mila, fue un placer trabajar contigo. Eres muy buena". Me guiñó un ojo.

Un placer. Para él había sido solo eso. Follar a escondidas con la hija tonta de su amigo.

Me quedé en el coche un buen rato antes de arrancarlo. Encendí la radio hasta que los graves de la música hicieron vibrar las ventanillas. Arranqué el coche y en cuanto entré en la circunvalación más cercana conduje lo más rápido que pude y grité.

Grité y seguí gritando hasta que me dolió la garganta. Entonces ya no canté más. Al cabo de un rato volví a gritar y a conducir demasiado rápido hasta que algo dentro de mí se rompió. Pulsé los mandos de la radio al azar y luego la apagué. No podía soportar más aquel ruido.

Fue como tener una maldita crisis nerviosa. Toda mi rabia se esfumó y me quedé vacía y aterrorizada. Estaba sola en el silencio. En aquel momento empecé a llorar. Y no podía parar. Las lágrimas me nublaban la vista y no podía ver la carretera con claridad.

Me paré en seco y empecé a sollozar. Entre la tristeza y la rabia, golpeé la ventana hasta que temí romperla.

Me desplomé sobre el volante y seguí llorando hasta que tuve hipo y estuve segura de que ya no me quedaban lágrimas. En algún momento sentí que se me hinchaban los ojos. No creí que pudiera sentir tanta rabia y dolor al mismo tiempo.

Chandler nunca se había preocupado por mí y yo lo había pintado como una especie de príncipe azul perfecto en mi imaginación.

Que fuera lo que yo quería que fuera no significaba que fuera verdad. *Lección aprendida*. Ahora tenía que enfrentarme a mi padre, decirle que su amigo se iba y fingir que lo sentía. Ni siquiera podía dejarle ver lo devastada que estaba por esa noticia. Nunca podría haberle dicho que Chandler era el padre de mi hijo.

Me quedé sentada con mis pensamientos un rato más. El coche se tambaleó cuando un semirremolque pasó a pocos metros de donde yo estaba parada. Probablemente no era la forma más segura o inteligente de quedarse a un lado de la carretera en plena crisis existencial.

Esperé hasta que todo estuvo bien y conduje el coche de vuelta a la carretera.

Llevaba un buen rato conduciendo. Me detuve en la primera salida y paré en una estación de servicio. También necesitaba ir al baño.

Compré muchos bocadillos y un refresco gigante antes de volver al coche y repostar gasolina.

En el viaje de vuelta escuché mucha más música, pero a un volumen razonable. Sobre todo, dejé de llorar; las chocolatinas parecían haber ayudado a mi estado de ánimo.

Me di cuenta de que no había comido. Lo único que quería era irme a casa, acurrucarme en el sofá y ver películas el resto del fin de semana.

"Mimi, ¿estás bien? Has estado fuera bastante tiempo. ¿Has estado llorando?" Papá se detuvo y me miró cuando entré.

Asentí con la cabeza.

"¿Qué ha pasado?"

Enrosqué los dedos para que las uñas se clavaran en las palmas y parpadeé hacia el techo. Quería dejar de llorar.

"Todo. Tuve que comprobar algunas cosas de trabajo con Chandler y me enteré de que se va de Estados Unidos. Me dijo que podía decírtelo. Se lo dirá a todo el mundo en el partido de la semana que viene. Así que ahora estoy preocupada por mi trabajo". Todo era absolutamente cierto. "Todavía podré seguir viviendo aquí, ¿verdad? ¿Incluso si no gano lo suficiente para permitirme mudarme?"

"Pensé que ibas a hablar con tu novio sobre ello. Tiene que dar un paso adelante y cuidar de ti".

Estúpidas lágrimas llenaron mis ojos y cayeron en cascada por mis mejillas.

"Mimi ¿qué está pasando?"

"Después de despedirme de Chandler, fui a casa del padre del bebé. Me dejó".

"¡Que! ¿Eso fue antes o después de que le dijeras que ibas a tener un bebé con él?".

"Fui allí para decírselo, pero no tuve ocasión". Esto es lo único completamente cierto que le dije a papá. Tuve que inventarme una historia disparatada. "Me dijo que era una pegajosa y que le estaba presionando para que hiciera algo que él nunca había aceptado hacer. También me dijo que si le decía que estaba embarazada solo para que se quedara conmigo, no volvería a hablarme porque no se lo creería. Me dijo que me fuera y que me olvidara de dónde vive". Quería dejar de

llorar por ese hombre. Él no valía la pena.

"¡¿Qué?! Pues entonces ese gilipollas no te merece", dijo.

"Estás enfadado conmigo, ¿verdad? No querrás echarme de casa, ¿verdad?". Se me quebró la voz mientras seguía llorando.

Papá me abrazó y me estrechó con fuerza. No dijo nada durante varios minutos. Entré en pánico y empecé a llorar más fuerte, convencida de que no hablaba porque estaba a punto de echarme.

"Tu madre y yo te tuvimos cuando éramos mucho más jóvenes de lo que eres ahora. Tus padres no te dieron muchas opciones. Yo ya sabía que me casaría con ella". Me acarició el pelo mientras mi llanto se calmaba.

"Me prometí a mí mismo que nunca echaría a una hija solo por cometer un error y vivir su vida. No voy a ninguna parte, Mimi, y desde luego nunca te abandonaré".

"Bueno, gracias papá, te lo agradezco".

Tras un largo silencio, preguntó: "¿Ayudaría si hablara con este tipo? ¿De hombre a hombre?"

"No, acabarías amenazándole y te detendrían. Creo que prefiero olvidarme de él. Fue un maldito error".

"Pero no podrás olvidarlo en unos meses. Estás embarazada, esto cambiará tu vida".

"Lo sé, pero por ahora no quiero pensar en él. Tengo que preocuparme por mi trabajo. Tengo que empezar a ahorrar para un coche nuevo y un catre. No tengo tiempo para pensar en alguien a quien no le importo".

"Esta es la chica que conozco.

Me di cuenta de que papá quería decirme algo más. No podía manejar muy bien sus emociones y esto debía de ser demasiado incluso para él. Siempre pensé que los adultos eran más maduros que los niños. Ese día me di cuenta de que no era así. Solo eran egoístas. Al menos los hombres que yo conocía.

CHANDLER

Me asomé al balcón de mi nuevo piso y contemplé la puesta de sol. Zúrich estaba ligeramente al norte del meridiano del paralelo 45º. Estar tan al norte cambiaba mucho la cantidad de luz diurna, al menos en verano. Me había acostumbrado a las horas de luz más largas. Sabía que eso significaba noches más oscuras en invierno, pero por el momento era estupendo.

Había siempre vivido bastante al sur y las largas horas de verano no eran tan largas como aquí. Debería haber hecho un viaje a Suecia para presenciar el fenómeno del sol de medianoche. Quizá el año que viene. Era bastante tarde en verano y me habría perdido el efecto de la puesta de sol durante días. Sin embargo, fue agradable tener la oportunidad de ver el sol, incluso cuando se estaba poniendo.

Desde mi llegada, pasé días enteros en reuniones con Grimes en la oficina. Estábamos cerca del traspaso, lo que significaba que desde que entré por la puerta, hasta que estábamos demasiado cansados para concentrarnos, pasábamos todo el tiempo analizando cuáles serían mis estrategias de trabajo en cuanto me cediera el control.

Volvíamos a tener la relación que solíamos tener y él era mi mentor. Había echado de menos aquellos días.

Marcel Grimes era una fuente de conocimientos y tuve suerte de que estuviera dispuesto a compartirlos conmigo. Pero a veces se olvidaba de que yo llevaba muchos años solo. En cualquier caso, todo habría ido bien.

Creo que necesitaba saber que en el momento en que subiera al avión rumbo a Sudamérica ese lugar estaría en buenas manos. Mis manos, las *mejores* para el trabajo.

Tomé un sorbo de mi bebida y admiré el paisaje. La vista desde mi nuevo piso era muy diferente tanto de mi casa en Estados Unidos como de mis expectativas.

En Estados Unidos, mi enorme piso estaba en un barrio acomodado con calles curvas, vecinos tranquilos y pocas farolas, completamente rodeado de árboles. Desde mi terraza trasera podía ver la piscina, los grandes árboles de mi patio y la valla que separaba el jardín de los vecinos.

Aquí, sin embargo, los árboles eran más pequeños y mi piso daba al barrio de enfrente, a la ciudad y al lago de Zúrich.

Pensé que me darían un piso en un gran edificio, pero supongo que no sabía qué esperar de

Zúrich. Cuando me imaginaba mudándome a Europa, las imágenes que recordaba eran de vacaciones en París y Roma o viajes de esquí a los Alpes.

Zúrich tenía más el encanto de la vieja Europa, pero también era un lugar bastante moderno. Los suburbios tenían algo de familiar.

Había confiado en el asistente de Marcel para que me encontrara un piso amueblado con un contrato de alquiler de un año. Debería haberme encargado yo mismo de buscar casa. Los arreglos no eran horribles, pero no eran los que yo mismo habría tomado.

Después de vivir en los suburbios durante años, esta habría sido una gran oportunidad para vivir en el corazón de la ciudad. Pero dudo que hubiera tenido un piso tan grande.

Todo mi equipaje había llegado a primera hora del día. Llevaba toda la mañana atascado mientras los de la mudanza transportaban cajas y cajas. Menos mal que no había empaquetado ningún mueble. El sofá de mi salón no habría cabido y, desde luego, no había sitio para la mesa de billar. Por mucho que me gustara una cama de matrimonio, en los dormitorios no habrían cabido ni el colchón ni los cajones.

Había pedido a los de la mudanza que apilaran todo contra la pared del salón. Las cajas ocupaban demasiado espacio. El piso ya parecía pequeño antes de que la pared de cajas cerrara aún más el espacio.

Volví a la casa y coloqué la bebida sobre la mesita. Me puse delante de las cajas y examiné las etiquetas. Cuando encontré cajas con las etiquetas giradas de modo que no se podían leer, las giré para que la etiqueta quedara hacia fuera.

No tenía intención de deshacer todo yo solo, pero estaba cansado de vivir prácticamente con las maletas aún hechas. Quería ropa nueva y mis artículos de aseo. Una vez que encontré las cajas adecuadas, las retiré de la parte superior de la pila y tiré de las cajas que quería de la pared, como si estuviera quitando ladrillos.

Arrastrando las cajas de una en una, las distribuí por el dormitorio y el cuarto de baño. Sacar mis cosas fue una experiencia muy interesante. Había muchos objetos.

¿Por qué había metido en la maleta un bote de aftershave? Ni siquiera era mi marca habitual. Podría haberlo sustituido fácilmente por algo similar. Desenrosqué el tapón y aspiré.

Me vinieron a la memoria los recuerdos de Mila bailando en la habitación del hotel de Las Vegas. Me había quedado en la cama, negándome a levantarme durante días. La tenía constantemente en mis brazos; *¿por qué iba a salir de allí?*

Me había traído la pequeña muestra que había encontrado en el baño. "Toma, tienes que ponerte esto".

Había alargado la mano y se la había cogido, impidiendo que me rociara con el perfume que había encontrado.

"¿Qué tiene de especial?", le pregunté.

"No lo sé. Huele bien. Serías irresistible si te lo pusieras".

Había olido la muestra, no estaba mal. Me había puesto unas gotas en las manos, aplicándome el aftershave en el cuello.

Se había revolcado contra mí, me había puesto la nariz en el cuello y me había olisqueado. Luego había hecho ruidos de agradecimiento. Sabía que había una razón por la que seguía en aquella cama.

Ya fuera por el aftershave o simplemente por su estado de ánimo, sin duda demostró que yo era irresistible. Sus curvas desnudas debajo de mí eran definitivamente difíciles de resistir. Y en aquel momento ni siquiera lo había intentado.

En cuanto consiguió sacarme de la cama, obligándome a vestirme, me aseguré de parar en la primera perfumería para comprar un frasco del mismo aftershave.

Desde entonces solo lo usaba en nuestros viajes juntos. Y ella se mostraba mucho más abierta a mis avances cuando yo llevaba ese perfume.

Era el aftershave que le encantaba a Mila, pero no lo necesitaría aquí.

Una pequeña burbuja de tensión se formó en mi pecho. No la había saludada correctamente. La había dejado plantada y probablemente debería haber sido más cálido en mi saludo.

Al menos me había asegurado de que siguiera teniendo trabajo. Sabía que lo que había entre nosotros solo sería divertido mientras durara. Mudarme a Zúrich había sido la decisión más inteligente que había tomado para mi carrera. Ella lo habría entendido tarde o temprano. Tenía que entenderlo. Si no lo hubiera entendido, no habría sido tan lista como yo pensaba.

En Estados Unidos era por la mañana. Podría haberle enviado un correo electrónico para ver cómo iban las cosas. ¿Pero de qué habría servido? No quería confundirla poniéndome en contacto con ella cuando no había nada concreto entre nosotros.

Yo estaba lejos. Nunca le habría pedido que viniera a mi casa para pasar una semana de diversión en la cama. Podría haber encontrado fácilmente a alguien en Zúrich con quien divertirme. Esperaba que Mila ya tuviera a alguien en mente.

Puede que no me gustara la idea de que Mila compartiera sus placeres con otro hombre, pero no estaba exactamente en posición de decirle que no lo hiciera. Si, una vez de vuelta en Estados Unidos, seguía soltera, no veía por qué no podíamos empezar de nuevo.

Si quería saber cómo estaba, podría haberle dejado un mensaje a Kyle para ver cómo iban las cosas. O llamarle por teléfono. No habría sido inusual o fuera de lo común.

También esperaba que Grimes me llamara un par de veces antes de verse tan atrapado en su nuevo papel en Argentina que se olvidara de ello.

Miré el reloj: era tarde, demasiado tarde para llamar a Estados Unidos. Me acordaría de llamar antes de salir de la oficina al día siguiente. De vuelta en el salón, cogí mi tableta. Añadí una nota para llamar a Kyle y preguntar por Heather y Mila. Añadí una segunda nota para que el equipo de Grimes contratara a alguien que viniera a desempaquetar mis cosas.

Aún no habíamos definido el destino exacto de su asistente personal, que se había quedado en Zúrich. Era buena, pero no sabía si esperaba trabajar conmigo o si aprovecharía la oportunidad

para buscar otro empleo. Grimes no me había dicho si se trasladaría con él.

El día siguiente iba a ser muy ajetreado.

MILA

Tres años después...

Me senté en el suelo del salón. Luke no paraba de darme las tarjetas que venían con su juego. Me hubiera gustado que fuera igual de entusiasta a la hora de recogerlo todo cuando llegara el momento de guardarlo, pero por ahora era hora de jugar.

"Gracias", repetí mientras me entregaba otra mascota de plástico.

Buscábamos la manera de poner nombre a los animales. Le encantaban sus animales. Mi regazo estaba lleno de figuritas de plástico. Y había más esparcidas por todo el salón. Nuestro dormitorio de arriba era un zoo virtual lleno de animales de peluche.

"¡Tigre!", proclamó orgulloso mientras lanzaba y me entregaba el animal.

"¿Puedes encontrar el elefante?"

Dio vueltas por la habitación hasta que encontró el animal adecuado y me lo lanzó.

"Si esta es tu idea de limpieza, tardarás una eternidad", comentó papá al entrar en la habitación. No había humor en su voz.

"¡Pawpaw!" Luke gritó y corrió hasta chocar contra las piernas de Pawpaw.

"Hola pequeño", le dijo a Luke. "¿Cómo está mi chico?"

"Pata, animales". Luke señaló nuestra actividad desordenada.

"Podrás ordenar todo para esta noche, ¿no?" Preguntó papá.

"Lo hago todas las noches, ¿no?" Le contesté.

Papá quería a Luke, o al menos lo fingía. Simplemente no le gustaba tener un bebé en casa. Los niños traían desorden. Esto significaba que yo tenía que limpiar constantemente después de cualquier cosa que hiciéramos y que cada noche, después de acostar a Luke, tenía que hacer que la casa pareciera como si él no viviera allí. *Era agotador*.

Yo ya estaba muy cansada de mi trabajo de mierda. Luke siempre estaba lleno de energía.

Además, papá me había presionado mucho. Sabía que no quería que Luke y yo viviéramos allí, pero simplemente no ganaba lo suficiente para vivir por mi cuenta.

"¿Vas a llevar a Luke al zoo mañana?"

"No había previsto esto, ¿por qué?"

"Hay un partido de fútbol. Los chicos vienen a verlo".

Realmente necesitaba hacer las tareas domésticas y contaba con tener todo el día del domingo para hacerlo.

"Entendido, pero se supone que lloverá todo el día de mañana, no lo llevaré al zoológico".

Papá le hacía cosquillas a Luke y la interacción entre los dos contrastaba totalmente con la que yo estaba teniendo con él. Era obvio cuánto se adoraban. Pero las palabras que salían de la boca de papá me hacían pensar que no quería que sus amigos supieran que ambos existíamos.

"¿Puedes llevarlo al centro comercial o algo así?"

Le miré fijamente. Quería que admitiera que quería quitarnos de en medio.

"Podemos seguir hablando un rato, pero tengo que hacer la colada. El partido durará tres horas o más. Sé lo mucho que te gusta gritar con tus amigos".

"Haz la colada esta noche, después de que Luke se vaya a la cama."

Cerré los ojos. No era una discusión que fuera a ganar.

"Vale, iremos por la mañana. Pero tendré que llevármelo a casa a la hora de la siesta. Vendré enseguida a recogerlo y lo llevaré a nuestra habitación. Mientras tú y tus amigos estéis en el salón, no me veréis entrar".

"Esto debería ir bien. Espero que seas amable si encontras a alguien, pero intenta no entablar conversación. Cuando te pregunten cómo estás, actúa como si no hubiera pasado nada".

Lo estúpido era que sus amigos ya lo sabían. Incluso habían visto a Luke cuando era un bebé.

Creo que papá no había superado la vergüenza que le había dado una vez que McLain se había comportado como un idiota. Sinceramente, no creía que aquel hombre supiera hablar con las mujeres sin coquetear. Y con voz burlona me había preguntado si sabía quién era el padre.

En aquel momento estaba tan cansada que rompí a llorar. Cogí al bebé y me escondí en mi habitación. Después, papá siguió intentando mantenernos ocultos. Aún no sé si le avergonzó más mi reacción o el hecho de que me negara a decirle quién era el padre.

"Intenta no sonreír a McLain", dijo.

Lo único que pude hacer fue asentir. No había forma de obligar a papá a decirle a McLain que dejara de flirtear inapropiadamente conmigo. El hombre estaba con su tercera o cuarta esposa. No tenía motivos para hablarme con las insinuaciones apenas veladas que hacía. Yo nunca había hecho nada para animarle. Desde luego, nunca le había sonreído.

"Nunca le sonrío a McLain, papá. Ni siquiera nunca le hablo, ¿sabes?", le dije. Me levanté y

empecé a recoger todos los animalitos esparcidos por ahí. Quizá si hubiera empezado a limpiar antes, no se habría puesto tan gruñón conmigo. Era una ilusión, pero era lo único que podía esperar.

"Por eso creo que sería mejor que encontraras la forma de irte por tu cuenta".

Papá me había prometido que nunca me echaría de casa. Cuando él y mamá esperaban mi nacimiento, no tuvieron más remedio. Mi abuelo, un hombre del que no tenía recuerdos, la habría echado y repudiado si no se hubieran casado. Así que, como buen católico que era, papá se casó con ella.

Me crió solo, como padre soltero. Tenía una hija y no estaba casado, pero como era viudo y me negaba a decirle a todo el mundo quién era el padre de Luke, yo era una fuente constante de vergüenza. Él no lo admitía, pero yo lo sentía sin rechistar. Era evidente en cada una de sus miradas y palabras.

Mientras yo seguía tirando los juguetes de Luke al cubo de los juguetes, papá hacía cosquillas y jugaba con mi hijo. Debería haber sido maravilloso. Debería haberme alegrado el corazón.

Había encontrado una forma de vivir con el rechazo de Chandler Owens, el padre biológico de Luke. Encontraría la manera de sobrevivir a la decepción de papá. En mi corazón albergaba la esperanza de que Luke nunca viera el juicio que habíamos soportado.

Me habría ayudado tener un trabajo mejor, pero últimamente no había tenido mucha suerte.

"¿Crees que puedes mantenerlo ocupado mientras hago la cena?", pregunté.

"No tienes que pedirme que pase tiempo con Luke porque me gusta estar con él", respondió papá. "Vamos, busquemos unos palos afuera".

"Ponle una chaqueta, por favor."

Era tan sensible a la doble personalidad que papá mostraba cuando se trataba de Luke. *¿Quizás yo era el verdadero problema?*

Luke era muy buen hijo, era un niño totalmente inocente, mientras que yo siempre había sido la niña problemática. Avergonzaba a mis padres y luego me quedé embarazada. Ni siquiera podía mantener un trabajo decente. Conducía un coche de mierda porque no podía permitirme nada mejor.

Después de años intentando comprarlo todo por mí misma, sin entender por qué quería intentarlo ya que en realidad necesitaba ayuda, papá se había rendido. Tenía que arreglármelas sola.

Se había comprado un coche nuevo con un alto índice de seguridad. La única vez que había puesto una sillita para llevar a Luke a algún sitio fue justo después de que naciera y yo no pudiera conducir durante unos días.

Desde entonces, Luke nunca había viajado en el coche de mi padre.

Le observé mientras ayudaba al niño a ponerse la chaqueta. Me miró, la sonrisa que tenía para Luke había desaparecido de su rostro cuando nuestros ojos se encontraron.

Me dolía saber que lo había roto todo entre nosotros. Por un momento había pensado que sería el

padre más comprensivo que jamás hubiera existido. Y mientras estuve embarazada, lo había hecho bastante bien.

Fue cuando traje a Luke a casa y los amigos de papá hicieron algunos comentarios inapropiados cuando su actitud hacia mí cambió notablemente.

Llevé el cubo de juguetes a nuestra habitación. Por el camino recogí todo lo que Luke había dejado tirado. Una vez arriba, recogí los vasos y los llevé a la cocina. Los tiré al fregadero. Debía lavarlos a mano y luego esconderlos en un armario que papá no utilizara. Me esforcé por no dejar que las cosas de Luke invadieran la casa.

Cuando entré en la cocina me di cuenta de que aún había que sacar la basura. Dejé los platos y saqué una bolsa nueva de debajo del fregadero. Mientras la cambiaba, vi dos vasos pequeños en la basura.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Fue una bofetada virtual en mi cara y me dolió como si hubiera sido real. Lo mejor que podía imaginar era que papá los había y, en lugar de ponerlas en el fregadero para que yo las lavara, las había tirado.

Solo eran vasos de plástico para niños, pero la falta de compasión y respeto era tan evidente.

Tal vez nos había prometido que nunca nos echaría de casa, pero de ese modo me sentí como si me hubieran apartado del mundo entero.

Poco a poco papá me fue presionando para que me fuera. Habría sido demasiado evidente si me hubiera echado de casa, pero desde luego me dejaba claro a cada segundo que ya no nos quería allí.

CHANDLER

Cuando me acerqué a la casa de Daniel, todo estaba extrañamente igual que la última vez que había estado allí. Y habían pasado años.

Todavía había un BMW rojo descapotable y reconocí el Mustang de época de Doug. Pensé que el Corvette amarillo brillante pertenecía a McLain.

De todos los miembros del grupo, él era el más propenso a sufrir la típica crisis de los cuarenta. Me enteré de que ya estaba en medio de otro divorcio tras no más de dos años de matrimonio. El deportivo era previsible.

No vi el viejo sedán destartalado de Mila. No sé por qué me molesté en buscarla. Ella estaba en la cima de una brillante carrera cuando yo me había ido. Ya debía de haberse mudado y cambiado de coche. *Demonios, puede que ya ni siquiera esté en la misma ciudad*.

Habría estado bien verla, pero no contuve la respiración.

Llamé a la puerta y entré, como solía hacer.

"¡Chandler, has venido muy bien vestido para la ocasión!", dijo Doug, comentando mi inmaculada camiseta del equipo. "Es bueno ver que no has olvidado cómo ver un partido de fútbol".

"Hola tío, ¿cómo estás?" Le di una palmada en el hombro.

"No me quejo, todo va bien".

Daniel entró en el salón con una bandeja de alitas de pollo. McLain le pisaba los talones con una bandeja gigante de patatas fritas en una mano y salsa rosa en la otra.

"Haz algo útil y trae las cervezas", dijo Daniel. "Te acuerdas de la cerveza, ¿verdad? En Europa también la tienen, ¿no?".

"La cerveza en Europa es aún mejor. No sé si podré digerir esta cerveza americana".

"No seas snob", dijo McLain.

"¿Es tu coche nuevo?", le pregunté.

"Sí, cambié a la última esposa por ésta. Creo que por fin tomé la decisión correcta. Esta belleza no se queja y se queda ahí sentada con buen aspecto".

"Ésta, sin embargo, te hace gastar todo tu dinero igual que tus dos últimas esposas", bromeó Doug.

"Sí, bueno, cuando me canse de ella, puedo vender su culo por algo mejor y no intentará demandarme", dijo McLain. "He terminado con las mujeres".

"No le creas", dijo Daniel mientras caminaba entre nosotros. "Nunca se dará por vencido con las mujeres hermosas y nunca aprenderá la lección".

Daniel encendió la tele y nos acomodamos en el sofá. Era bueno estar en casa. Empezó el partido y fue como en los viejos tiempos, gritando a los entrenadores por la tele y animando cuando hacíamos una buena jugada. No parecía importar lo bien que jugaran nuestros chicos, pero no conseguían el primer punto. Seguíamos perdiendo terreno. Al final del primer cuarto aún no habíamos marcado un touchdown.

Cuando nuestros chicos marcaron, salté y levanté el puño. Desgraciadamente, al hacerlo se me cayeron las patatas fritas y la salsa, y derramé un poco sobre mi ropa.

"Ah, mierda". La salsa me habría manchado la camisa. Era nueva y no quería una gran mancha rosa en primer plano.

McLain me entregó un montón de servilletas.

"Tengo que aclararlo".

"Pareces una anciana", comentó McLain.

"Parezco un hombre que sabe hacer su propia colada", respondí apresuradamente mientras me dirigía a la cocina. Ignoré a los chicos mientras se reían de mi broma.

Me quité la camisa al entrar en la cocina. Me quedé helado. Mila estaba allí. Estaba de pie en la encimera, vertiendo leche en un biberón.

"¿Mila?"

"Chandler, ¿qué estás haciendo aquí?"

"Fútbol", señalé el partido que se estaba jugando en la otra habitación.

"Necesito enjuagar mi camisa. Tiene salsa".

"Esto significa que has vuelto de Europa". Enroscó la botella y puso la leche en el frigorífico.

Metí la camisa bajo el grifo y abrí el agua.

"Asegúrate de usar agua fría", dijo mientras se iba.

Quería decirle algo más, pero se había ido. Ni siquiera sabía que estaba allí.

"¿Por qué has tardado tanto? Te estás perdiendo el partido", dijo Doug.

"Daniel, acabo de encontrar a Mila. ¿Es niñera o algo así? Tenía uno de esos biberones".

"¿Está Mila en casa? Creía que iba a estar fuera casi todo el día", contestó Daniel. No parecía contento y no respondió a mi pregunta.

"¿No te lo dijo Daniel? Es oficialmente abuelo".

Tardé un minuto en comprender del todo aquella frase. Si Daniel era abuelo, Mila se había convertido en madre. No me extrañaba que no quisiera hablar conmigo. Yo era un viejo amor para ella y estaba claro que tenía una nueva situación familiar.

"Felicidades hombre. ¿Cuándo se casó?"

Doug empezó a sacudir enérgicamente la cabeza y a pasarse los dedos de un lado a otro por la garganta. Me había metido en la proverbial mierda equivocada. Quizá si mis amigos me hubieran informado antes, no la habría cagado.

"Lo siento tío. No lo sabía". Dejé el tema.

"No sabías que no. Ahora está siendo madre soltera", dijo Daniel.

Conocía su historia, que se había casado joven porque había dejado embarazada a su novia. Claramente lo que le había pasado a Mila era un punto delicado.

El juego comenzó de nuevo y solo le presté la mitad de mi atención. Mantuve los oídos atentos para ver cuándo volvía a la cocina. Me pareció oírla y fui hacia ella.

"Mila", dije. "¿Cómo han ido las cosas todo este tiempo?"

Tenía el brazo lleno de platos que puso en el fregadero. "Me las he arreglado. Ni bien ni mal. Vuelve a ver el partido, Chandler".

"He oído que tienes un hijo. ¿Así que el padre es un vago que no lo aceptó?"

"¿Por qué crees eso?", preguntó ella.

"Porque Daniel dijo que estabas soltera".

Dejó escapar un largo suspiro. "No es un vago. Eso te hace pensar que sabe lo de su hijo. No tiene ni idea y no quiere saber nada de mí. Así que eso es todo".

Tenía muy buen aspecto. Había olvidado lo sensuales que eran sus curvas.

"Te ves bien. Deberías salir conmigo. Déjame llevarte a cenar".

"¿Vuelves después de todos estos años y de verdad crees que puedo salir a cenar contigo? Mi padre está en la otra habitación. Si te oyera te rompería un jarrón en la cabeza y te pegaría o algo. Eres tan despistado como McLain. Nunca me había dado cuenta de lo estúpidos que pueden ser los hombres adultos".

"Oh, vamos, Mila. Podemos ir a algún sitio bonito, los dos solos. Podría ser como en los viejos tiempos, si sabes a lo que me refiero".

"Sé exactamente lo que quieres decir y no voy a salir contigo", siseó prácticamente en voz baja.

"¿Por qué no? Tú estás soltera, yo estoy soltero. Solíamos divertirnos mucho juntos", le recordé.

"¿Debería ser razón suficiente?" Apretó la mandíbula y me miró con los ojos muy abiertos.

Solté una risita. "¿Sigues haciendo eso de las lentillas de colores? Recuerdo que solías combinar

las lentillas con tu ropa, ¿o era solo una broma?".

Levantó la vista y negó con la cabeza. "Realmente no quiero hablar de los viejos tiempos".

"¿De qué estáis charlando aquí?". Daniel entró y dirigió a Mila una mirada muy severa antes de sonreír en mi dirección.

Siempre había querido asegurarse de que Mila ganara algo por su cuenta. No dejé de utilizar esto a mi favor.

"Mila y yo estábamos poniéndonos al día en algunas cosas. Ahora que vuelvo a la ciudad, necesitaré un ayudante cualificado. Esperaba convencer a Mila de que volviera a trabajar para mí. Éramos un buen equipo antes de que me fuera".

"¿En serio?", exclamó Daniel. "Le vendría bien un nuevo trabajo".

"¡Papá!", se quejó Mila.

"Es verdad y lo sabes. Siempre te quejas de tu trabajo", le dijo. Luego dirigió su atención hacia mí. "¿Cuál es tu plan? Te diré ahora mismo que no la dejaré ir más de viaje de negocios contigo. Se cansaría demasiado....".

Me eché a reír. Daniel estaba jugando a mi juego. "Creo que tengo que pasar una tarde con Mila discutiendo las distintas posibilidades".

Apretó los labios y sus fosas nasales se encendieron. Sonreí, aún porque estaba ganando aquel asalto.

"¿Por qué no cenáis juntos y concretáis los detalles?", preguntó Daniel.

"Mila ya tiene trabajo, no podemos esperar que trabaje para mí sin que sepa cuáles serán sus tareas, su sueldo, etc...".

"Por mí puede dejarlo ahora mismo y empezar a trabajar para ti la semana que viene".

Le di una palmada en el hombro a Daniel. "Agradezco tu entusiasmo, pero esta es una oportunidad que Mila tiene que evaluar por sí misma".

"Bien, pero ¿cuánto tardará?", preguntó.

No lo soltó. "Le diré una cosa. Deja que tu hija y yo veamos si podemos llegar a un acuerdo, y luego te avisaremos".

"Aprecio la oferta, Chandler. De verdad que sí. Pero no puedo cenar contigo. No tengo niñeras a las que llamar, así que como puedes ver, la cena no puede funcionar".

"¿Niñera?" Negué con la cabeza y señalé a Daniel con el dedo índice. "¿A qué viene eso? Daniel, es tu nieto, ¿verdad?".

"Um", tartamudeó Daniel.

"Has criado a una niña prácticamente solo, sabes cómo cuidar al pequeño. ¿Por qué no te ocupas de él para que yo pueda salir con Mila e intentar convencerla de que vuelva a trabajar para mí?".

Daniel se encogió de hombros. "Sí, puedo hacerlo".

"Yo no...", empezó a hablar Mila antes de detenerse y sacudir la cabeza. "Esto es una verdadera exageración. Pero si nos gusta a los dos, vale. ¿Cuándo lo hacemos?"

MILA

"Empezaba a pensar que ibas a abandonarme aquí fuera", dijo Chandler a través de la ventanilla mientras me acercaba a su coche. "Realmente pensé que habías cambiado de opinión". Me dirigió su radiante sonrisa y me derretí en un segundo.

De hecho, había cambiado de opinión varias veces. Entonces decidí cenar con él para decirle lo que pensaba. Luego había pensado en cancelarlo. O me habría presentado y me habría arrojado a sus brazos. Incluso había pensado en fingir estar enferma y enviar a papá en mi lugar.

Se me habían revuelto las tripas desde el primer momento en que volví a verle. Cuando me propuso salir a cenar solos, creí que vomitaría de la ansiedad.

Entonces, en un momento dado, en mitad de la noche, mientras no podía dormir porque mi mente no se calmaba por su regreso, me di cuenta de que aún me quería. Me sentí como presa de una oleada de alegría. Lo que hizo que una oleada de adrenalina recorriera mi cuerpo. ¡Demasiado para dormir!

Cuando me había despertado por la mañana, había pensado no decírselo a papá, sino cancelar mi cita con Chandler y buscar un aparcamiento tranquilo y agradable y dormir unas horas en el coche. Aunque era una idea tentadora, sabía que no podría salirme con la mía. Eran amigos y hablarían.

Al final no tuve muchas opciones. Se presentó en casa para recogerme. En aquel momento supe que tenía que irme, tal vez podría haberlo terminado, tal vez le habría hablado de Luke. Por dentro seguía confundida.

Abrí la puerta del acompañante de su todoterreno y entré.

"Papá se lo tomó muy a pecho. Me escribió una lista de preguntas que debería haberte hecho...". Saqué un papel doblado del bolso y se lo entregué a Chandler.

Lo hojeó y se echó a reír.

"Vaya, Daniel está realmente ansioso por encontrarte un nuevo trabajo".

"Han sido dos años difíciles en ese asunto. Se lo está tomando como algo personal, aunque sea mi vida".

Chandler me devolvió el papel.

"Dile que esto no es una entrevista de trabajo y que solo ha sido una conversación amistosa".

Arrancó el coche y lo sacó de la entrada.

"¿Adónde vamos?", pregunté. Me senté cómodamente y disfruté por un momento del placer de viajar en un coche de lujo.

"Pensé en preguntarte qué te apetecía".

"Ni nuggets de pollo, ni puré de patatas ni nada por el estilo. En resumen, nada de comida para niños, porque ya no puedo más. Y entonces, ¿podré tomar una bebida para adultos en un vaso de cristal y no en uno de plástico?".

Mientras conducía, el silencio entre nosotros se hizo pesado. Había algo que debía decirse. El nerviosismo de mi estómago volvió a hacer de las suyas y empecé a golpear el reposabrazos con los dedos. ¿Iba a ser el momento de contarle lo de Luke?

"Así que ahora tienes un hijo".

"Así es".

"¿Y cómo ocurrió?"

Sonreí. "Chandler, ya eres mayorcito, si aún no sabes nada de cómo suceden ciertas cosas, no sé qué decirte".

¿Debería habérselo dicho enseguida?

"Sigues siendo tan ingeniosa como antes, pero no me refería a eso. Tengo entendido que tu padre no habla mucho de ello. Yo me enteré ayer", me dijo.

Me volví para mirarle mientras él se concentraba en el tráfico.

"Papá intenta apoyarme, pero las circunstancias no son las ideales. El hecho de que tenga un hijo fuera del matrimonio va en contra de sus creencias personales. Quiere a mi hijo, pero creo que no le gusta todo esto".

Nos detuvimos en un semáforo en rojo. Chandler extendió la mano y me acarició la cara con la derecha. Era el primer acto de solidaridad de alguien desde que nació Luke. Me rendí a su tacto.

"Todavía me gustas, ¿sabes? Te he echado de menos".

Se inclinó hacia mí, me agarró por la nuca y tiró de mí hacia él. Sus labios se posaron sobre los míos.

En aquel momento me sentí perdida. Me incliné hacia él, empujándole para que me besara más profundo y con más fuerza. Un bocinazo por detrás hizo que Chandler se sobresaltara y volviera al asiento del conductor.

Esta vez el silencio entre nosotros se volvió súper cargado de adrenalina. Colocó su mano sobre mi muslo, acariciándolo arriba y abajo con el pulgar. Cada caricia me producía una oleada de electricidad. No podía concentrarme en dónde me llevaba. Solo era consciente de una caricia tras otra y de cómo respondía mi cuerpo.

Otra caricia y mis pezones se hicieron turgentes, ansiosos de atención. Otra caricia y sentí palpitar mi coño. En aquel momento mi cuerpo se puso rígido.

Le cogí la mano y empecé a besarle los dedos. Me los metí en la boca y los exploré con la lengua. Solo podía tocar una parte de él con el cinturón abrochado. El salpicadero de su hermoso coche era demasiado grande y me estorbaba para alcanzar su polla.

Estábamos en una zona oscura y apartada. Cuando detuvo el coche y lo aparcó, había muchos árboles y poca luz.

En cuestión de segundos, bajó el respaldo de mi asiento hasta que quedamos prácticamente horizontales. Me costó un poco moverme, pero conseguí enganchar mi pierna sobre su cadera mientras él presionaba contra mi núcleo caliente.

Sus labios eran exigentes y me robaban el aliento. Su lengua devoraba la mía. Sus manos tocaban, tanteaban y reclamaban mi cuerpo mientras apretaba sus caderas contra las mías.

La dureza de su erección tras la cremallera dejaba claro cuánto me deseaba.

¿Podía sentir lo caliente que estaba por él? Sus manos me acariciaron los pechos y yo me balanceé contra él.

Luego bajó la mano por mi cuerpo. Sacudiendo puñados de tela, levantó el dobladillo del vestido que llevaba hasta encontrar el elástico de los leggings que había debajo.

Le ayudé mientras me bajaba los leggings y las bragas por las caderas, exponiendo mi coño a sus caricias.

Empezó a masturbarme y yo grité en su boca y me retorcí contra su mano.

Se movió y empezó a morderme los pechos a través de la tela del vestido. Quería que me tocara, que me exigiera.

Estaba húmeda de deseo y necesidad de él.

Luego, cuando arrastró sus dedos sobre mi clítoris, vi estrellas.

Ningún hombre me había tocado desde que se fue. Yo, sin embargo, quería más. Moví las caderas, exigiendo más. Tirando del escote de mi vestido, conseguí desabrochar los primeros botones, dejando al descubierto mis pechos.

Me bajó el sujetador, descubriéndome aún más. Estábamos pegados, mi ropa se pegaba demasiado incómoda. Ya no me importaba.

Mientras me masturbaba, también me chupaba los pezones de uno en uno.

Acarició y chupó. Fue casi un alivio volver a sentirme así. Sus dedos se deslizaron más profundamente y me penetraron.

Gemí. Todo era tan perfecto, y mientras empujaba sus dedos dentro de mi coño, sentí que mis paredes internas se tensaban.

Y entonces algo cambió. No en la forma en que me tocaba, sino en la forma en que sentía todo lo que estaba sucediendo. Mi cuerpo ya no estaba tenso por un orgasmo inminente. Siguió

golpeándome, pero la gran explosión nunca se produjo.

¿Qué hacíamos, como si fuéramos dos adolescentes, en un coche en un parque oscuro?

Por dentro me di cuenta de que no era así. Éramos adultos, pero apenas actuábamos como tales.

Chandler había vuelto y estábamos juntos de nuevo. Era como si nada hubiera cambiado. Nos estábamos volviendo locos de lujuria. Pero no era amor en absoluto.

Esa cosa no me iba a llevar a ninguna parte.

Chandler se había marchado y yo apenas había conseguido mantener ese trabajo otras seis semanas antes de que me despidieran, ya que mi puesto era inútil y superfluo.

Tuve un hijo, pero nunca tendría una familia.

La lujuria de Chandler parecía resolver todos mis problemas, pero no fue así.

Él las había provocado.

Para ese hombre yo no era más que una chica con la que divertirse. Yo importaba solo para el sexo.

Le empujé los hombros.

"No, no puedo hacer eso. Tenemos que parar".

Los dedos de Chandler dejaron de moverse, pero los dejó allí, contra mi piel húmeda. Dejó de chuparme el pezón y me miró.

Volví a empujarlo. Cuando sus dedos se apartaron de mi entrada caliente, me cuestioné mi cordura y las razones por las que lo había hecho.

Me alejé de él y acabé sentada en el asiento trasero. Jadeaba, insegura de lo que haría.

"¿Por qué? ¿Qué pasa?", preguntó.

Me estiré las tetas y me ajusté el vestido. Todo estaba mal. *Nosotros mismos estábamos mal*.

"No podemos hacer eso. No es una buena idea", dije.

"¿Es porque estamos en el coche? Podemos ir a mi casa. Todavía tengo esa bonita cama doble".

Cerré los ojos para evitar mirarle a la cara. Era demasiado complicado. Quería su tacto, pero también quería mucho más y él nunca me daría lo que necesitaba.

Quería un hombre que antepusiera su familia a sus propios deseos. En cambio, Chandler era un hombre que anteponía sus propios deseos y necesidades a todo lo demás.

"Lo siento, lo siento mucho", empecé a repetir. "No puedo hacer esto. No podemos volver a los viejos tiempos. Ahora tengo un hijo, no puedo ser tu asistente personal para tener sexo cuando quieras".

"¿De verdad crees que te ofrecería un trabajo después de una noche como esa?" Empezó a arreglarse la ropa.

Por supuesto que no lo pensé. No era tan estúpida como lo había sido hasta unos minutos antes.

Volví a sentarme en el asiento delantero, me puse más recta, cerré la puerta y me abroché el cinturón.

El silencio que reinó mientras me llevaba a casa estaba desprovisto de cualquier emoción: no había tensión, ni deseo, ni animosidad.

Era un vacío cada vez más grande.

CHANDLER

El tiempo no era el mejor para un día en el lago, pero como dijo Daniel, *a los peces no les importa si llueve o no*. Tenía razón.

Nos dirigíamos a un viaje de pesca serio. Eso significaba sentarse bajo la fría lluvia e intentar pescar un pez más grande que el otro.

Se trataba de presumir ante nuestros amigos y, al final del día, volver a casa de Daniel, asar pescado fresco y beber cerveza todos juntos. Además, volvería a ver a Mila.

Daniel había mencionado que ella y su hijo estarían allí. En todo caso, estaría allí a la hora de la cena.

Todavía no estaba seguro de lo que había pasado entre nosotros. En un momento habíamos ardido como la pólvora y al siguiente Mila había acabado con todo, abrupta y rápidamente. Por alguna razón, no dejaba de pensar en ella. No debería estar molesto, pero lo estaba. No tanto por sus acciones, sino por las mías.

Quería tener la oportunidad de arreglar las cosas con ella. Aparqué, saqué mi equipo de pesca de la parte trasera del coche y me dirigí al puerto deportivo. No vi ni a Daniel ni a Mila, pero el barco ya estaba listo y esperándonos. Tuve que esperar unos quince minutos hasta que llegaron los otros chicos.

"¿Recuerdas cómo se hace?", preguntó McLain, siempre un poco bromista.

"Suiza también tiene lagos", le contesté.

"Los lagos de Suiza están hechos para holgazanear y son solamente para ricos", me dijo Greg al pasar junto a mí, con las manos llenas de cañas de pescar.

Daniel les siguió llevando una gran bolsa nevera. Me decepcionó no ver a Mila detrás de él.

"Sí, tienes razón", dije, distraído. Estaba deseando volver a verla. "Suiza está llena de odiosos ricos".

"¿Nunca has salido en yate con modelos jóvenes y solteras que te sirven copas?".

"Confundes un lago de montaña con el Mediterráneo", señalé.

La tapa de la nevera se abrió con un chirrido y McLain sacó una cerveza. La lata emitió un siseo

al abrirla y empezó a beber.

"Ah", dijo, claramente refrescado por la bebida. "No puedes divorciarte si no te casas primero", dijo. Tal vez ya estaba borracho.

Greg le dio una palmada en el hombro antes de saltar del barco. Desató la cuerda de las anclas del muelle y saltó de nuevo a bordo. "Hora de irse y divertirse".

McLain levantó la lata. "Me he ganado esta libertad. Sus abogados revisaron el acuerdo prenupcial como hormigas en un picnic. No pueden sacarme nada".

Fui al timón donde Daniel capitaneaba el barco mientras McLain seguía quejándose de su última ex.

"¿Necesitas que te ayude?", pregunté.

"No, todo está bien. ¿Cómo fue la cena de la otra noche? Mila no dijo mucho cuando llegó a casa. Pensé que habían salido a discutir los detalles de su nuevo trabajo".

Así que no le había dicho nada.

"No creo que funcione. Empezamos una conversación agradable, pero hubo algunas consideraciones que no le gustaron".

"¿Se negó?" Daniel fue directo al grano.

Obviamente él no podía saber que me había rechazado físicamente y que nunca habíamos llegado a una negociación laboral. No había trabajo que ofrecer, tendría que arreglarlo una vez que ella hubiera aceptado. Pero sin trato, sin trabajo y sin Mila.

"¿No estarías dispuesto a hablar con ella de nuevo? ¿Como un favor personal?"

"Ya lo hice una vez", le recordé.

"Y funcionó bien. Destacó en lo que hizo".

"Cierto. ¿Pero por qué no se quedó? Pensaba que ya se habría convertido en gerente", le dije.

"Sí, bueno, por desgracia el tipo que estaba a cargo en tu lugar decidió que su trabajo ya no era necesario. La despidieron unos dos meses después de que te fueras".

"Maldita sea, les dije que lo mantuvieran aunque decidieran eliminar el puesto. Es una lástima. Tenía potencial, quiero decir, todavía lo tiene, ¿no?"

Daniel permaneció un rato en silencio. Yo observaba los árboles que rodeaban la orilla del lago. Entonces comenzó una ligera llovizna que, desde luego, no fue suficiente precipitación para alejarnos del lago y de nuestra misión de pesca.

Bajó las revoluciones del motor y el barco aminoró la marcha cuando entramos en la bahía, donde nos sentábamos a preguntarnos por qué éramos tan malos pescando.

"¿Vais a sentaros aquí todo el día a cotillear como viejas?", nos dijo McLain al timón.

"Estamos hablando de negocios, como hacen los adultos", dije.

McLain me dio una palmada en el hombro. "Te he echado de menos, tío. Me alegro de tenerte de vuelta. Pero, en serio, deja de hablar de trabajo. Estamos aquí para relajarnos, pescar algo. Para ser uno con la naturaleza".

Estaba seguro de que McLain ya había bebido bastante. No tenía ninguna necesidad interior de ser uno con la naturaleza. Estaba allí para de desahogarme y divertirme. El sexo servía para lo mismo y yo habría preferido pasar el día en la cama con una mujer hermosa.

Aun así, entendí lo que quería decir. Era un día para pasarlo con los amigos y olvidarse del estrés de la vida.

"¿Pero de qué hablabais en concreto?", preguntó.

"Mila prácticamente rechazó una oferta de trabajo", respondí.

"No está en condiciones de ser exigente. Le ha costado mucho mantener un trabajo decente en los últimos años. Mira, cuando lleguemos a casa, dale otra oportunidad".

"Por supuesto. Pero no creo que me hable más. Parece muy decidida".

"Sí, sé cómo se siente. Ya ni siquiera me habla", se quejó McLain.

Le miré: "¿Sigues haciendo todas esas bromas sexistas a su costa?".

"No lo creo.

"¿Cuándo fue la última vez que no le pediste que fuera tu próxima esposa? No puedes hablar así a las mujeres, McLain. Alguien como Mila merece ser tratada mejor que eso".

Ladeó la cabeza y enarcó las cejas. Me había oído bien. Era un auténtico machista y hasta ese momento le había permitido salirse con la suya. Me parecía divertido. Pero había herido a Mila y eso no era bueno.

Si no podía reprender a un amigo por sus gilipolleces, ¿era *realmente* un amigo?

El resto de la mañana transcurrió con relativa calma y la pesca fue bien. Para cuando Daniel condujo su barca junto al muelle, yo ya estaba más que preparado para salir de la llovizna constante. El frío se había hecho sentir. Quería ropa de abrigo, una bebida reconstituyente y tal vez una buena comida caliente.

"Nos vemos en mi casa". Daniel cogió la nevera, ahora vacía de bebidas pero llena de pescado fresco. "El último en llegar filetea el pescado".

McLain fue el primero en llegar, su Corvette amarillo brillante estaba esperando en la entrada cuando llegué.

Estaba en la puerta principal hablando con Mila.

Empecé a ponerme nervioso y se me erizaron los pelos de la nuca. Si volvía a molestarla, no tendría palabras dulces para él. Sentí el impulso de darle un puñetazo para defenderla.

Dejé el motor en marcha y empecé a espiarles. No pude oír lo que decían. McLain le rozó el brazo, ella sonrió y asintió antes de dar un paso atrás para dejarle pasar.

¿Acaba de disculparse?

Demostraría que lo entendía. Algo que McLain no había experimentado desde sus tiempos de estudiante de secundaria.

Greg fue el siguiente en llegar, seguido de Daniel.

"Parece que te verás obligado a limpiar el pescado", dije mientras Daniel abría el portón trasero de su coche.

Se acercó, sacó la nevera y me la puso en los brazos.

"Yo no. Necesito encender la parrilla. Parece que no tienes mucha suerte hoy, Chandler".

Desde luego, yo no llamaba filetear pescado a una fortuna. Conocía el procedimiento. Subí la nevera a la terraza trasera y seguí bajando hasta el césped. Cuando entré en la casa, me esperaban un montón de periódicos, algunas bolsas de plástico y un cuchillo. Eviscerar el pescado era un trabajo ingrato, pero el resultado final merecería la pena.

Después de entregar el pescado limpio y listo para la parrilla, volví a salir y cogí una bolsa de lona del coche. Estaba listo para una ducha caliente y una muda de ropa. Afortunadamente Daniel era el tipo de anfitrión que entendía eso.

Todos los demás estaban reunidos en el salón. Yo fui el último en entrar. Greg me dio una copa. El whisky me quemó al bajar por la garganta. Exactamente lo que necesitaba; calentarme un poco.

Recogí mis cosas y subí a darme una ducha.

Mila estaba de pie en el pasillo con un niño pequeño en brazos.

Nos miramos fijamente durante un largo momento. Levanté mi bolso. "Me toca ducharme", le dije.

Ella asintió, sin hablar. Se hizo a un lado y pasé de largo.

"¿Te ha dicho algo McLain?", le pregunté.

"Me pidió disculpas antes por haber sido un idiota todo este tiempo. Pensé que tal vez le habías dicho algo. Sé que mi padre ciertamente no lo hizo. Si fuiste tú, gracias".

MILA

Se me derritieron las entrañas y me puse rígida al ver a Chandler. Lo sentí como una traición a mí misma. Ya no quería que me gustara. Y desde luego no quería sentirme atraída por él como lo estaba.

De alguna manera era más fácil cuando él no estaba allí. Me dolía, todo apestaba. Le echaba tanto de menos aunque me había convencido a mí misma de que no significaba nada para mí. Prefería no verle más a tener que soportar aquella tortura.

Ahora que había vuelto, verlo me hacía revivir el dolor de haber sido abandonada. Saber que yo no había sido más que una distracción sexual cuando pensaba que había habido mucho más entre nosotros fue como un cuchillo caliente en mis entrañas.

ìYo no había sido más que una distracción para él, mientras que él había sido el primer "amor" de mi vida.

Verle actuar como si nada hubiera cambiado me recordaba mi estupidez y odiaba todo eso. También odiaba darme cuenta de que había sido tan ingenua, tan idiota.

Parecía que, de repente, papá siempre quería que vinieran sus amigos. ¿Por qué no podían ir a casa de otro a pasar el rato, asar pescado o ver los partidos? ¿Tal vez porque todos los demás estaban casados y sus esposas no querían saber nada de ellos? McLain volvía a estar soltero, ¿por qué no iban a su casa?

Habían llegado y yo había tenido que esconderme para evitar que mi presencia y la existencia de Luke recordaran a todo el mundo que había avergonzado a mi padre. Sé que él habría preferido que me llevara al bebé a pasar el día. En un clima más cálido esa era una opción viable. Pero hasta que cambiara el tiempo, ¿adónde podía ir?

No podía escaparme. No podía sacar a Luke bajo la lluvia y no podía ir al centro comercial.

No me divertía nada ir de compras cuando era mi propio dinero y era muy consciente de que no tenía ingresos fijos para gastar. Cada céntimo que ganaba iba a parar al bebé. La mayor parte iba a la guardería de Luke, el resto a pañales y ropa de bebé.

Menos mal que McLain se había comprado su nuevo deportivo. El rugido del motor me hizo saber cuándo habían vuelto todos de su excursión de pesca. En cuanto llegaron los amigos de papá, levanté a Luke y lo llevé a nuestra habitación.

Me comportaba como una hija obediente y ocultaba las pruebas de mi vergüenza.

Desde luego, no tenía intención de presentar a Luke a Chandler. Era muy fácil no decir nada mientras estábamos en el pasillo, cara a cara. Si Chandler aún no se había dado cuenta de que el bebé que yo tenía en brazos era su hijo, bueno, ese era su problema, no el mío.

El verdadero problema era que, por mucho que no quisiera hablar con Chandler, no podía. Especialmente después de que McLain admitiera haber sido un idiota conmigo. Había sido un verdadero shock, pero era agradable recibir ese tipo de disculpa. Se había dado cuenta de que su sentido del humor no me hacía ninguna gracia.

Conociendo al amigo de mi padre hasta el punto en que lo conocía, sólo podía suponer que alguien le había señalado sus gilipolleces. Papá siempre se apartaba y se reía cada vez que McLain hacía una broma a mi costa, así que dudaba seriamente de que le hubiera dicho algo. Tuvo que ser Chandler.

No debería haber hablado con él. Debería haber dejado que Chandler pasara a mi lado sin decir nada.

Llevé a Luke a mi habitación y saqué la cesta de animales de plástico. Los clasificamos y ordenamos en el suelo durante lo que me parecieron horas. Luke estaba encantado de tener toda mi atención. Aunque odiaba estar encerrada en mi habitación, una parte de mí pensaba que aquel tiempo con mi hijo era realmente precioso. Me dije a mí misma que debía mantener la calma y disfrutar de mi tiempo con él.

Al final, mi hijo se durmió. El estómago gruñó cuando el olor a pescado a la parrilla y verduras llegó a mi habitación. Me aseguré de que el bebé estaba a salvo y salí. Tenía hambre y Luke también la tendría cuando se despertara.

Papá y los chicos estaban sentados en la terraza cubierta de la parte trasera. Aproveché el acceso a la cocina. Encontré patatas fritas y salsa, pero no pescado. Mientras comía, saqué un paquete de pasta y un poco de queso. Tenía poco tiempo antes de que todos pudieran volver a la casa mientras papá esperaba que fingiera que no existía.

Con una gran taza llena de macarrones con queso para compartir con mi hijo en la cena, volví a mi habitación y miré a Luke, que seguía durmiendo. Se parecía tanto a su padre.

Probablemente era bueno que estuviéramos allí encerrados, prácticamente en el exilio. Los chicos, amigos de mi padre, no eran estúpidos y al final uno de ellos conectaría las cosas.

Me asombraba que nadie se hubiera dado cuenta todavía. Papá se había creído mi historia: me había dejado un camarero que trabajaba en un pub.

¿Y por qué no iba a hacerlo?

Desde luego, nunca pensó que tendría una aventura con uno de sus mejores amigos.

Luke se despertó. Tenía el pelo oscuro revuelto y la frente un poco sudorosa.

"Mamá", dijo con su vocecita.

"Hola cariño".

"Animalesss", dijo. Empezamos a jugar como si nunca se hubiera quedado dormido en mitad del juego, fuera lo que fuera.

"¿Estás listo para cenar?" Me senté con la taza en el regazo y Luke se arremolinó entre bocado y bocado. Lo devoramos todo.

A veces me preocupaba que no comiera lo suficiente, pero lo cierto es que crecía a pasos agigantados.

Cada día parecía más pesado de llevar y sus piernecitas parecían un poco más largas. Mi bebé era estupendo y yo haría lo que hiciera falta para protegerlo.

Tenía que ser fuerte por él. La mejor forma de hacerlo era evitar a Chandler todo lo posible.

Dejé que Luke me distrajera hasta que se durmió por la noche. Esperé a oír el estruendo del Corvette de McLain saliendo de la entrada antes de volver abajo con los platos sucios.

Me encontré con mi padre; no le dije nada y él tampoco. Aparté los platos y preparé un vaso de agua fresca para Luke.

"Mila". Papá me paró en el camino de vuelta a mi habitación.

Le miré interrogante.

"Vamos, ayúdame aquí". Señaló los platos que había dejado sucios.

Parpadeé para contener las lágrimas. No era bienvenida en mi propia casa y, sin embargo, se esperaba de mí que cocinara, limpiara y realizara todas las tareas domésticas, siempre y cuando nadie supiera que ni Luke ni yo existíamos.

"Rechazaste la oferta de Chandler. Mila, necesitas un trabajo decente y la última vez que trabajaste para él ganabas un buen dinero. Tenías un futuro... una carrera por delante".

La última vez que había trabajado para Chandler solo había sido su polvo personal y me había quedado embarazada. No tenía *ninguna* carrera por delante.

Si el trabajo que había hecho fuera realmente serio, no me habrían despedido a las pocas semanas.

Había sido una estúpida, pero sentía que por fin me había dado cuenta de todos los errores que había cometido en el pasado.

Nunca más me pondría en una situación en la que alguien pudiera aprovecharse de mí de esa manera.

"Nunca iba a funcionar, papá. Ya no quiero hacer ese tipo de trabajo".

"¿Y quieres continuar esta vida?"

Hacía lo que podía para sobrevivir. Ya ni siquiera sabía por qué me había molestado en ir a la universidad. No había servido de nada.

"Ya no sé qué quiero hacer, papá, pero desde luego no es esto". Señalé hacia la cocina y sus platos sucios.

"¡Mila!"

Sabía que significaba aquel tono: estaba en problemas.

Cuando era más joven, se reservaba para insultar o maldecir. Ahora era siempre que no estaba de acuerdo con él.

No resoplé ni puse los ojos en blanco. Entonces se me ocurrió la mentira más rápida que se me ocurrió.

"No acepté la oferta de trabajo porque habría implicado viajes de negocios, cuando estaba muy claro que no sería algo que pudiera manejar ahora mismo", hablé despacio y con claridad. "Era una buena oferta, pero no pude aceptarla. ¿Puedes entenderlo?"

"Bueno... si es Luke... entonces podría", empezó.

Siempre se trataba de Luke. No podía dejar a mi bebé solo durante días. No tenía a nadie en quien confiar para ocupar mi lugar.

"No, papá, lo que ibas a decir, no lo digas".

"Mila, es una muy buena oferta de trabajo".

"Asumes que es una buena oferta solo porque confías en tu amigo, ¿verdad? No es para mí, ya no. Seguiré buscando algo que se adapte mejor a mi situación actual. ¿Te parece bien?"

Dejó escapar un largo suspiro y bajó la cabeza. "Sí, vale. Solo quiero verte más serena y..."

Sacudió la cabeza, sin terminar la frase. No le hacía falta. Sabía lo que quería.

Deseaba que sentara la cabeza, que me casara, que alguien cuidara de mí. Que no viviera como un peso muerto bajo su techo.

"Yo lavo los platos. No es justo que lo hagas tú", dijo.

Asentí con la cabeza.

Yo no habría calificado aquella conversación de avance, pero al menos papá no me había exigido que los lavara después de su apestosa barbacoa de pescado.

CHANDLER

"¿De verdad estás haciendo de canguro otra vez?". Bromeé mientras Daniel abría la puerta para dejarme entrar.

"Eso es lo que te dije cuando te advertí que no vendría al partido".

Le seguí hasta el estudio, donde el hijo de Mila estaba sentado en el suelo rodeado de juguetes de plástico.

"¿Prefieres hacer esto a salir con nosotros al estadio?"

"Pero veo que tu también estás aquí y no en el estadio", señaló.

"Sí, bueno". Me encogí de hombros. "Pensé en quedarme contigo, podemos ver el partido en la tele".

"Ya está Luke para hacerme compañía".

El niño tenía uno de los juguetes de plástico en la boca. "Seguro que tenías conversaciones apasionantes con él".

"Está aprendiendo a hablar, pero me alegra tener compañía. ¿Te apetece una copa?"

"Por supuesto".

Cogí el mando a distancia y encendí la televisión.

Estaba hojeando los canales en busca del partido cuando Daniel volvió de la cocina. Me tendió una cerveza, pero me di cuenta de que llevaba en la mano una de esas bebidas energéticas.

"¿No bebes alcohol?", le pregunté.

Señaló al niño en el suelo.

Me levanté y fui a la cocina. Puse la cerveza en su sitio y cogí también una bebida energética de la despensa. "Si tú no bebes por el bebé, entonces yo tampoco debería beber. Realmente eres una niñera en toda regla". Sacudí la cabeza al darme cuenta de cómo había encogido.

"Todo es culpa tuya", dijo Daniel.

"¿Qué tiene que ver esto conmigo?". Me senté y abrí mi copa.

"Llevaste a Mila a cenar y me convenciste de cuidar a Luke".

El niño que estaba en el suelo levantó la vista cuando oyó su nombre.

"Abueo", las palabras que utilizó eran más un galimatías que bien pronunciadas, pero el significado estaba bastante claro: Daniel era su abuelo.

"No pasa nada, campeón", dijo Daniel, tranquilizando al pequeño. "Así que ahora Mila cree que puede pedirme que cuide de Luke siempre que tenga que salir".

"¿Así que salió?", pregunté.

¿Por qué Mila salió y dejó a su hijo en casa?

Daniel enarcó una ceja y se encogió de hombros. "Sabes que me dijo algo, pero sinceramente no sé si creerla".

Sabía que Mila tenía secretos con Daniel. Demonios, nosotros también le habíamos estado ocultando un gran secreto... Así que no me sorprendió en absoluto que pudiera estar ocultándole algo.

Me picó la curiosidad. ¿Qué había hecho para que su padre pensara que tramaba algo a sus espaldas?

"Dice que por fin ha encontrado un nuevo trabajo, o al menos eso es lo que afirma. Solo que va a trabajar a horas raras, como hoy, por ejemplo. Sé que en muchos trabajos de oficina también tiene que hacer horas extra, pero hay algo extraño. Normalmente siempre me hablaba claro sobre el trabajo que hacía, pero esta vez parece un poco "turbio".

"Tal vez porque no trabaja en una oficina. Ya conoces las tiendas, tienen horarios diferentes".

"Sí, pero no creo que se trate de eso. Sinceramente, ni siquiera estoy seguro de que sea un trabajo de verdad. Casi sospecho que está viendo a alguien".

"Qué bonita forma de expresar tus dudas", comenté, riendo.

Al pensar que Mila estaba saliendo con alguien, se me revolvió el estómago.

"¿Y por qué estaría viendo a alguien en secreto? ¿Se avergüenza de ser vista?"

"Ella sabe que me escandalizaría. Ni siquiera sabía que salía con alguien hasta que descubrí que estaba embarazada. No quería decírselo a su padre y cuando la obligué, aprendió a su costa que no todos los hombres son dignos de estima y confianza."

La ira me subió a la garganta.

¿Cómo se había atrevido un hombre a rechazarla cuando ella le había dicho que estaba embarazada de él?

"Qué cabrón", exclamé. "¿Al menos le demandaste por pensión alimenticia?"

Daniel negó con la cabeza. "Por lo que sé, nunca tuvo la oportunidad de decírselo, él la dejó antes que ella. Y se niega a hablar de esa aventura. Ha sido un punto de discordia entre nosotros durante años. Amo a mi hija, Chandler. Si alguna vez descubro quién es este tipo, me resultará

muy difícil no hacérselo pasar mal".

"Bueno, si necesitas ayuda, yo también lo haré con mucho gusto".

"Todavía podría aceptar tu oferta si averiguo con quién está saliendo ahora. Si descubro que este tipo actual no la trata con respeto, entonces...".

"¿De verdad crees que está viendo a alguien y que no es por trabajo?"

Se encogió de hombros.

El partido había empezado, pero mi atención estaba en otra parte.

¿Qué estaba pasando en la vida de Mila? Si estaba saliendo con alguien, eso explicaba por qué me había rechazado. Tenía mis dudas porque entonces podría haberme dicho fácilmente que no estaba interesada en mí porque tenía una relación con otra persona.

¿Quizás había vuelto con el padre del niño?

Aquel bebé parecía tan tranquilo: nos dejaba a Daniel y a mí ver el partido y de vez en cuando se acercaba a mí para darme una mascota de plástico.

Intentó decirme el nombre del animal con sus balbuceos de niño pequeño, le corregí y se llevó el animal.

"Ya estoy en casa. Gracias papá por...", dijo Mila al entrar en el salón. Me vio, fue directa a donde Luke estaba jugando y lo cogió en brazos.

Hizo ruidos en dirección al niño, preguntándole si había pasado un buen día con su abuelo y si jugó con sus juguetes. Luke levantó el pequeño tigre de plástico que sostenía e intentó responder balbuceando.

Le besó la frente.

"Siento llegar tarde. Ya has terminado tu trabajo. ¿Luke ha echado la siesta?", le preguntó a su padre.

"No, no quiso hacerlo cuando se lo pedí".

"Papá, no puedes preguntarle si quiere dormir la siesta. Su palabra favorita es *no*. Tienes que ponerle en su cuna y hacer que se duerma en una habitación oscura".

"Pensaba que...".

Suspiró y sacudió la cabeza.

"Tú me criaste, pensé que sabías estas cosas".

"Tu madre seguía viva cuando tú echabas la siesta".

"Estaba jugando y le dejé. Si no quiere echarse la siesta, no veo por qué hay que obligarle". Entonces sonó su móvil. "Tengo que cogerlo, perdona". Empezó a hablar por teléfono mientras salía de la habitación.

"Hola, Mila", le dije.

Me miró. Esperaba que dijera algo, pero no lo hizo. Y luego, como si no me hubiera visto, se dio la vuelta y se fue.

La miré marcharse antes de levantarme de la silla y seguirla.

"¿Dónde has estado?", le pregunté en voz baja.

"No es asunto tuyo", respondió ella.

Su hijo se acurrucó contra su hombro y me miró con los mismos grandes ojos marrones de su madre. Apretó el puño contra la barbilla y empezó a chuparse el dedo. Parecía muy cansado.

"¿Dejaste a tu hijo con tu padre todo el día y ni siquiera te molestas en decirle dónde has estado?".

"¿De qué está hablando? Le dije que estaba en el trabajo", replicó ella. "Si papá tiene alguna duda de que yo estaba realmente en el trabajo, entonces debería decirme algo. Además, para que quede claro, cuando le dije que necesitaba salir todo el día, se ofreció".

Entorné la mirada hacia ella. Su atuendo parecía demasiado... no sé cómo describirlo... parecía vestida para una cita, no para trabajar en una tienda o un restaurante.

Ahora todas las palabras que Daniel me había dicho se mezclaban en mi cabeza.

¿Qué tipo de trabajo podía hacer el sábado? ¿Había salido con su novio? ¿Realmente había vuelto con el padre del niño?

"¿Cómo le conociste?", le pregunté. Quería ver qué respondía.

Quizá habría dado un paso en falso y me habría confesado quién era realmente el padre del niño.

"¿Quién?", preguntó.

"El padre del chico. ¿Cuándo tuviste tiempo para un novio del que yo supiera algo?"

Ladeó la cabeza y me miró como si no entendiera.

"¿Pensaste que no me daría cuenta? Sé hacer cuentas, Mila. Entendí que saliste con ese otro tipo mientras estabas conmigo. ¿Cuándo tuviste tiempo de hacerlo?"

Parpadeó y abrió mucho la boca. La había pillado. Ahora era cuestión de hacerla confesar.

"Cuando trabajaba para ti, como recordarás, solo nos veíamos cuando estábamos fuera de la ciudad. Había mucho tiempo entre viaje y viaje. También tenía tiempo para hacer otras cosas, Chandler. No parecías muy preocupado por ello en aquel momento, así que ¿por qué preocuparse ahora?".

"¿Por qué no respondes a mis preguntas?"

"¿Y por qué me interrogas? Mi vida no es asunto tuyo. ¡Me lo dejaste claro hace años! De todos modos ahora estoy cansada y mi hijo está agotado. Además, no entiendo muy bien el sentido de tus preguntas, ni cómo todo esto puede ser asunto tuyo. Ahora discúlpame, vuelvo a mi miserable vida".

Se dio la vuelta y se marchó.

Volví al salón para terminar de ver el partido y reflexionar sobre todo.

"¿Cómo va todo?", le pregunté a Daniel cuando volvimos a entrar en el salón.

"Sin goles”.

"¿Tienes hambre? ¿Quieres que pidamos una pizza?", preguntó Daniel.

Asentí con la cabeza, pero tenía que pensar cómo tratar con Mila.

Estaba de acuerdo con Daniel: ocultaba algo. Solo que no podía averiguar *qué* era.

MILA

"Papá, ¿podrías echarle un vistazo a Luke esta noche?" le pregunté mientras le ponía el café de la mañana en la mesa. "Lo recogeré de la guardería, pero tengo que volver a trabajar unas horas esta noche".

"Te hacen trabajar en horas raras", comentó.

"No son más extraños que cualquier otro lugar de trabajo con horas extraordinarias obligatorias". No quería preguntárselo, pero aún no había tenido tiempo de buscar una guardería con más horas y flexibilidad. No podía ser la unica madre que trabajaba horas estándar durante una semana laboral normal.

Me senté y empecé a dar de comer a Luke. Le eché avena en la boca. Apenas tuve tiempo de desayunar.

"¿Obligatorio? ¿Es eso lo que estás haciendo entonces?" No confiaba en mí.

No le culpaba, pero era agotador. No podía decirle lo que realmente estaba pasando. Si lo hubiera hecho, me habría perseguido y obligado a volver a trabajar para Chandler. No lo habría hecho, no me habría vuelto a poner en una situación tan comprometida.

"Sí, eso es lo que está pasando. ¿Puedes echarle un ojo?" Necesitaba las horas extra.

"Claro, lo vigilaré. Pero tienes que recogerlo de la guardería. Si tienes que hacer horas extra, ¿por qué te dejan recoger a Luke y llevarlo a casa?".

"Me dejan porque lo necesito. Tengo derecho a un descanso. Pasaré el mío en el tráfico y recogeré al bebé".

"¿Cuánto tiempo más va a durar esto? ¿Cuándo vas a contarme lo que realmente pasa en tu vida?".

Dejé la cuchara y me quedé mirándole. ¿Qué quería saber realmente? Ya sabía *bastante*.

"Tengo un trabajo de mierda, papá, eso es lo que pasa. No he tenido tiempo de encontrar una nueva guardería que se adapte a mi extraño horario y, francamente, no sé si me quedaré trabajando allí el tiempo suficiente."

"¿Por qué crees que no te quedarás allí mucho tiempo? Tienes que empezar a comprometerte, Mila. Los empresarios quieren empleados en los que puedan confiar. Si sigues cambiando de

trabajo como hasta ahora, nadie querrá contratarte a largo plazo."

"De todas formas, ahora nadie quiere contratarme. Soy madre soltera".

Papá negó con la cabeza. Reanudé la alimentación de Luke. Me dijo que cuidaría del bebé y que eso era lo único que importaba.

Habría sido útil que hubiera recogido al pequeño él mismo, pero no iba a tentar a la suerte. Para mí, el hecho de que estuviera dispuesto a hacer de canguro ya era un milagro.

Terminé de dar de comer a Luke, le limpié la carita sucia y le cambié antes de llevármelo con sus cosas para todo el día.

"Hasta luego", dije mientras nos íbamos.

Me hubiera gustado tener un trabajo como el de papá. Podía trabajar desde casa cuando quisiera y el horario lo fijaba él. Tenía que estar en mi casa a las ocho y media o recibía una reprimenda oficial.

Gestionar mi trabajo en el locutorio era lo peor. No, lo peor había sido cuando me habían reducido el horario a cuatro días a la semana.

El trayecto hasta la guardería no era muy largo. Esa era la razón principal por la que había elegido aquel lugar. Estaba cerca de casa, me gustaban los profesores y Luke parecía disfrutar.

"Hasta luego, mi dulce niño", dije besando a mi hijo en la cabeza.

"Mila, ¿puedo hablar contigo un momento antes de que te vayas?". me preguntó Emma, la encargada, cuando estaba a punto de marcharme. Se me revolvió el estómago mientras la seguía al despacho.

"Como sabes, cerramos a las seis de la tarde. Los niños tienen que salir de aquí con sus padres a esa hora porque también tenemos que hacer limpieza."

"Lo sé. Lo siento, pero el centro de llamadas no me permite abandonar mi mesa hasta exactamente las cinco y media", dije. Ni siquiera me habían permitido empezar a empaquetar mis cosas, así que en cuanto fueran las cinco y media ya podía estar levantada y dirigiéndome a la salida. "Se han vuelto mucho más estrictos a la hora de fichar".

"¿Sabes que tenemos que cobrarte un extra cada vez que nos quedamos más de las seis por tu culpa?". Me entregó un recibo.

"Sí". Sabía lo que era ese papel. No quería verlo, no quería ocuparme de él y, desde luego, no sabía de dónde iba a sacar el dinero para cubrir los gastos adicionales.

"El último pago no cubría los costes adicionales. Necesito un cheque o el pago con tarjeta de crédito antes de que te vayas", añadió.

"En realidad no tengo cheques, de eso se encarga mi banco". Empecé a buscar mi teléfono móvil en el bolso. "Puedo pagar en un par de días, cuando reciba mi sueldo. ¿Te parece bien?"

"Me temo que no. Necesito el pago hoy o tendrás que llevarte a Luke a casa. Lo siento, pero tengo que hacer cumplir la política local".

La miré estupefacta. No tendría ese dinero en mi cuenta hasta que me pagaran dentro de unos días. Miré por encima del hombro y vi a Luke jugando alegremente con sus amigos. No podía traerlo a casa porque papá tenía que trabajar. Y si avisaba de que estaba enferma, perdería la paga del día y, en el mejor de los casos, me darían otro aviso y podría perder el trabajo. No recordaba cuántos avisos me habían llovido.

"¿Dice que puede aceptar una tarjeta de crédito? ".

"Sí, pero como te dije necesito el pago ahora".

"Comprendo. Tengo que llamar a mi padre, dame un segundo".

Pulsé el botón de marcación rápida para llamar a papá. Contestó al primer timbrazo. "Soy Daniel Jones, ¿qué necesitas?", contestó. Ya estaba trabajando.

"Hola, soy yo. Tuve... un pequeño problema con la guardería. Puedo devolvértelo. Cobro mi sueldo el viernes. Si no les pago ahora, me harán llevar a Luke a casa".

Le di la espalda a Emma, como si eso constituyera una barrera por la que ella no pudiera oír mi conversación.

Oí a papá refunfuñar, así que empecé a hablar a ráfagas.

"No puedo cogerme un día libre para estar con el niño. No me pagarían el día y me darían otro aviso. Por favor, ¿puede darle los datos de su tarjeta de crédito al encargado de la guardería?".

"¿No tienes una tarjeta prepago para hacer eso?". La decepción serpenteó entre sus palabras.

"Lo tengo, pero ya he gastado todo lo que tengo. Por favor, papá. Puedo devolvértelo el viernes, te lo prometo".

"Pásale el móvil", dijo con un gran suspiro.

Le pasé el teléfono a Emma, que anotó los datos de papá. Le dio las gracias y me devolvió el teléfono.

"Lo siento. Son las reglas de este lugar, Mila".

Yo la entendía. Simplemente hacía su trabajo. No podía culparla por eso.

Sin embargo, una vez que me fui, no pude controlarme y empecé a llorar justo cuando salía de su despacho.

No se suponía que fuera así. Debería haber tenido más que suficiente para cubrir el costo del jardín de infantes de Luke.

Desde luego, no tenía suficiente para pagar el alquiler y, por suerte, papá me había ahorrado ese gasto.

En cualquier caso, después de cobrar mi paga, me quedaba poco para hacer frente a otros gastos. Yo era responsable de pagar el seguro del coche y la factura del móvil. Además de la comida que estaba destinada específicamente a Luke, es decir, todo lo que le daba de comer.

En las semanas siguientes comeríamos sin duda muchos macarrones con queso y avena.

Durante todo el camino al trabajo no dejé de llorar y sollozar.

Odiaba trabajar allí y temía que me reprendieran. Sabía muy bien que mi supervisor me regañaría en cuanto llegara tarde a mi puesto de trabajo.

Necesitaba uno nuevo, pero no encontraba nada. Nadie contrataba a tiempo completo, o te contrataban haciendo noches y eso era imposible para mí.

Al final, en lugar de sustituir mi puesto en un locutorio por algo más rentable, tuve que buscar un segundo empleo.

Empecé a trabajar en la oficina de una pequeña empresa de importación y exportación.

El propietario estaba dispuesto a dejarme trabajar en horarios flexibles y, a veces, incluso los sábados. Por lo demás, solo me necesitaba unas 15 horas a la semana.

Si hubiera podido meter a Luke en otra guardería, habría podido trabajar más horas seguidas. Ya era bastante duro tener que hacer un segundo trabajo.

No podía hablar de ello con papá porque estaba casi segura de que toda la operación se consideraría ilegal, o rozando la ilegalidad, y papá me obligaría a dimitir. Nunca lo habría conseguido sin un segundo trabajo.

Nunca pude entender exactamente lo que la empresa para la que trabajaba importaba del extranjero.

Me encargaba de las entregas y envíos que llegaban en barcos llenos de contenedores y luego enviaba las cajas a donde tenían que ir. Afortunadamente, muchas de esas operaciones podían hacerse por correo electrónico.

Habría sido estupendo poder hacer esa parte del trabajo desde casa, pero el nuevo jefe insistió en que todo se hiciera in situ, nada de trabajo a distancia. Pagaban en efectivo, así que oculté el trabajo a papá y dediqué el poco tiempo libre que me quedaba a buscar algo mejor.

CHANDLER

El coche de Mila no estaba en la entrada cuando llegué. Esperaba llegar antes que ella. Ese era el plan. Si la hubiera echado de menos, habría tenido que esperar unos días más antes de volver a intentarlo, o me habría parecido extraño estar en su casa tan a menudo.

Daniel abrió la puerta poco después de que llamara al timbre. "Chandler, ¿qué te trae por aquí?"

Le seguí al interior.

"Mi casa es demasiado grande y el barrio demasiado tranquilo. Tengo que volver a adaptarme a vivir en Estados Unidos. Sabía que estarías en casa. Espero que no te importe que me pase".

"En absoluto, ¿puedo invitarte a una copa?"

"Sí, sería estupendo.

Me entregó una bebida energética. Miré la lata y la levanté hacia él. "¿Y otra vez por Luke?", le pregunté.

La última vez que Daniel me había dado algo que no fuera una cerveza fue por su nieto.

"Le echaré un ojo más tarde. Mila lo lleva a casa antes de volver al trabajo para las horas extras obligatorias".

"¿Así se llaman ahora?", bromeé.

Daniel se burló y negó con la cabeza. "Tienes razón. No sé exactamente qué hace esa chica últimamente. Siempre está trabajando, pero nunca parece tener dinero. No puedo evitar sospechar. Es tan reservada".

Me encogí de hombros. "Estoy dispuesto a ofrecerle otra oportunidad".

"¡Papá, estoy en casa! ¿De quién es ese coche de ahí delante?" llamó Mila desde la puerta. Un momento después entró en la cocina con Luke.

Ella lo dejó en el suelo y él corrió a abrazarse a las piernas de Daniel balbuceando palabras de bebé. La única palabra que entendía era *"abuelo"*.

"Oh, es tuyo". Lanzó una mirada en mi dirección, pero ni siquiera me miró a la cara.

"Buenas noches, Mila. ¿Qué tal el trabajo hoy?"

Sus ojos se entrecerraron y luego me fulminó con la mirada.

"Ha ido igual que siempre. Y aún no he terminado".

Luego dirigió su atención a su padre.

"Luke durmió una larga siesta aparentemente, así que si no quiere irse a la cama antes de que llegue a casa, está bien. Probablemente comerá mucho en la cena".

"¿No le das de comer?", preguntó Daniel.

Mila abrió los ojos y se encogió de hombros. "Papá, tengo que volver al trabajo. Dijiste que lo vigilarías".

"Ya lo he hecho. No mencionaste que debería darle de comer. ¿Qué suele comer?"

"Comerá lo que le des. Pero no le des comida picante y tendrás que cortarlo todo en trozos pequeños. No quiero que se haga daño tragando un bocado fuerte", dice.

"¿Has pensado alguna vez en contratar a una niñera?", le sugerí.

"Eres tan ignorante de mi situación actual, Chandler, que tus sugerencias no me sirven de nada".

"¿Por qué dices eso? Una niñera sabría cómo asegurarse de que Luke está bien cuidado y alimentado".

"Una niñera cuesta dinero. Papá ya me ha criado antes, no es algo que le resulte desconocido. Así que a menos que te ofrezcas como canguro o pagues tú mismo por una, ¿cómo puedes ser útil? Tengo que irme ya".

Asintió con la mano, despidiéndose. Se inclinó y besó a el niño antes de marcharse.

La seguí hasta la entrada y la alcancé antes de que se marchara.

"Mila, si trabajaras para mí podrías permitirte no una, sino dos niñeras".

Se inclinó hacia él y susurró entre dientes. "Tengo más respeto por mi persona que cuando trabajaba para ti. Quizá si me haces una oferta de trabajo legítima podría considerarlo". Se alejó, ajustándose el vestido. "Puede que tenga un trabajo de mierda, pero tendré que vivir con mis elecciones y conmigo misma".

Cerró la puerta tras de sí y volví a la cocina.

"¿Qué te ha dicho? Le volviste a ofrecer trabajo, ¿no?", preguntó Daniel. Estaba más desesperado que ella.

Sacudí la cabeza. "Rechazada incluso antes de que pudiera decirle cuál sería el trabajo".

Por lo que yo sabía, no había ninguna buena razón que Mila pudiera darme para no volver a verme o para seguir trabajando para mí. No entendía el desprecio que sentía hacia sí misma por trabajar para mí. Ella había tomado las decisiones en su momento.

Seguramente estaba enfadada conmigo. Podía aceptarlo. Cuanto antes solucionara su vida, antes podríamos volver a salir. No podía negar que habíamos estado muy bien juntos. Éramos un buen

equipo.

Daniel, desde luego, no sabía lo que le estaba pasando.

Sabía que su vida no me importaba. Tenía que olvidar a ella y a sus malas decisiones. Pero cada vez que la volvía a ver, la añoraba.

Era tan fácil. Sentía una necesidad insaciable de tenerla en mi vida. Habría sido más fácil si sus elecciones hubieran coincidido con mis deseos.

No estaba totalmente desesperada; estaba decidida y enfadada y yo necesitaba saber por qué.

"¿Crees que al bebé le gustará la comida china? Lo pediré, es mi regalo por haber venido a molestarte", le sugerí.

A la mañana siguiente hice algo que probablemente no debería haber hecho. Yo no era el tipo de hombre despótico que necesita saber todo lo que hace su mujer. Y Mila no era mi mujer *en absoluto*. Aunque al verla siempre me daban ganas de echármela al hombro y arrastrarla conmigo.

Mientras me dirigía a su barrio a primera hora de la mañana, no dejaba de repetirme que lo hacía tanto por Daniel como por mí. Me detuve a media manzana de distancia, medio oculto tras unos arbustos que crecían cerca de la carretera.

Cuando pasó en su viejo sedán, la seguí. Quería saber qué estaba haciendo realmente.

Después de dejar a Luke en la guardería, la seguí hasta un gran aparcamiento. La vi entrar, junto con otras personas, en uno de los edificios.

Según mis investigaciones en Internet, la empresa vendía suministros médicos y tenía un gran centro de llamadas en aquella misma dirección. En aquel momento supe dónde trabajaba durante el día. Bastó con investigar un poco en un buscador y unas cuantas llamadas telefónicas para establecer el horario del centro de llamadas.

Cuando pedí información para buscar trabajo en el centro de llamadas, me informaron con mucho gusto de que su trabajo se desarrollaba durante la semana laboral normal y que no necesitaban horas extraordinarias ni horas extra los fines de semana. La señora que me atendió por teléfono me indicó exactamente el sitio web donde podía presentar mi candidatura.

Mila debía de odiar trabajar en un sitio así. No se requería creatividad ni un plan de estudios especial; bastaba con leer un guión predeterminado y limitar las llamadas a una duración determinada. Desde luego, no era el tipo de trabajo que requería horas extra.

Estaba más convencido que nunca de que tenía novio. Y me cabreaba que lo mantuviera oculto.

¿Qué otros secretos escondía?

Salí pronto del trabajo para quedarme en el aparcamiento del locutorio.

¿Adónde fue después de trabajar allí?

Tuvieron que pasar cuatro días siguiéndola a la guardería y luego a su casa para que me planteara rendirme. Se iba a casa y allí se quedaba. Nada de horas extras obligatorias el resto de la semana.

No tenía intención de dejarlo, pero tampoco podía pasarme todo el tiempo siguiéndola por la ciudad.

"¿Qué sabéis de estos dispositivos de vigilancia?", les pregunté a los chicos la siguiente vez que estuvimos viendo un partido en mi casa.

Daniel no estaba, así que pensé que Mila había vuelto a sacar la excusa de las horas extra, en el último momento.

Cada vez tenía más curiosidad por saber qué hacía. Cuanto más buscaba en Internet una forma de seguirla sin tener que quedarme en el coche siguiéndola, más información encontraba sobre las AirTags.

"¿No son dispositivos que permiten seguir a personas o perros?", dijo Doug.

"Hice que un investigador privado interviniera el teléfono móvil de mi ex novia. Así pudo localizarla. La pilló con su novio", dijo McLain.

"Solo funciona si tienes acceso al dispositivo telefónico de la persona que quieres controlar. Estas AirTags, en cambio, no necesitan un teléfono para enviar una señal. He oído de gente que las mete en los chalecos de sus hijos. De hecho, he oído de alguien que las utiliza con fines puramente de seguridad, como acosadores o algo así", explica Greg. "Pero no son como los GPS. Creo que solo pueden decirte si la persona está cerca, pero no darte la ubicación exacta".

Di las gracias y me di cuenta de que podría necesitar algo más si quería saber adónde iba exactamente Mila. Necesitaba algo que atar a su coche.

No la estaba acosando. Solo me aseguraba de que hiciera lo que hiciera, no estaba en peligro.

Eso es lo que me había dicho a mí mismo cuando volví a la explanada donde aparqué el coche para ir al locutorio, abrí el capó y coloqué un localizador GPS detrás del motor, donde sería difícil verlo.

No habría podido estar allí las veinticuatro horas del día para asegurarme de que estaba a salvo, pero ahora podía verificar su ubicación exacta.

El día que puse el rastreador en su coche, llegó a casa y se quedó allí.

A la noche siguiente comprobé si estaba en casa o si su coche se movía. Fue un shock total. Era como ver una película, mientras el punto que representaba su coche se movía en el mapa. Cuando el coche se detuvo, y permaneció inmóvil, la alcancé.

Pensé que la encontraría en un piso o comiendo en un restaurante, en algún lugar donde tuviera una cita. En cambio, estaba aparcada delante de un almacén en una zona industrial, donde se había construido una oficina.

Cogí el teléfono y llamé al número que aparecía en el cartel colocado en la pared junto a la puerta.

"Eagle Imports, ¿en qué puedo ayudarle?" Oí su voz antes de terminar inmediatamente la llamada.

Tenía un segundo trabajo. Pero ¿qué tenía de secreto?

MILA

"Mila, ¿podemos hablar en mi oficina?"

Angela empezó a alejarse, segura de que yo la seguiría. Y así fue.

"Cierra la puerta, siéntate", dijo.

Cerré la puerta pero no me senté. Tenía que correr, no quedarme ahí parada para que me regañara. Si iba a decirme todo lo que estaba haciendo mal, ¿por qué no hacerlo veinte minutos antes?

"Siéntese, gracias."

"Preferiría que no. Tengo que ir o llegaré tarde a recoger a mi hijo. Me hacen pagar cuando llego tarde".

"Como quieras. Iré al grano. Estás haciendo pocas llamadas".

Sacudí la cabeza. "¿Y?"

"Hay que hacer mucho más".

"Siempre estoy al teléfono. Hablo con muchos clientes", expliqué. "¿Cómo puedo hacer más llamadas?".

"Haz la llamada, cierra la venta y cuelga el teléfono inmediatamente. Sé breve y habla poco. Nadie necesita que digas nada más de lo necesario".

"Siempre intento establecer un cierto entendimiento con la gente. Si eres amable con ellos, estarán más dispuestos a comprar nuestros productos".

Angela suspiró. "No te pagamos para que conectes con la gente. Te pagamos para que vendas suministros para curar la diabetes. Y eso es algo que podría hacerse en dos tercios del tiempo que te está llevando a ti".

Asentí con la cabeza. El trabajo no consistía solo en telefonear a desconocidos para que hablaran de su salud, sino que también tenía que venderles los medicamentos que necesitaban, y ahora tenía que hacerlo aún más rápido.

"Vale, trabajaré en ello", dije.

"Se trata de un recordario oficial. Hay que demostrar que se han hecho mejoras al final del trimestre", dijo.

Estupendo, solo tenía unas semanas para cambiar por completo mi forma de enfocar el trabajo. "Bien. ¿Tienes algo más que decirme?"

"Hemos notado tu falta de entusiasmo por este trabajo. Sin embargo, sí he terminado. Espero ver una notable mejoría cuando vuelvas a la oficina la semana que viene".

Me di la vuelta para marcharme, pero me detuve. Quería decirle que no me entusiasmaba porque ni siquiera me daban tiempo para respirar y no respetaban mi horario de trabajo.

Cuando subí al coche, salí con más de diez minutos de retraso. Si hubiera conducido lo bastante rápido, podría haber recuperado algo de tiempo.

El tráfico tenía otros planes para mí y acabé llegando casi veinte minutos tarde. Afortunadamente me esperaba una mujer, con Luke vestido con una chaqueta y listo para salir. No le gustó que me esperara tanto y, sin duda, me lo haría notar a la mañana siguiente.

Realmente necesitaba más tiempo. Tiempo para encontrar un nuevo trabajo, tiempo para encontrar un jardín de infancia mejor que ese.

Luke estaba muy nervioso aquel día y yo ya llegaba tarde a mi segundo trabajo.

Me gasté el poco dinero extra que tenía en la comida para llevar en mi coche. Cuando llegamos a casa, me senté en el coche y comí nuggets de pollo y patatas fritas con Luke. No quería tener otra discusión con papá.

El traspaso fue bastante tranquilo. Al menos Chandler no estaba merodeando para hacerme preguntas sobre cada una de mis elecciones vitales. Besé a Luke y salí corriendo por la puerta.

En cuanto entré en el coche, antes de conducir, llamé por teléfono a mi jefe.

"Siento llegar tarde", dije mientras corría hacia las oficinas de la empresa de importación y exportación.

"Puede pasar. Puedes quedarte un poco más y ponerte al día, ¿verdad?"

Le dije que sí.

Esa misma tarde habría enviado un montón de correos electrónicos y organizado documentos y pedidos para el día siguiente.

"¿Crees que puedes quedarte hasta tarde otra vez mañana por la noche? ¿Hacer horas extras? Sé que es viernes por la noche, pero me vendría bien algo de ayuda".

"Tendré que ver si convenzo a mi padre para que cuide de mi hijo. También tendré que recogerlo de la guardería. Puedo hacerlo durante la hora de la cena si papá dice que está bien".

"Eso sería estupendo. También me gustaría aumentar tu horario de trabajo, si le parece bien", dijo Ward.

Dejé mi bolso en mi escritorio.

"¿Horas extra?" Realmente necesitaba más horas. "Entonces tendré que buscar otro preescolar para Luke. Tengo la sensación de que mi padre ya no está dispuesto a cuidar a mi hijo".

"Que lo haga tu madre", respondió Ward sin pensar.

No lo dijo maliciosamente, simplemente no lo sabía.

"Ya no tengo mamá. Solo estamos papá y yo. ¿Podría tener un par de semanas para encontrar niñeras?"

"Sí, por supuesto. El negocio va en aumento y me vendría muy bien tu ayuda".

Quería trabajar más horas y necesitaba un sueldo más alto. Sin embargo, la situación del cuidado de los niños era un verdadero obstáculo para mi trabajo.

"Sabe, si me permitiera hacer algunas de mis tareas desde casa, podría hacer muchas de estas cosas a distancia", le sugerí. "Podría trabajar después de que mi hijo se haya ido a la cama, sobre todo porque la mayoría de los correos electrónicos que envío no se leen hasta el día siguiente. Y luego las hojas de cálculo se pueden hacer por la noche. Es un plan razonable. Además, tengo un portátil que puedo utilizar, así que no tendrás que pagar ningún equipo extra. Incluso podría llevármelo al trabajo y tú podrías configurarlo con todo el software y las contraseñas". Hablé rápido y probablemente parecí demasiado impaciente.

Si hubiera podido trabajar desde casa, el problema de la niñera estaría resuelto. No había ninguna razón por la que no pudiera enviar correos electrónicos mientras me aseguraba de que Luke cenaba.

"Agradezco que hayas pensado en esta solución, pero realmente te necesito aquí".

Al cabo de unos segundos se oyó un fuerte ruido, seguido de gritos. Un enjambre de hombres con boinas azul oscuro y chalecos antibalas con las palabras FBI en grandes letras amarillas entró en acción.

No podría haberme movido de allí aunque hubiera querido. Empecé a temblar literalmente y entonces aquellos hombres rodearon a Ward.

"¡Joder, no te diré nada sin un abogado!", gritó Ward.

"Ya lo veremos", dijo un agente del FBI mientras agarraba las manos de Ward y se las llevaba a la espalda. Entonces oí el chasquido de las esposas.

"Tú eres la proxima".

Unas manos ásperas me agarraron los brazos y me los retorcieron a la espalda.

"¡¿Qué está pasando?!", pregunté aterrada.

Un hombre del FBI tiró de mí hacia abajo hasta que mi trasero chocó contra una silla. "¡Quédate quieta aquí!"

Asentí con la cabeza. No tenía intención de ir a ninguna parte.

Empezaron por desenchufar el ordenador de la pared y desconectar todos los hilos y cables de la parte posterior. Los hombres sacaron los ordenadores del despacho. Luego lo pusieron todo

sobre mi mesa, dentro de esas cajas que se utilizaban para guardar pruebas comprometedoras.

"¡Eh, esa es mi bolsa!", grité mientras la metían en otra caja.

"Ahora es una prueba contra ti".

"¡¿*Pruebas*?! ¡¿Ward, qué demonios está pasando?!"

"Al parecer, están confiscando todo".

"¿Pero por qué?" Nada tenía sentido.

"No me hagas preguntas estúpidas. Y sobre todo no le digas nada", me dijo Ward.

No sabría decir quiénes eran. Todos los agentes del FBI se parecían con sus gafas de aviador y sus gorras de béisbol.

El hombre que me había esposado llevaba su tarjeta de identificación alrededor del cuello atada con un cordel. Después, nos sacaron a Ward y a mí del edificio y nos metieron en dos todoterrenos negros diferentes.

Todo el tiempo temblaba como una hoja y preguntaba qué pasaba. El problema era que nadie me contestaba.

La sensación inicial de que Ward no estaba del todo bien se materializó en una realidad muy aterradora.

Arrancaron el todoterreno. Yo estaba atado de alguna manera al asiento. Me incliné hacia delante todo lo que pude.

"¡Eh, yo trabajo a tiempo parcial para ese tipo y no sé nada de él! ¿Estoy realmente bajo arresto?"

"Dependerá de ti y de lo cooperativa que seas", respondió el agente en el asiento del copiloto.

"Le diré lo que sé. Le aseguro, sin embargo, que no es mucho".

Cuando llegamos a sus oficinas, tuvieron que hacerme un chequeo exhaustivo. La información que obtuvieron les hizo darse cuenta de que realmente no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

En aquel momento me hicieron sentar en una oficina de aspecto bastante normal, nada que ver con las celdas de detención que siempre se ven en las películas de televisión.

Un hombre mayor entró en la oficina y me quitó las esposas.

Me froté las muñecas mientras él se sentaba. Dejó caer mi bolso en el escritorio frente a mí.

"Nos quedamos con su teléfono por el momento, señorita Jones."

"¿Estoy detenida?", volví a preguntar.

"No por el momento. Pero debes quedarte, nada de vacaciones fuera de EE.UU., ¿entendido?"

Sí, por supuesto.

"Trabajaba para un hombre peligroso, ¿era usted consciente de ello?"

"Realmente necesitaba un trabajo", confesé. "¿Esto es evasión de impuestos? Si es así, me estaba pagando fuera de los libros y en efectivo. ¿Quizá la empresa importaba algo que no debía?".

"Parece que estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado esta noche".

Entró otro agente y me dijo que le siguiera. Me llevó a una zona de recepción. Sacó una tarjeta de visita y me la dio.

"Eres libre de irte. Si se le ocurre algo, llame a este número".

"Vale, lo haré".

Eché un vistazo a la nota.

"Seguiremos en contacto con usted".

"¿Y cómo? Tienes mi teléfono móvil".

"Todavía podremos contactale. ¿Necesitas llamar a alguien para que venga a buscarle?"

Luego me explicó que si necesitaba hacer una llamada telefónica, debía ponerme en contacto con la recepcionista.

Lo vi alejarse. ¿Eso es todo? ¿Me habían dado un susto de muerte y luego me habían soltado?

"Necesito hacer una llamada, ¿puedo usar tu teléfono?".

Con un movimiento de cabeza, la recepcionista cogió el auricular. Le dije que marcara el único número que recordaba de memoria: …

CHANDLER

Mi móvil empezó a vibrar. El número de teléfono era desconocido, así que lo dejé en el buzón de voz. Volvió a sonar, y de nuevo lo dejé pasar, pero cada vez que se ponía en marcha el contestador, volvía a llamar.

Quienquiera que fuese quería mi atención.

"¿Quién es?", refunfuñé mientras contestaba a la llamada.

"¡Chandler, estoy en problemas, puedes venir a buscarme!" La voz de Mila estaba llena de pánico.

De repente, todo mi cuerpo se puso en alerta máxima. Se me erizó el vello de la nuca.

"¿Dónde estás, estás bien? ¡¿Estás en el trabajo?!"

La última vez que había comprobado el GPS que había deslizado en su coche, ella estaba en el trabajo en aquel negocio de importación. Si le hubiera pasado algo en el trabajo... no quería ni pensarlo.

Me levanté de un salto y me dirigí al coche.

"No, no estoy en el trabajo. Estoy en la carretera 14, ya sabes, cerca del cementerio."

Allí no había nada más que un garaje y la gran comisaría de policía.

Arranqué el coche y me dirigí a la carretera principal.

"¡¿Te arrestaron?! ¿Qué está pasando?"

Permaneció en silencio. La oí inhalar con dificultad. "No me han detenido, pero tengo problemas. Estoy con agentes del FBI".

¿FBI? ¡¿Qué coño estaba pasando?!

"Háblame, Mila, cuéntame más".

"Ven aquí, te avisaré cuando llegues". Me dio la dirección y terminó la llamada.

Pisé a fondo el acelerador. No me importaba conducir directamente hacia una guarida de policías y agentes del FBI a toda velocidad. Tenía que llegar a Mila lo antes posible.

Las oficinas del FBI se encontraban en una modesta estructura de ladrillo construida en el siglo pasado. Ni siquiera era lo bastante elegante como para considerarla arquitectura típica de aquellos años. Era completamente anónima y estaba a una manzana del Departamento de Policía.

La hilera de grandes todoterrenos negros aparcados frente al edificio era la única pista de que dentro ocurría algo más de lo que se veía desde fuera.

Entré por la puerta y antes de que pudiera pedir ver a Mila, me agarró del hombro.

La abracé con fuerza. *Ahora podía protegerla*.

Temblaba entre sollozos y la dejé desahogarse unos instantes.

No había nadie más en el pequeño vestíbulo, ni siquiera una recepcionista. Acerqué a Mila a mí y la sostuve firmemente sobre mi pecho hasta que su respiración se calmó. Solo entonces la aparté para poder verla. Se secó las lágrimas. En un abrir y cerrar de ojos, saqué unos pañuelos de la caja de recepción y se los entregué, cogí su bolso de donde lo había dejado y la conduje hacia la puerta.

No paraba de sollozar y llorar mientras la llevaba al asiento del copiloto. Tiré su bolso en el asiento trasero y subí al asiento del conductor. La miré, esperando que dijera algo. Se limitó a mirar al frente.

Arranqué el coche, salí del aparcamiento y pisé el acelerador. Pensé que Mila quería alejarse lo más posible de donde la habían llevado.

Pasaron casi veinte minutos de silencio antes de que empezara a hablar.

"Gracias. No sabía a quién más llamar".

"¿Por qué no llamaste a tu padre?", le pregunté.

"No podría hacerlo. Se habría llevado un susto de muerte y además ni siquiera recuerdo su número entero de memoria. El tuyo sí porque te llamé cien veces cuando trabajaba para ti y estabas fuera de la oficina".

"Vale. ¿Dónde está exactamente tu coche?"

"En el trabajo'.

Me dio la dirección aunque yo ya la conocía, y sin pensarlo me puse en marcha hacia la oficina donde trabajaba.

"No debes decírselo a papá. Prométeme que no se lo dirás". Su voz estaba impregnada de pánico.

"Ni siquiera sabría qué decirle, Mila. ¿Qué pasó realmente?"

Guardó silencio durante un buen rato antes de señalar el aparcamiento de un centro comercial.

"Aparca. Quiero salir. Necesito un poco de aire".

Saltó del coche antes incluso de que apagara el motor. La seguí, dispuesto a correr tras ella, pero seguía caminando de un lado a otro como un león enjaulado.

Así que me apoyé en el capó del coche y esperé.

Seguía caminando de un lado a otro, agitando las manos y murmurando para sí misma. De vez en cuando sacudía la cabeza y se encogía de hombros.

Por fin empezó a hablar. "Trabajo, no… trabajaba para una empresa de importación y exportación. No se lo dije a papá porque está convencido de que debería poder ganarme la vida con un solo trabajo. En cambio, no puedo. Ya nadie contrata a tiempo completo, así que tengo dos trabajos. Además no se lo dije, también porque me pagaban fuera de nómina, para que no me hiciera pasar un mal rato. Chandler, nunca puedo hacer nada bien. Se va a enfadar mucho conmigo cuando se entere".

"Daniel no se enfadará porque hayas tenido que hacer un segundo trabajo".

"Ya está molesto porque le pedí que cuidara Luke. Si se entera de lo que ha pasado, me echará de casa. Chandler, ¡apenas puedo pagar la guardería!".

"¿Qué pasó antes, Mila? ¿Por qué estabas en el FBI?"

"Me llevaron, Chandler. Me esposaron y me metieron en la parte trasera de uno de esos grandes todoterrenos. ¡Todavía tienen mi teléfono móvil!"

La agarré de los hombros para estabilizarla. "¡Arrestada por qué! Cuéntame exactamente todo lo que pasó".

Empezó a respirar con dificultad.

"Está bien, todo está bien. Ahora estoy contigo. Respira hondo, aguanta cinco segundos y luego déjalo salir".

Respiré con ella, ayudándola a superar la crisis de pánico antes de que empezara a hiperventilar.

Tras unos minutos de respiración regular, empezó a hablar de nuevo.

"No tenía ni idea de que mi jefe era un tipo turbio. Solo sé que me pagaba fuera de los libros".

"¿Él te estaba pagando fuera de los libros y te quedaste de todos modos?"

"El sueldo era alto y al principio solo me necesitaba doce horas a la semana. Era demasiado rentable para rechazarlo".

Refunfuñé. ¿Se había negado a trabajar para mí para irse con ese imbécil?

"Te habría pagado más que bien y no te habrías metido en líos".

Ella negó con la cabeza. "No lo entiendes, Chandler, ¿verdad? Te has convertido en un peligro para mí. No podría arriesgarme a estar cerca de ti. Debo ser capaz de afrontar mi vida sola".

¿De qué manera habría sido un peligro para ella? No tenía ningún sentido.

"De todos modos, el FBI allanó la oficina mientras yo estaba allí. Les conté todo lo que sabía. Les dije lo que creía que mi jefe estaba haciendo. Me dijeron que no puedo salir de Estados Unidos hasta que me lo digan, pero no estoy detenida. Tampoco entiendo muy bien lo que está pasando".

"¿Pero por qué se han quedado con tu móvil? ¿Qué sentido tiene?"

Se encogió de hombros. "Tal vez para buscar pruebas, al menos eso creo. ¿Qué se supone que debo hacer ahora, Chandler? Tengo miedo. No he hecho nada. No quiero que me acusen de algo que no he hecho".

Empezó a temblar y sus mejillas se llenaron de lágrimas.

Yo tampoco sabía qué hacer, pero habría consultado a abogados que supieran. Mila era inocente, me habría asegurado de que estuviera a salvo.

Al final, lo dejé allí, en aquel aparcamiento, quién sabe cuánto tiempo.

"Venga, vamos a beber algo caliente para que podamos hablar de ello mientras tomamos algo".

Sacudió la cabeza. "Debería ir a por mi coche".

"Podemos ir más tarde", le dije.

Si el FBI hubiera estado en la oficina donde ella trabajaba, habría tenido que llegar a su coche y sacar el dispositivo de rastreo, por si acaso. Habría parecido muy sospechoso y ella ya tenía demasiados ojos vigilándola.

Paré en un restaurante que estaba abierto hasta bien entrada la noche. Nos sentaron enseguida, aunque era tarde. Pedí algo y me aseguré de que Mila tomara una copa de vino.

No dijo mucho, salvo un par de *"gracias"*.

Cuando la camarera llevó la comida a la mesa, sus ojos se iluminaron como si no hubiera comido en años.

Luego cogió una bola de masa rellena.

"Está buenísimo", exclamó mientras lo dejaba caer en el plato. Siguió echándole salsa de soja y se lo metió en la boca.

No pude evitar sonreír. Comía como si estuviera desesperada.

Tragó saliva y bebió un sorbo de vino.

"Eh, ¿estás bien?", le pregunté.

"Todo está demasiado caliente y tengo demasiada hambre", explicó.

Llamé la atención de la camarera y pedí agua para Mila y otra cerveza para mí. Luego esperé a que comiera un poco más antes de volver a hablar de la situación en que se encontraba.

"Tienes que decírselo a tu padre."

Empezó a lloriquear. "No puedo."

"Mila, te diriges a lo que podría ser una situación legal muy complicada. Incluso podría ser un delito penal, sobre todo porque todavía no sabes qué pasó exactamente. Vas a necesitar un abogado, de hecho, tal vez más de eso. Y tú misma lo has dicho, "apenas puedes permitirte pagar la guardería".

"Me van a dar un abogado de oficio, ¿no?".

"Es el FBI, no estoy seguro. No te han arrestado esta noche y eso es probablemente una muy buena señal. Tu padre e incluso yo podríamos conseguirte un buen abogado. Tienes que dejar que te ayudemos".

"Está muy decepcionado con mi comportamiento, Chandler. A sus ojos no soy más que un fracasado. Esto solo reforzará su opinión. ¿Qué voy a hacer cuando me eche de casa?"

"Tienes que darle una oportunidad, Mila. Daniel no te echará. Si crees que puede ayudarte, cuando se lo digas, estaré a tu lado. Ahora te llevo a casa y si quieres vamos primero a por tu coche y luego me quedo".

Ella asintió: "Vale, pero prométeme que estarás allí".

"Sí, lo prometo, allí estaré".

MILA

Chandler me siguió a la casa.

"¿Papá?" Le llamé en voz baja. Por si estaba a punto de acostar a Luke, no quería despertarlo.

Entré en el estudio.

Papá levantó la vista. Me vio a mí y luego a Chandler y frunció el ceño. Se llevó un dedo a los labios antes de señalar a Luke, dormido en el sofá. Se levantó y, moviendo las manos con rapidez, nos invitó a volver a la cocina.

"¿No deberías estar en el trabajo?", preguntó antes de dirigir su atención a Chandler. "¿Y qué haces tú aquí?".

Tragué saliva. No sabía qué responder. Lancé una mirada de pánico hacia Chandler. *¿Cómo iba a contárselo... todo a papá?*

"Algo pasó", dijo Chandler. "Mila necesita hablar contigo."

Papá miró a Chandler y luego a mí. Casi quería reírme de lo histérica que estaba, si no hubiera tenido tantas náuseas que temía vomitar de la ansiedad. Estaba segura de que papá pensaba que íbamos a decirle que estábamos saliendo o algo así. *Oh, ese barco había zarpado mucho antes*. De lo que necesitaba hablar con él era de algo peor... mucho peor.

Chandler puso una mano en el hombro de papá. "No es lo que piensas, relájate".

"Me relajaré en cuanto sepa de qué estás hablando". Levantó una mano, con la palma abierta.

"No es tan sencillo", le dije.

Dejó escapar un suspiro. "Supongo. Estaba poniendo a Luke a dormir..."

En el momento en que me aparté de papá para ir hacia mi bebé, me detuvo, agarrándome por la muñeca. "No, espera. Si te ve, se pondrá nervioso y no podré volver a dormirlo. Deja que lo meta bajo las sábanas y que duerma bien, luego nos sentamos todos juntos y me cuentas lo que tenías que contarme".

Esperamos en la cocina hasta que papá llevó a Luke arriba. Estaba demasiado nerviosa para sentarme.

"Siéntate, Mila", dijo Chandler.

"Sí, Mila, siéntate", dijo papá a mis espaldas.

Me volví para mirarle y sentí el corazón en la garganta. Me sentía aún peor que cuando le había dicho que estaba embarazada. Tenía que decírselo.

"Empecemos por el hecho de que no me detuvieron oficialmente".

"¿Qué demonios significa eso?" La voz de papá se apagó. Estaba enfadado y probablemente nervioso por tanta espera.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. "Solía tener dos trabajos. Nunca te lo dije porque te enfadarías conmigo. Estoy cansada de que me digas que siempre me equivoco en lo que hago, de que me juzgues, así que en cierto modo me vi obligada a ocultártelo".

Papá asintió. Se retorcía las manos mientras esperaba a que siguiera hablando.

"Trabajaba por las noches y los viernes para una empresa especializada en importación y exportación. Me pagaban fuera de los libros. Así que, sí, me imaginaba que había algo turbio en este negocio, pero sinceramente no creía que fuera nada más que evasión de impuestos. Eso fue hasta que el FBI allanó el lugar esta noche. Ni siquiera estaba en la oficina cuando irrumpieron y empezaron a gritar".

Las lágrimas volvieron a quemarme los ojos y recordé el desarrollo de los acontecimientos. Estaba muy asustada y confusa.

"Me tuvieron en una habitación, esposada a una silla durante mucho tiempo antes de que entraran y empezaran a hacerme preguntas. Sin embargo, yo no sabía nada de lo que estaba pasando realmente, así que me limité a darles la información que sabía".

"¿Qué hacías exactamente para esta empresa?", preguntó papá.

"Solía comprobar los albaranes de entrega. Comparaba las facturas con los recibos y me aseguraba de que los contenedores se recogían y entregaban en los lugares correctos. Eso es todo lo que hacía, lo juro. Ni siquiera sabía lo que se enviaba. Si no estaba escrito en el albarán, no tenía forma de saberlo. Y nunca presté mucha atención a las descripciones de los productos, solo me aseguraba de que los números de los productos coincidieran".

"¿Cuál era la mercancía?"

Era como un interrogatorio del FBI otra vez.

"Sobre todo juguetes y material de oficina barato. Al cabo de un rato, mientras estaba allí sentada, pensé que tal vez se trataba de algún tipo de material prohibido. Así que la siguiente vez que el agente volvió para hablar conmigo, le dije. No tengo nada que ocultar".

"Y en cuanto al sueldo, ¿cómo te pagaban?". Papá continuó con las mismas preguntas que me habían hecho durante el interrogatorio.

"Me pagaban en efectivo. Solía entregar una hoja con los horarios de trabajo escritos a mano. Está en los archivos que incautó el FBI. Y sí, me he declarado dispuesta a asegurarme de registrar estos ingresos cuando presente mi declaración de la renta."

Papá parecía pensativo. Se llevó las manos a la barbilla y guardó silencio durante un largo rato.

"Me dejaron marchar. Dijeron que en cuanto resolvieran la situación se pondrían en contacto conmigo", dije para concluir.

"¿Por qué no me llamaste?", preguntó papá.

"Por qué... no tienes una sillita para Luke en tu todoterreno... no quería que me gritaras por ser tan estúpida... Me entró el pánico. Supuse que Luke estaba dormido y no quería que lo despertaras para venir a buscarme. El número de Chandler era el único que recordaba. No sabía a quién más llamar".

"¿Por qué trabajaste para esta empresa de importación?", me preguntaba papá.

"Porque me redujeron las horas de trabajo en el centro de llamadas. Necesitaba un segundo trabajo para cubrir todos mis gastos. Este fue el primer sitio que se adaptaba a mi horario y el sueldo parecía muy bueno".

"¿Y no pensaste que cobrar en efectivo era un problema?"

"Por supuesto, o más bien me lo imaginaba, pero necesitaba ese dinero mientras seguía buscando otro trabajo. Fue la mejor decisión que pude haber tomado". En aquel momento empecé a llorar de nuevo. ¿Se daba cuenta, o no, de que yo era la víctima?

"Mila, no esperaba algo así de ti. ¿Qué te ha pasado? Solías ser mucho más sabia y cuidadosa".

Me volví hacia Chandler.

"Fue antes de que el mundo me recordara que no valía nada. Me dejé llevar un poco y, después, me vi obligada a pagar las consecuencias de las acciones de otros".

"¿A qué te refieres cuando dices que no vales nada? ¿Qué consecuencias?"

Algo dentro de mí se derrumbó inexorablemente. Me sentí destrozado. Abrí la boca y dejé salir todo el dolor que sentía dentro.

"¿Qué quiero decir? Me abandonaste, te fuiste. Cogiste ese trabajo en Europa y nunca me lo dijiste, nunca me pediste mi opinión".

"Era tu jefe, Mila. No necesitaba pedirte tu opinión".

"Fue una decisión empresarial, tú lo sabías".

"¿Cómo sabías que yo entendía que solo eran negocios? Nunca me lo dijiste Chandler, ni siquiera me diste la oportunidad de entenderlo. Tuviste la oportunidad de crecer aún más en los negocios y eso es lo único que importa". Volví a centrar mi atención en mi padre. "No, papá, mi opinión debería haber importado en su lugar. Estaba enamorada de él. Se fue y nunca tuve la oportunidad de hablarle de Luke".

Ambos palidecieron antes de que sus rostros se iluminaran con una ira hirviente. Habría sido gracioso si yo no hubiera sido el centro de su atención y su ira.

"¿Qué quieres decir... con que Luke es mi hijo?" Chandler permaneció inmóvil en la silla. Se aferró a los reposabrazos para apoyarse.

"Me dijiste que el padre de Luke era camarero en un pub", exclamó mi padre mientras se

levantaba.

"Todo lo que he hecho, hayan sido decisiones equivocadas o no, ha sido para cuidar de Luke. Solo quiero cuidar de mi bebé. Y ahora..." Nadie estaba escuchando.

Papá apretó los puños cada vez con más fuerza. "Le pusiste las manos encima a mi hija. Te aprovechaste de mi hija".

Tuve que moverme rápidamente para evitar a papá, que se lanzaba sobre Chandler. Papá le agarró de la camisa, lo puso en pie y le dio un puñetazo. Cuando el puño de papá golpeó la mandíbula de Chandler se oyó un ruido sordo y él se tambaleó hacia atrás.

"¡Papá! *¡Para! ¡Para!*"

Chandler se recuperó y de repente tenía la camisa de papá enroscada en ambos puños y estaban cara a cara.

"Sí, tal vez me lo merecía. Pero no podrás volver a pegarme". Empujó a papá con rapidez, dejándolo caer sobre el sillón reclinable con tanta fuerza que el gran sillón se inclinó hacia atrás y lo tiró al suelo.

"¡Chandler! Esta es la razón por la que nunca quise que lo supieras. ¡Porque se suponía que nunca se enteraría!"

Corrí hacia papá. Rechazó mi intento de ayuda.

"Fuera de mi casa, joder. Aléjate de mi hija".

Papá se levantó y se abalanzó sobre Chandler, gruñendo y golpeándole el pecho.

"¡Fuera!" gritó en la cara de Chandler.

Justo cuando estaba segura de que iban a empezar a pelearse y a pegarse de nuevo, Chandler empujó a mi padre y se dio la vuelta. La puerta se cerró detrás de él.

Papá se levantó jadeando pesadamente. Me miró y señaló con el dedo hacia arriba. "¡Estás castigada, ve a tu habitación!"

"No puedes castigarme, tengo veinticinco años".

"Actúas como si tuvieras trece años. No, cuando tenías trece tomabas mejores decisiones". ¿Chandler Owens? ¿Cómo pudiste, Mimi, cómo pudiste?"

"¿Cómo pude?"

"Fuiste a mis espaldas, saliendo con un hombre así", gruñó papá.

"¿Un hombre como él? Es tu amigo. ¿Qué clase de amigos tienes si no confías en uno de ellos? ¡No es como si estuvieras con McLain!"

Hizo una mueca. Menos mal, quería que sintiera mi dolor.

"¿Se aprovechó de ti? ¿Usó tu trabajo como una ventaja contra ti?"

Se me escapó una carcajada. "No papá, nada de eso. Nada de nada. Fui yo quien lo eligió. Solo

fue el primero de una larga serie de malas decisiones que tomé".

"¿Estabas saliendo con Chandler y nunca pensaste en confiármelo?" Nunca le había visto tan enfadado.

"Nunca confiaste en mí lo suficiente como para hacerme creer que podía confiar en ti". Rompí a llorar, ya no había razón para contenerme. "Ni siquiera pude decirte que había empezado un segundo trabajo. El hecho de que viviera aquí, bajo el mismo techo que tú, no era más que una amenaza, para asegurarme de que me comportaba, de que guardaba silencio y de que no dejaba que nadie me viera con Luke. Tú, en mi lugar, ¿qué habrías hecho?".

CHANDLER

Era papá. Ese niño era mío.

No estaba muy seguro de cómo había llegado a casa después de salir de Daniel. Me froté la mandíbula. Joder, era muy bueno dando puñetazos y, *joder*, me lo había merecido de verdad.

Era padre.

Aquella frase se repetía en bucle en mi cerebro. A pesar de intentar pensar en lo más dispar, el siguiente pensamiento fue que yo era padre. ¿Ese niño se parecía a mí? ¿O se parecía a Mila? En realidad no le había prestado mucha atención. Era su hijo y no era asunto mío.

Solo que, en realidad, era asunto mío.

¿Por qué nunca me había dicho nada? Podía haberme pedido dinero. Todavía podía. Debía ponerme en contacto con mi abogado por la mañana. Había algo más que debería haber hablado con él, pero ya no recordaba por qué.

Me pasé una mano por el pelo y, con las luces apagadas, subí a mi piso. Ni la luz de la luna ni las farolas del exterior iluminaban la casa. A pesar de lo extraño que había sido trasladarme de aquí a vivir a Zúrich, aún no me había acostumbrado. Todas aquellas pequeñas diferencias entre Estados Unidos y Europa, como los restaurantes y que alguien me hiciera la compra, no eran nada comparadas con la gran soledad y el vacío de este piso.

Abrí el grifo de la ducha y esperé a que el agua se calentara. Realmente necesitaba instalar uno de esos calentadores de agua instantáneos. Tener agua caliente nada más abrir los grifos era uno de esos detalles que no sabía que echaría de menos.

Era padre.

Joder.

Volví a ponerme la camiseta y cerré la ducha. Tenía que sacar el rastreador GPS del coche de Mila antes de que el FBI decidiera revisar sus cosas.

El aparcamiento estaba oscuro y abandonado, con unos pocos coches aparcados. Quitar el GPS no llevó mucho tiempo. Me llamó la atención lo fácil que sería robarle el coche. Estaba viejo y maltrecho. Tenía uno de esos ambientadores con forma de flor colgando del retrovisor. La sillita de Luke estaba sujeta al asiento trasero. A su lado había un peluche que parecía estar allí esperándole.

Mi hijo solía estar en un coche como este. Su madre era demasiado orgullosa y su padre un gilipollas. ¿Por qué demonios había dejado Daniel que Mila condujera un coche de mierda como este? Fácilmente podría haberle dado un coche mejor. Yo lo habría hecho, lástima que *nadie* me dijo que tenía un hijo.

¿Debería comprarle un coche? ¿Lo aceptaría? ¿Un regalo repentino y caro la pondría aún más en el punto de mira de la investigación del FBI?

"¡Maldita sea, Mila!" Grité y golpeé el volante. Debería haber estado allí para ella.

Me fui a casa, me duché, preparé la ropa y las maletas para la mañana siguiente. Lo hice todo sin prestar la menor atención.

No pude dormir en toda la noche. Daba vueltas en la cama. Debería haberlo sabido, deberían haberme avisado. Debería haber observado mejor a aquel niño para ver si realmente podía ser mío.

Mientras conducía hacia el trabajo, iba con el piloto automático. Me detuve en la entrada de la casa de Daniel. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué estaba allí?

Toqué el timbre.

"¿Qué haces aquí?" Preguntó Mila abriendo la puerta. "Si mi padre te ve...."

"¿Es realmente mío el niño?"

Salió, se envolvió en su jersey y cerró la puerta tras de sí. Parecía tan joven. ¿En qué coño había estado pensando? No debería haber tenido nada que ver con una mujer tan joven.

Era la hija de mi amigo.

"¿Te quedaste embarazada a propósito?", añadí.

"¿Qué coño, Chandler? ¿Intentas hacerte el gracioso? ¿A propósito? ¿Para ponerme a propósito en tal dificultad financiera que casi me arrestan por trabajar fuera de los libros? ¿Para ir a propósito contra los obvios valores familiares de mi padre?"

"No, para tenderme una trampa". Me di cuenta de lo mal que sonaba en cuanto terminé de pronunciar esas palabras.

"¡Incriminadme!" Miró por encima del hombro antes de seguir hablando más bajo. "Si quisiera atarte a mí a través de un hijo, ¿no crees que te lo habría dicho? ¿Quizá demandándote para conseguir la manutención del niño? No sé, ¿no debería haber hecho algo diferente a lo que hice?".

"Quiero que le hagas al niño una prueba de paternidad", te pedí.

"¿Por qué? ¿Por qué importa?"

"Es mi hijo, Mila", gruñí. "Es importante".

"Bien, pero tú lo organizarás. Yo no trabajo para ti. Por no mencionar el hecho de que sé de buena tinta que tú eres el padre. Nadie más podría serlo".

"¿No hay camarero, entonces?" No pude evitar echarle en cara esa mentira.

Se rio ácidamente. "Nunca lo hubo". Dio un paso adelante y me empujó contra el pecho. "Tienes que irte. Papá sigue enfadado y pronto vendrá a buscarme".

"¿Qué les vas a decir?"

"¿Sobre qué? ¿Que estuviste aquí? No. Le diré que vino un testigo de Jehová y no pude quitármelo de encima".

"¿Así que vas a mentirle? ¿Vas a mentir a todo el mundo como hiciste conmigo?"

"Sí, voy por ahí diciéndole a todo el que conozco que es el padre de mi hijo, mientras me aseguro de decirte lo contrario", su tono era cortante y amargo. "Durante toda una semana no te molestaste en decirme que ibas a irte del País y abandonarme. Siento no haberme molestado en decirte que eres su padre. Adiós, Chandler".

Se dio la vuelta y volvió a entrar, cerrando la puerta tras de sí. Me quedé mirándola, deseando que reapareciera. Deseaba que volviera y me dijera otras palabras.

Sin saber cómo, llegué a la oficina.

No hice nada cuando entré, no sabía exactamente por qué estaba allí. Kyle Manning tenía la oficina de EE.UU. bastante bajo control, yo no era mucho más que una figura simbólica.

"Llama a mi abogado, Heather", dije por el intercomunicador.

"Sí, Sr. Owens. Por cierto, soy Sarah, ¿recuerda?"

"Bien, Sarah". Estaba tan distraído que había olvidado el nombre de mi ayudante.

Durante mi estancia en el extranjero, Heather había dejado la empresa. Debía localizarla y convencerla para que volviera como mi secretaria personal.

Estaba demasiado distraído para sentarme a leer correos electrónicos. Tenía que hacer algo, ir a alguna parte. Había que liberar la energía que me quemaba el cuello y los hombros. Cogí mis cosas y salí de la oficina.

"Me voy", anuncié al pasar por delante de la mesa de Sarah. "Vuelve a llamar al despacho del abogado y diles que pueden localizarme en mi móvil".

No esperé a saber si me había oído o no.

Marqué el número de McLain.

"¡Chandler!" El tipo seguía actuando como si estuviera en la universidad. Siempre había pensado que lo hacía para rechazar el hecho de que se estaba haciendo mayor. Poco me importaba en aquel momento, ya que necesitaba su apoyo y energía.

"¿Te acuerdas del lanzamiento del hacha?", le pregunté.

"Sí, ¿por qué?"

"¿Quieres ir a lanzar hachas a una losa de madera contrachapada y empezar a beber por la

mañana?"

"Me apunto".

Su Corvette amarillo brillante se detuvo en el aparcamiento de *Hatchet Job*, el mejor lugar donde permitían a la gente divertirse así.

"¿En qué lío te has metido?", preguntó a modo de saludo. Se señaló la barbilla como un reflejo para indicar el moratón que tenía en la barbilla.

"Te lo diré cuando esté dentro". Necesitaba empezar a liberar la tensión de mis brazos. Quería que mis hombros ardieran de cansancio. Era la única manera que se me ocurría para deshacerme de aquella incómoda sensación.

Nos registramos y McLain se encargó de pedir nuestras bebidas.

"El camarero nos enviará unos burritos para microondas en cuanto estén listos", dijo mientras ponía dos cervezas en la mesita de café de la cabecera de nuestro carril.

"¿Por qué?"

"Porque estás cabreado y estamos empezando a beber antes de la hora de comer. Necesitas comida en tu cuerpo para ambas actividades".

"Puedes beber durante el día incluso sin comer", me quejé.

"*Au contrare mon frere*", respondió McLain. "Bebo durante el día comiendo alguna porquería y no jugando a juegos peligrosos como éste. ¿Quieres decirme qué está pasando?"

Cogí la primera hacha y la giré hacia el objetivo. Se clavó en la madera con un golpe seco. Podría habérselo dicho yo o podría habérselo dicho Daniel, si al menos se hubiera molestado en decírselo a alguien.

"Entonces, dime si he entendido bien. Cuando la hija de Daniel se quedó embarazada, ¿cómo lo manejó? Tengo la impresión de que básicamente ignoró el asunto y luego, una vez que tuvo el bebé, no volvió a mencionarlo. ¿Verdad?"

Lancé otra hacha. Se hizo añicos contra el objetivo y cayó al suelo.

"Eso es más o menos." McLain lanzó un hachazo. Se clavó en la madera contrachapada en el mismo lugar que la mía. "Era extremadamente evasiva sobre la discusión. Siempre parecía ser solo asunto suyo, como si se sintiera demasiado intimidada para hablar de ello...". Se encogió de hombros. "Nunca la presioné".

"Nadie le dijo nunca a Daniel que le comprara un coche nuevo o...".

"No, ¿por qué lo haríamos? Es su hija, y ya sabes, tienen una extraña *dinámica* padre-hija. Es asunto de ellos. ¿Por qué de repente te molesta tanto esto?"

Tomamos un largo trago de cerveza mientras el camarero anunciaba que nuestros burritos estaban listos. McLain los cogió y los llevó a la mesa. Cogí uno y le di un mordisco. Sabía a alubias y la tortilla se me pegaba a los dientes.

"Mira, Daniel probablemente revenderá su parte de las entradas del estadio o me pedirá que lo

haga. Que sepan los chicos que yo también revenderé la mía. No sé si me quedaré en la ciudad o no".

Cogí otra hacha y la lancé.

"¿Por qué Daniel haría eso? Chandler, ¿qué es lo que no me estás contando?"

Lancé otro hachazo. Cuando me volví, la expresión de McLain me decía que lo había entendido todo.

MILA

¿Una prueba de paternidad? Estaba tan enfadada que no podía ver. ¿Cómo se atreve? Estuve furiosa toda la mañana.

Papá no dejaba de mirarme mientras conducía hacia el distrito comercial donde había dejado el coche.

"¿Qué planes tienes para hoy?", me preguntó mientras aparcaba junto a mi coche.

Me encogí de hombros. Eché una mirada a las ventanas de la oficina. "No voy a ir a trabajar. Creo que es hora de ir a casa y empezar a buscar uno nuevo".

"¿Qué vas a hacer con la investigación?"

"Nada, porque no puedo hacer nada. Tal vez debería comprar un teléfono temporal hasta que tengan el mío".

Le miré. Tenía la cara tensa, los labios apretados y los ojos entrecerrados. Seguía enfadado. No tenía dinero para un teléfono nuevo, ni siquiera uno barato, sobre todo ahora que ya no tenía un segundo empleo.

"¿Podrías prestarme dinero para comprarlo?". En cuanto las palabras salieron de mi boca, sentí una punzada en el estómago.

"Te metiste en esta situación por tu cuenta, estoy seguro de que encontrarás una salida de la misma manera".

Aquí estaba la respuesta que esperaba. Salí del coche y liberé a Luke del asiento de atrás.

Con mi bebé apoyado en la cadera, me volví hacia papá.

"Gracias por traerme. ¿Nos vemos en casa?", le pregunté.

Por mucho que me odiara, esperaba que se fuera unos días o que decidiera echarme de casa.

"Si no me encuentras cuando vuelvas, sabrás la respuesta", dijo.

Se fue, sin esperar siquiera a ver si mi coche arrancaba.

"Supongo que solo quedamos tú y yo", le dije a Luke.

Le puse en su sitio y me puse al volante. Le observé por el retrovisor durante unos minutos.

Estaba jugando con su peluche. Levantó la vista y nuestros ojos se cruzaron. La sonrisa que me dedicó mi pequeño me calentó el corazón. ¿Qué podía hacer? No quería volver a casa porque necesitaba pensar y allí nunca podría hacerlo.

Cogí mi monedero y busqué algo de cambio en el fondo. Entonces recordé que aún me quedaba una buena parte de mi último sueldo de Ward. Me quedé mirando el dinero durante un largo rato. Debería haberlo guardado. *Debería haberlo hecho*.

Me volví para mirar a Luke en el espejo. Necesitaba despejarme y un lugar donde pensar. En la bolsa había algunas galletas y un biberón. Teníamos todo lo necesario para pasar el día fuera. Iba a hacer una excepción. Papá me habría llamado irresponsable. Probablemente no era lo correcto y yo era *muy buena* en estas situaciones.

No le dije nada a Luke y me dirigí al zoo.

Pasé por una zona de la ciudad por la que solo solía pasar cuando iba al zoo. En un semáforo en rojo, me fijé en los anuncios de los escaparates del centro comercial por el que iba a pasar. Cuando se apagó el semáforo, en lugar de seguir recto, giré a la derecha y entré en el aparcamiento.

Me detuve a mirar los chillones carteles naranjas y rosas que anunciaban planes telefónicos baratos.

¿Por qué nunca antes había prestado atención a mis opciones? Cogí a Luke y entré. Me sentía estúpida por lo nerviosa que estaba. Quizá esta no fuera una zona muy exclusiva, pero eso no significaba que la gente de aquí fuera a hacerme daño u otras ideas estúpidas que me habían inculcado en la cabeza de niña.

Cuando entré en la tienda, sonó el timbre para avisar al dependiente de mi llegada.

"Enseguida estoy con usted", gritó alguien desde el fondo. No estaba montado como todas las tiendas de telefonía en las que había estado habitualmente, con un vendedor esperándome a la entrada y todos los últimos modelos expuestos. Nada más entrar, me fijé en un mostrador de cristal y en las paredes laterales había estanterías con tarjetas regalo que no servirían para nada hasta que se activaran.

Un hombre delgado y anciano salió de detrás de las estanterías, al otro lado del mostrador. "¿Necesita algo?"

"Sí. ¿Cuánto cuesta un teléfono?", tartamudeé.

El hombre me miró a mí y luego a Luke. Con un gesto de comprensión - no sé qué pensaba de nuestra situación, pero me dio la impresión de que se encontraba a menudo con madres solteras que necesitaban un teléfono nuevo - sacó una caja con un teléfono y un folleto naranja y rosa. El smartphone no se parecía en nada al mío, que era más caro. Sin embargo, gracias a las indicaciones que me dio, pude entender cuáles eran las características y qué posibilidades tendría con el plan de tarifas.

Treinta minutos después tenía un teléfono nuevo. Cogí una SIM de prepago, ya que el contrato no era mucho más barato. Tenía internet y eso era más que suficiente para poder solicitar un empleo. El hombre se aseguró de mostrarme esta función. Evidentemente entendió que estaba

desesperada.

¿Por qué nunca había prestado atención a lo que necesitaba estrictamente? Mi otro teléfono, el que tenía el FBI, tenía el plan más barato de uno de los principales operadores, porque era con ellos con quienes papá me había configurado el teléfono cuando era más joven. Cuando empecé a pagarlo, ni siquiera se me había ocurrido considerar otras opciones.

Durante años había actuado como si alguien fuera a venir a rescatarme tarde o temprano. Estaba claro que tendría que hacerlo yo misma, pero nunca había pensado en ello.

Me senté en el coche y conté cuánto dinero me quedaba. Era suficiente para el zoo. El alivio que sentí fue realmente mágico. Todavía podía hacer algo por mi bebé. Mi vida era un desastre, pero podría llevar a Luke a ver los animales y darme tiempo para pensar. Me sequé las lágrimas, no quería que Luke me viera llorar.

Lo que me había impulsado a venir aquel día en el zoo, era una especie de luz que me guiaba. Mientras esperábamos en la cola para pagar la entrada, la mujer que estaba delante de mí se volvió con una gran sonrisa en la cara.

"Tenemos una entrada extra, ¿la quieres?" Me entregó un pase de adulto para el zoo.

Me quedé de piedra. "Sí, gracias. Vaya, muchas gracias".

CHANDLER

De repente, me di cuenta de la situación. Giré sobre mí mismo, emitiendo un gemido. La resaca no me dejaba escapatoria. Había bebido demasiado y había llevado mi cuerpo al exceso. Por mucho que intentara distraerme y autodestruirme, el primer pensamiento que tuve antes incluso de abrir los ojos fue: *Acabo de ser padre. Tengo un hijo*.

Me senté en el borde de la cama y me pasé las manos por el pelo y la mandíbula. Tenía que afeitarme. Tenía que lavarme los dientes y apestaba. Tras entrar en el cuarto de baño y abrir los grifos a tope, recordé la necesidad de comprar un calentador eléctrico.

Me podrían haber instalado uno, de lo contrario podría haber vuelto. Ahora que era un concepto interesante. Podría volver a Europa. Probablemente no a la oficina de Zurich, mi trabajo allí había terminado.

Durante la ducha pensé en la posibilidad de mudarme. Era toda una distracción y me impedía concentrarme en Mila y Luke. La idea de ellos dos nunca parecía abandonarme. Intenté pensar en otra cosa para distraerme.

Llegué a la oficina antes que Sarah. Tenía un montón de correos electrónicos pendientes, compromisos y conversaciones que había pospuesto el día anterior. Quería deshacerme de todo ese trabajo lo antes posible.

Llamaron al umbral de la puerta ya abierta.

Levanté la vista y vi a Sarah, todavía con el abrigo puesto. "Buenos días, no sabía si te vería hoy. Tengo un montón de mensajes para ti. Te los traeré dentro de un rato".

Asentí con la cabeza. Y volví a ordenar mis correos electrónicos. Al menos podía delegar la mitad de ellos y reenviárselos a Kyle, al fin y al cabo esta era su oficina regional, aunque yo estuviera aquí. De los que quedaban, un buen tercio eran correos basura que podía ignorar o borrar.

No había prioridades, así que empecé por la primera.

"Aquí están tus mensajes, ¿es un buen momento?" preguntó Sarah.

Asentí y cogí las notas que había anotado en el teléfono.

Me los entregó de uno en uno. "Su abogado no ha podido ponerse en contacto con usted, por favor llámele lo antes posible. Kyle Manning está fuera de la ciudad por una conferencia y le

gustaría que le llamaras para organizar una videoconferencia en su lugar. Kathleen McDonald necesita algo de contabilidad, pero me han dicho que tú o Kyle debéis aprobarlo y Kyle está fuera de la ciudad".

"¿Eso es todo?", le pregunté, esperando más.

"Todos los demás dijeron que te enviarían un correo electrónico", respondió señalando mi ordenador.

Esto explicaba todos los correos electrónicos de aquella mañana.

"Gracias, ya me estoy ocupando de ello. ¿Tienes el número de Marcel Grimes?" pregunté.

"El nombre me resulta familiar, así que es probable. Si no, lo buscaré. ¿Te aviso?"

Asentí con la cabeza.

Llamé primero a Kathleen. "¿Me necesitas?"

"¿Te encuentras mejor?", preguntó.

Empecé a replicar que me encontraba bien, pero entonces me di cuenta de que probablemente eso era lo que Sarah le había dicho a Kathleen cuando le preguntó dónde estaba.

"Sí, mejor. ¿Qué puedo hacer por ti?"

Explicó que necesitaba las cifras trimestrales no publicadas para hacer algunas comparaciones comerciales y que no podía esperar a las cuentas para confirmarlo todo. No tenía intención de publicar cifras definitivas, pero necesitaba ver cómo se comparaban las últimas proyecciones de marketing con las previsiones.

"No divulgarán esta información sin tu autorización o la de Kyle. No quiero esperar una o dos semanas por los resultados. Me gustaría hacer mi análisis lo antes posible".

"Me ocuparé de ello", le aseguré.

Llamé a Sarah y me contestó: "Lo siento, sigo buscando ese número".

"De acuerdo. Pásame las cuentas", le dije.

Después de ocuparme de las necesidades de Kathleen, pasé a lo que necesitaba Kyle. Como no quería ocuparme de él, me di cuenta de que ya no tenía ningún otro trabajo del que ocuparme. Estaba en condiciones de retirarme del trabajo a tiempo completo y convertirme en consultor.

No necesitaba una oficina y un asistente, aunque me gustaba tenerlos. Siempre me permitía estar muy organizada para poder concentrarme en otras cosas.

¿Qué haré cuando me jubile? Y entonces el pensamiento de Mila y Luke volvió a mi mente. No había pensado en ninguno de los dos, ni en ser padre durante todas las horas que había estado ocupado.

Llamé a mi abogado. Me puso con uno de sus socios, Miles Bell.

"Sr. Owens, gracias por ponerse en contacto con nosotros. Fue difícil contactar con usted ayer",

dijo Miles.

"Sí, no me di cuenta de que estaría ilocalizable".

"¿En qué podemos serles útiles?" Hablaba en plural. Entendí que significaba que estaba allí en representación de todo el bufete y que lo que decía era lo que diría cualquiera de su despacho. Su intención era tranquilizarme, pero no me gustó.

"Ha surgido una emergencia y necesito cambiar algunos aspectos de mi fondo y los nombres de los beneficiarios", le dije.

"Oh, parece que deberíamos concertar una cita para ver todos los aspectos a los que esto podría afectar", dijo.

"Sí, además necesitaré su despacho para programar una prueba de paternidad". Le di la información de contacto de Mila antes de darme cuenta de que ya no tenía teléfono. "Tendrá que ponerse en contacto con el padre de la mujer. Actualmente no tiene un número de teléfono localizable".

Tras comunicarles toda la información pertinente sobre Mila y Daniel, acordamos que concertar una cita antes de tener los resultados de la prueba sería una pérdida de tiempo. Si Mila hubiera cooperado y se hubiera hecho la prueba a tiempo, podríamos habernos citado ya la semana siguiente.

"Genial, procedamos así entonces. Estoy considerando dejar el País por un tiempo considerable y quiero que todo esto se resuelva antes de irme."

"¿Ha presentado la madre alguna reclamación por alimentos? ¿Deberíamos estar preparados para algo así?"

"No, no lo hizo. Es demasiado orgullosa. Sin embargo, si la paternidad resulta positiva, tendré que preparar un cheque de pensión alimenticia. No quiero que mi hijo sea criado por una madre en apuros".

"¿Y la custodia?"

"¿Custodia?" No había pensado en eso. No sabía qué pensaba exactamente. Todo lo que sabía era que Luke era mi hijo y que Mila había pasado los últimos años luchando. "Supongo que debería pensarlo. Dejemos ese tema de lado por ahora. La madre tiene la custodia".

"Nos encargaremos de que se haga esa prueba. Y nos pondremos en contacto con otros abogados especializados en la materia. Nos aseguraremos de que intervenga alguien muy fiable".

Terminamos la llamada sabiendo que, en adelante, todo dependería de los resultados de la prueba de paternidad. Mila tenía razón, no necesitaba una prueba para saberlo. Sin embargo, había millones de dólares en juego y yo no iba a permitir que las decisiones sobre mi patrimonio se basaran en otra cosa que no fuera una prueba legal.

No había cogido el teléfono en más de un minuto cuando sonó Sarah: "He encontrado a Marcel Grimes. ¿Quieres que llame a su oficina?"

"Sí, pásamelo cuando lo encuentres".

Unos cinco minutos después volvió a sonar mi teléfono. "Owens", dije contestando.

"Por favor, espere al Sr. Grimes", dijo la recepcionista con un acento muy marcado. No tenía que hablar inglés muy a menudo.

"Chandler Owens, ¿por qué me has llamado?" La voz de Grimes sonó fuerte y clara, como si estuviera en la habitación conmigo.

"Marcel, ¿cómo es la vida en el otro lado del mundo?"

Dimos vueltas al tema con nuestro típico enfoque, charlando un poco. Le conté cómo me había ido de Zúrich y cómo le iba a su predecesor ahora que yo ya no estaba allí para guiarle. Luego le conté lo que estaba haciendo en aquel momento.

"Pareces aburrido", dijo.

"Efectivamente. Estoy pensando en jubilarme y hacerme consultor. Pero me apetece seguir viajando", admito.

"¿Te gustaría venir aquí? Sudamérica es un mercado próspero y en crecimiento. Buenos Aires es una ciudad sin comparación".

"Acabo de pasar tres años en Europa, ¿de verdad crees que Buenos Aires... ".

"He pasado la mayor parte de mi vida en Europa, Chandler, cuando digo que este lugar es genial, sé de lo que hablo. Si quieres venir aquí, confía en mí".

"El Grupo Wilson no está presente en Argentina", señalé.

"Quizá haya llegado el momento de abandonar el nido del Grupo Wilson. Hay otras empresas ahí fuera que apreciarían tus habilidades".

"¿Me estás haciendo una oferta?" Habría aceptado cualquier propuesta que viniera de Grimes: conocía sus empresas y me conocía a mí.

Se rio entre dientes. "No tengo nada que ofrecer, pero apuesto a que podría encontrarte algunas oportunidades. Dame una fecha en la que estarás aquí y tendré a alguien listo para hacerte una oferta".

Dejé escapar un largo suspiro. Dejar este lugar, cambiar de empresa, parecía una buena idea. Salir de la ciudad y alejarme de mis problemas, era muy tentador.

"Tal vez lo haga. Iré a verte. Nunca he estado allí".

"Organizaré algo. Dime una fecha y quedamos", dijo Grimes.

Necesitaba arreglar las cosas con Mila antes de abandonar el País de una vez por todas. Sin embargo, nada me impedía pasar un largo fin de semana fuera.

"Te enviaré los detalles por correo electrónico", dije, terminando la llamada.

"Sarah", dije por el intercomunicador. "Organiza un viaje a Buenos Aires para la próxima semana."

MILA

"Toma, deja que te ayude". Papá empezó a limpiar la mesa y a pasarme los platos.

Ya había acostado a Luke y volví a la cocina para terminar de limpiar. Me sorprendió que papá siguiera despierto y en la cocina. Normalmente se encerraba en su despacho después de cenar o salía a algún bar, al menos cuando sus amigos no venían a ver el partido.

"Gracias", dije. No estaba segura de qué más podía decir. Hacía días que no me hablaba, desde que le había confesado que me había interrogado el FBI y que Chandler era el padre de Luke.

Todavía no estaba segura de por qué estaba más enfadado conmigo.

"Estás luchando de verdad, ¿no?", preguntó.

Cerré los ojos y asentí. Se me revolvió el estómago. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Era éste el momento? ¿Era éste el discurso en el que me decía que me fuera?

"No te lo he puesto muy fácil…"

Me mordí el interior de la mejilla. No me volví para mirarle a la cara. Abrí el grifo del agua caliente y empecé a fregar los platos. ¿Cómo podía responder a aquella pregunta? Si hubiera dicho que no, habría mentido. Si hubiera dicho que sí, habría tenido algo más por lo que enfadarse.

"No tienes que responder. Sé que sí", dijo al final.

Sentí que mis hombros se aflojaban de la tensión, pero mi estómago seguía preso de la ansiedad.

"Fui duro contigo. Pensé que era lo que hacía falta para que reaccionaras y siguieras adelante".

Todavía estaba de espaldas a él, así que no me vio abrir la boca para responder.

"Pero me doy cuenta de que no es así. Te he llevado al límite de tu resistencia. Estás luchando por cumplir con las exigencias que te he hecho y esto es demasiado".

Me volví hacia él, con la mandíbula desencajada. No tenía nada que decir, pero por fin pareció comprender que todo aquello era demasiado.

"Hago lo que puedo, papá", confesé.

"Ahora me doy cuenta. Quizá si hubiera estado un poco más presente, podrías haber confiado en

mí. Podría haberte ayudado, haberte dicho que no te preocuparas por aceptar un segundo trabajo. Si me hubieras pedido consejo te habría dicho que ese trabajo parecía extraño. Y cuando me pregunté por qué no me lo pediste ni me lo dijiste, me di cuenta de que la confianza es cosa de dos. Te debo una disculpa".

Me quedé mirándole. *¿De verdad se estaba disculpando mi padre?*

"No sé qué decir", admití. No iba a ignorarlo y decir que no era un problema, porque lo era.

"Dije que estaría aquí para ti y tenía la ilusión de que estar en la casa, junto a ti, también significaba eso. Estaba físicamente presente, pero no emocionalmente".

"Estabas aquí por Luke.

"Tal vez, pero no para ti. Cuando tu madre se quedó embarazada...".

"Conozco la historia, papá. Ibas a casarte con ella de todos modos, así que es diferente. Lo sé."

"No, no creo que lo sepas todo", dijo papá.

"Los padres de mamá la habrían echado de casa si no me hubiera casado con ella. No habría recibido ningún tipo de apoyo por su parte".

"Lo entendí, tenías que casarte o la abuela habría dejado de hablarle".

"Teníamos que casarnos o su padre habría impedido que su madre le hablara. La habría aislado completamente de su familia. Mis padres querían que esperáramos. Estaban a favor de que viviéramos juntos y te criáramos, y de que nos casáramos más tarde", dice.

"Siempre pensé que los abuelos también querían que te casaras", confesé. Me sorprendió saber que no eran ellos los que habían presionado para casarse.

"Bueno, apoyaban cualquier decisión que tomáramos. Sin embargo, pensaban que casarse demasiado pronto no era la mejor idea. Y eso es exactamente lo que ocurrió al final.

Estaba pálido y temblaba. "Mila, habrías sido criada por una madre soltera y luego, cuando murió, puesta al cuidado de trabajadores sociales si su padre no nos hubiera obligado a casarnos. Me gusta pensar que me habría quedado con ella, pero la realidad es que no. Al cabo de unos dos años, quise marcharme. Las cosas se habían puesto difíciles. Encontrar trabajo era complicado, necesitabas atención constante. Me planteé seriamente marcharme. Lo habría hecho si tu madre no hubiera caído enferma".

"¿Nos habrías dejado?" Me senté. Papá - que siempre hacía lo correcto, me apoyaba cuando a nadie más le importaba o cuando yo quería rendirme - casi nos había abandonado a mí y a mi madre. No me lo podía creer.

"Eso no es propio de ti", le dije.

"Lo hice… pero no pude aguantar más de veinticuatro horas. Tu madre pensó que iba a una entrevista fuera de la ciudad. No había planeado volver a casa aquel día, pero entonces me di cuenta de que nunca volvería a ver tu carita. Me di cuenta de que solo estaba haciendo las cosas más difíciles para tu madre. Claro, habría sido más fácil para mí, pero no era justo, ¿verdad? Volví a casa buscando otra salida".

Le miré y apenas podía creer lo que estaba oyendo.

"Yo también te he hecho las cosas más difíciles. Te dije que estaría aquí para ayudarte, para apoyarte, pero en vez de eso he estado ausente".

Asentí con la cabeza. Había criado a Luke yo sola y había tenido que lidiar con papá y su mal humor cuando recordaba lo decepcionante que era.

"Traicioné la promesa que le hice a tu madre".

Suspiré. Conocía la historia que me había contado cuando era pequeña, cómo le había pedido que cuidara de mí, que nunca me dejara olvidar lo mucho que me quería. Apenas la recordaba, pero tenía el recuerdo de ella, en la cama, pidiéndole a papá que cuidara de mí. Yo dormía, acurrucada a su lado. Escuchaba esa historia tan a menudo que me parecía un recuerdo.

"¿Crees que podrías prestarme el dinero para pagar la guardería?". Me retorcí un poco al preguntar. "Mi próxima paga apenas me alcanzaría".

Me hizo un gesto seco con la cabeza. "La guardería es un buen punto de partida. No hace falta que pidas un préstamo. Yo lo pagaré. Me lo puedo permitir. Debería habértelo ofrecido antes. Pensé que exagerabas cuando me dijiste cuánto costaba".

"Nunca he mentido sobre lo caro que es. Básicamente trabajo para pagarlos".

"Ahora lo sé. Podríamos tomarnos una tarde, sentarnos aquí y hacer cuentas de tus gastos. Estaba pensando que tendría más sentido que yo cuidara de Luke mientras tú consigues un trabajo a tiempo parcial para no tener que pagar la guardería. Como has dicho, trabajas para pagarles. ¿Has pensado alguna vez en trabajar para ellos? Tal vez podrías conseguir un descuento".

Negué con la cabeza. "No sé nada de trabajar con niños, pero tampoco es la peor idea".

Dan asintió: "Y luego deberíamos hablar de tu otro problema".

"Sí, de la investigación. Lo sé. Nadie me ha devuelto la llamada. Le di al agente Klein mi nuevo número, pero no sé qué hacer. No sé cómo podré pagar un abogado".

"No tienes que preocuparte por eso. Tengo un grupo de abogados en el trabajo que ya están buscando a alguien para ti".

"¿Por qué haces esto? Quiero decir, ¿por qué ahora?". Parpadeé con fuerza, sin ganas de llorar, pero necesitaba ayuda con tanta urgencia que sentí que podía volver a respirar.

"Puede que me lo haya pensado un poco, pero... Mila, eres tan valiente y trabajas tan duro. Te has enfrentado a todo tú sola. A pesar de que has sabido todo el tiempo quién es el padre de Luke - no un pobre camarero que no habría podido ayudarte aunque hubiera sabido lo de Luke, sino un hombre que tenía los medios a su alcance para hacerte la vida más fácil - y te has encargado tú sola de afrontarlo todo. Podrías habérselo dicho a Chandler, demandarlo para recibir la manutención, pero no lo hiciste. Enfrentaste la situación de pecho. Ese es el comportamiento de una persona de la que no deberías avergonzarte. Yo hice todo al revés. Debería haberme avergonzado por mis acciones, no por las tuyas. Lo siento".

No dije nada, me quedé sentada un momento. Empezaron a caer lágrimas. Abracé a mi padre,

estrechándolo contra mí, y él hizo lo mismo. Esto no borró los últimos tres años, pero sin duda hizo que fuera mucho más fácil seguir adelante. Contar con el apoyo de papá significaba todo. Contar con ayuda económica significaba lo mismo.

Le dejé y me senté. No podía levantarme de mi aturdimiento. "Gracias."

"Ahora tengo que preguntar: ¿qué planeas hacer con Chandler?"

Respiré hondo. Tarde o temprano iba a tener que vérmelas con él.

"Me ha dicho que quiere hacerle una prueba de ADN a Luke. Estoy de acuerdo, pero tiene que organizarlo él. No voy a hacer el trabajo por él, no soy su asistente personal. Supongo que llamará a un abogado o algo así".

"¿Le diste tu nuevo número de teléfono?"

Sacudí la cabeza. No veía ninguna razón para ponerle las cosas fáciles.

CHANDLER

Cuanto más miraba por la ventana, más odiaba la vista. Árboles, arbustos, el camino de entrada de los vecinos lleno de coches. Tenían un garaje para tres coches, ¿por qué nunca metían ninguno?

El hielo había dejado de tintinear en mi vaso horas antes. Estaba oscuro y así seguía, no se oscurecía cuando la ciudad se iba a dormir y se apagaban las luces. Mi barrio, en el corazón de los suburbios, seguía igual. Me quedé mirando por la puta ventana esperando un milagro.

Ser capaz de tomar decisiones era mi punto fuerte, o lo había sido hasta que me enfrenté a esta situación. Ganar dinero era fácil. Y antes de conocer a Mila, pensaba que la gente también lo era. Ahora tenía un hijo y no pasaba nada. Nada avanzaba. Mi vida estaba *estancada*.

No podía obligar a Mila a hacerse una prueba de ADN para Luke a menos que acudiera a los tribunales. Mi abogado ya me había dicho que, a menos que fuera a demandar la custodia, el tribunal vería mi curiosidad sobre la paternidad del niño como una pérdida de tiempo. Desde el punto de vista jurídico, según ellos, era curiosidad. Era la cosa más estúpida que había oído nunca.

Al contrario, desde el punto de vista de la ley, necesitaba saberlo para poder hacerle mi heredero, para poder crear fondos y cuentas a su nombre. No iba a pagar la universidad de otro niño nacido por culpa de un preservativo defectuoso. Pero no podía obligar a Mila a aceptar mi dinero si no lo quería.

¿Cómo coño podía no querer mi apoyo? Era obvio que debía haber sido duro para ella. Sin embargo, no se había vuelto a saber de ella, ni siquiera después de mi regreso.

Me estremecí cuando el vaso se me cayó de la mano y se estrelló contra el suelo. Por alguna extraña razón, aquella oscura noche se había convertido en el crepúsculo del amanecer. Evidentemente, debía de haberme dormido en algún momento. Recogiendo el vaso roto, me quedé pensando en el obstáculo que se interponía en mi futuro.

Tenía un hijo. ¿Y ahora qué demonios iba a hacer?

Horas después me desperté en la cama. La luz del sol se filtraba por las cortinas de mi habitación y alguien me estaba llamando al móvil. No importaba que lo hubiera puesto en modo silencioso, la vibración hacía un ruido infernal.

"Sí, ¿qué pasa?" Conseguí gritar mientras me lo acercaba a la oreja.

"Sé que tenemos husos horarios diferentes, pero no estás tan atrasado como para seguir en la cama. Yo estoy disfrutando de mi almuerzo, tú deberías estar ocupado haciendo planes. ¿Por qué estás durmiendo?" preguntó Grimes. Su tono oscilaba entre la burla y el reproche.

Me incorporé y me pasé una mano por la cara en un intento de despertarme más rápido.

"Grimes, ¿por qué me estás tocando las pelotas?"

"Pierdes el tiempo, Chandler. Los adolescentes y las amas de casa duermen hasta tarde. ¿Estás enfermo? ¿Por qué estás en la cama?"

Le comenté que tenía un pequeño problema que aclarar antes de poder mudarme definitivamente". No había entrado en detalles, pero le había dicho que era incapaz de dar el salto y trasladarme como había hecho en el pasado. "Por desgracia, tengo las manos atadas hasta que la otra parte haya completado lo que necesito".

"Entonces ya deberías estar despierto y vigilándolos hasta que hayan completado su tarea".

"¿Para eso me has llamado? ¿Para decirme que no voy lo suficientemente rápido o por una razón real?" Gemí. No estaba de humor para dejar que nadie, especialmente Grimes, husmeara en mi vida. No era como si Mila fuera a escucharme si volvía a llamar.

Todas mis llamadas anteriores habían ido al buzón de voz. No me había bloqueado, así que mi mejor suposición era que el FBI aún tenía su teléfono. Por supuesto, si quería hablar en serio, tendría que dejar a un lado mi orgullo, arriesgarme a recibir otro puñetazo en la cara y presentarme en su casa.

"Te he llamado porque quería comprobar tus progresos. Mi ayudante ha encontrado un piso perfecto, pero aún no estás listo para firmar el contrato".

"No, aún no estoy listo para alquilar nada. Veré si puedo acelerar las cosas durante esta semana. Quiero salir de aquí lo antes posible".

Después de una serie de juicios no especialmente desafiantes sobre mi idoneidad para puestos directivos, no estaba seguro de si estaba bromeando o no. Tenía un historial de éxitos, pero eso no le importaba a alguien como Marcel Grimes. Un simple error, aunque fuera imaginario, y su opinión podía cambiar.

Terminó la llamada. Me quedé mirando el teléfono. Quizá si le hubiera confiado mi situación, no habría sido tan duro. Sin embargo, la severidad y el ir directo al grano eran las características que hacían de Grimes un gran hombre.

Era hora de dejar de joder. Mila tenía que llevar a Luke a hacer la maldita prueba. Eso significaba que tenía que ducharse y vestirse antes de aparecer en su puerta.

Cuando me detuve no vi su coche, pero sí el de Daniel. Más me valía afrontarlo de una vez por todas. Llamé al timbre y bajé los escalones de la entrada. No había necesidad de estar en la línea directa de fuego cuando abriera la puerta.

"*¡Fuera de mi propiedad!*", despotricó Daniel en cuanto me vio.

Levanté las manos y di un paso atrás, manteniendo la distancia entre nosotros. "¿Puedes darme

un respiro o incluso hacer las paces? Vamos, hombre, ¿me das una oportunidad?"

"¿Una oportunidad de hacer qué? ¿Arruinar aún más la vida de Mila?". Cruzó los brazos e hinchó el pecho.

Daniel no era un hombre imponente, pero estaba en forma. Aunque ya había entrado en la madurez. Dudo que pudiera vencerme si llegara a los golpes. Sin embargo, sabía *cómo* golpear. La marca de mi mandíbula tardó días en desaparecer.

"No estoy aquí para pelear contigo".

Él gruñó en respuesta. Eso fue suficiente para mí.

"¿De verdad crees que habría abandonado a Mila si hubiera sabido lo del bebé?".

Otro gruñido.

"Mira, la creo cuando dice que es mío. Pero necesito hacer unos trámites legales y no puedo hacerlo hasta que ella me envíe la prueba de paternidad. ¿Podrías al menos hablar con ella y convencerla de que lo haga?". le pregunté.

"¿Qué tipo de asuntos legales?"

"Pagar la manutención de los hijos e incluirlo como miembro en la sucesión de mi patrimonio. Ese tipo de cuestiones legales. Si tienes miedo de que te demande por la custodia, ese no soy yo".

Parecía morderse el interior de la mejilla y movía la mandíbula de un lado a otro mientras pensaba. Al cabo de unos largos instantes de mirarse fijamente, empezó a hablar.

"Si hubieras sabido lo de Luke, ¿cómo habrían ido las cosas? ¿Te habrías casado con Mila?"

¿Casarme con Mila? Le tenía cariño, pero no creía que tuviéramos ese tipo de relación. Habíamos estado juntos por diversión, no con una perspectiva de futuro.

"Sinceramente... probablemente no. Sin embargo, habría estado más presente. Habría vuelto durante mis vacaciones para verla a ella y al bebé. Te aseguro que me habría asegurado de que tuviera un coche mejor para desplazarse. Y si hubiera insistido en trabajar, le habría pagado la guardería en el mejor sitio. No habría tenido que esforzarse y buscar otro trabajo".

Levanté las manos en un gesto de derrota, con las palmas hacia arriba y los dedos abiertos. "No la habría dejado sola de haberlo sabido. No soy esa clase de hombre".

"¿Dónde has estado la última semana? Si no eres esa clase de hombre, ¿por qué no has aparecido con todas las cosas que dices que quieres darle?".

"Hazle una prueba de ADN, Daniel".

"La habrías apoyado sin necesidad de una prueba de ADN cuando estaba embarazada. ¿Por qué exigir la prueba ahora?"

Era una pregunta justa.

"Como nos veíamos con regularidad en aquella época, habría sido lo correcto. Y habría pedido la confirmación de la paternidad una vez nacido el bebé. En cambio, solo lo descubrí después de

casi tres años, así que ¿cómo puedo saber lo que hizo Mila mientras tanto?".

Daniel dio un paso amenazador hacia delante. Yo di un paso atrás.

"Si lo piensas, es lógico. Dime que tú no harías lo mismo".

"Los dos no nos parecemos en nada. Me casé con la madre de Mila cuando se enteró de que estaba embarazada', gruñó.

"Fue diferente para ti. Estabas realmente enamorado de ella".

"¿Me estás diciendo que no estabas enamorado de Mila?"

"Eso no es lo que había entre nosotros".

"No estabas enamorado de ella, pero no tuviste ningún problema en acostarte con ella y dejarla embarazada".

Cuanto antes se diera cuenta de todo, antes podría ayudarme. Asentí y esperé.

"Venga, hombre. A ver si me ayudas, que Mila mande la prueba y así lo sabremos seguro. Si el bebé es mío".

"Su nombre es Luke".

Asentí con la cabeza: "Luke. Si Luke es mi hijo, me aseguraré de que Mila tenga todo lo que necesite".

"¿Pero no repararás el daño hecho a su reputación y te casarás con ella?"

"Vives en la Edad Media, Daniel. Diablos, cuando Mila nació tus padres no estaban tan obsesionados, solo te mudaste porque la familia de tu esposa te obligó. Mira, las cosas deberían ser muy diferentes entre Mila y yo. Además del hecho de que ella no me habla y no tengo idea si ese bebé... Luke es realmente mi hijo. Ayúdame."

"Si te ayudo, debes aceptar pasar tiempo con él. Es un buen niño, deberías conocerlo", me dijo, casi suplicándome.

"¿Eso es todo? ¿Pasar tiempo con un niño de dos años? ¿De qué vamos a hablar? ¿De fútbol?"

"Madura, Chandler. Siempre pensé que eras una buena persona, demuéstralo. Pasa algún tiempo con Luke y me aseguraré de que Mila envíe esa prueba".

MILA

Nos sentamos en el suelo. Chandler parecía incómodo y malhumorado. Me divertía verlo tan incómodo.

"¿Por qué sonríes?", refunfuñó a papá.

Estaba cómodamente sentado en su sillón reclinable.

"Fuiste tú quien dijo que quería conocer a su hijo", le recordé. Me fulminó con la mirada.

Sospechaba que no sabía exactamente qué había pasado entre papá y Chandler. Todo lo que sabía era que ahora se estaban confabulando contra mí y que tenía que portarme bien con Chandler. De acuerdo. Lástima que no iba a dejar que Chandler estuviera a solas con Luke.

No lo conocía y tuve la sensación de que Chandler no sabía cómo interactuar con un niño de dos años. Luke sabía algunas palabras, pero no muchas, y la mayoría de lo que decía no era nada comprensible. Y aún no había aprendido a usar el orinal. ¿Sabía Chandler cambiar un pañal?

"Sí, ya lo he dicho". Por la forma en que pronunció esas palabras y la manera en que miró a mi padre, sospeché que había algo más entre ellos. Podían tener sus secretos. Yo, desde luego, tenía los míos.

Así que mientras estaban incómodos, físicamente en el caso de Chandler y emocionalmente en el mío - era tan difícil sentarse allí y no enfadarse o llorar - Luke se divertía. Tenía la atención de todos, así como juguetes nuevos.

Chandler había llegado con un regalo para Luke. Más figuras de animales. Y estas eran de las buenas y resistentes.

"Oye, Luke, no te los comas". Chandler alargó la mano en un intento de apartar la figurita de la nueva jirafa del niño.

Luke se encogió de hombros con una risita. Yo suspiré.

"Estas son las mejores versiones, no debemos temer que se rompan trozos. Tiene la costumbre de masticar mucho las cosas que le gustan. Es normal", le dije a Chandler.

"Luke, cariño, no masticamos juguetes. ¿Recuerdas que te lo dije?" Extendí la mano por el suelo y le arrebaté la figurita de la mano y la boca. Estaba llena de babas. Me levanté y llevé la criatura a la cocina para enjuagarla.

"¿Simplemente se mete cosas en la boca?" Chandler parecía preocupado.

"Sí. Todavía está descubriendo el mundo que le rodea. No lo mastica todo, solo lo que más le gusta", le expliqué.

"Es como un perrito", dijo papá.

"Papá, no compares a Luke con un perrito".

"Un cachorro de hombre, tal vez", volvió a decir, riendo entre dientes.

No sé adónde iba, pero una vez en pie no dijo nada y salió de la habitación. Para ser sincero, no me di cuenta de su ausencia durante casi una hora, ya que mi atención estaba puesta en Luke y Chandler.

Luke empezó a ponerse nervioso, quejica y gruñón.

"¿Qué le pasa?" Chandler preguntó.

Me encogí de hombros. "¿Por qué no se lo preguntas?".

Chandler parecía tan desconcertado como para hablar con Luke de otra cosa que no fuera la repetición de nombres de animales. "¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan nervioso de repente?", dijo en voz alta, con bastante dureza.

No culpé en absoluto a Luke cuando rompió a llorar y se arrastró hacia mis rodillas.

Chandler levantó las manos en el aire. "¿Qué he hecho?" Se levantó. "¿Tu hijo es siempre así de sensible?"

Le miré. "También es *tu* hijo y sí, es un niño sensible que está cansado e irritable y le has hablado como si fuera un problema. No se puede hablar así a los niños".

"Fuiste tú quien me dijo que se lo pidiera".

"Mira, aprende", le dije a Chandler. Volví a centrar mi atención en Luke. "Tienes hambre, ¿quieres macarrones con queso?"

Luke levantó el labio inferior y negó con la cabeza.

"¿Qué tal unos nuggets de pollo?"

Luke asintió.

Miré a Chandler. Esperaba que mi expresión de ojos abiertos y labios apretados indicara ‘te lo dije’, porque eso era lo que estaba pensando.

"No es justo. Sabías qué preguntar, indujiste su respuesta". Chandler parecía totalmente molesto de que la interacción con Luke no fuera tan fácil como obviamente había esperado. Probablemente pensó que se presentaría y diría algo como: ‘Hola chico, soy tu padre’ y esperaría que Luke le halagara. Un vínculo mágico entre padre e hijo.

Levanté a Luke de mi regazo.

"Aquí." Chandler extendió las manos y agarró a Luke.

No oí lo que dijo mientras me levantaba. Tenía la cabeza hundida y la voz suave y profunda. Luke se chupó el labio y asintió. Se dirigieron a la cocina, precediéndome.

Luke señaló la trona. Chandler se quedó mirándola y luego colocó a Luke en ella. Forcejeó con el estante, pero consiguió averiguar cómo deslizarlo dentro. "Ves, estoy aprendiendo".

Así que Chandler siguió mejorando. Prestó atención a cuántos nuggets de pollo preparar, tres. Y cuánto tiempo cocinarlos en el microondas.

"¿No se cocinan en el horno?".

"No, no sabe la diferencia y el horno tardaría demasiado. Yo cojo las que ya están precocinadas".

El microondas emitió un pitido. Saqué el plato y toqué la parte superior para comprobar si estaban calientes. El plato siempre estaba más caliente que las croquetas. Mientras lo hacía, le expliqué lo que estaba haciendo. Me había acostumbrado a contarle a Luke todo lo que hacía; parecía natural hacer lo mismo con Chandler. Tenía que aprender lo que yo hacía. No se me ocurrió mejor manera que explicárselo mientras lo hacía.

"Apenas están calientes", observó Chandler cuando le hice probar las croquetas.

"Si están demasiado calientes, Luke puede quemarse. Tienen que calentarse sin estar congelados por dentro y sin estar demasiado calientes por fuera".

"Hay que pensar en muchas más cosas de las que pensaba".

Me reí de su confesión. No tenía ni idea.

"Gracias", dijo Chandler mientras se preparaba para irse. Habíamos dado de comer y cambiado a Luke y Chandler le había leído un cuento antes de dormirlo. Chandler me observó todo el tiempo. "Todavía tengo mucho que aprender, ¿verdad?".

Asentí con la cabeza.

"¿Puedo volver el sábado?"

Su pregunta me sorprendió. Cualquiera que fuera el trato que había hecho con papá, pensé que era este: solo esa mañana. Me quedé mirando a Chandler durante un largo rato. Necesitaba pensar. Quería que Luke conociera a su padre, siempre lo había deseado. Sin embargo, debido al dolor del abandono, me había guardado a Luke para mí.

Ese secreto ya *no* era un secreto. No se me ocurría otra razón para mantener a Chandler alejada de Luke que mis sentimientos. Y sabía por hechos pasados que no podía confiar en mis sentimientos para tomar las decisiones más inteligentes.

Asentí: "Creo que a Luke le gustaría".

La siguiente vez que Chandler apareció, no trajo un regalo para Luke, sino uno para mí. Entró por la puerta llevando una pila de libros. De cada libro brotaban los marcadores de algunas notas adhesivas. "He comprado algunos libros. Tengo preguntas".

Nos sentamos juntos en el suelo y jugamos con Luke y sus mascotas mientras Chandler hojeaba un libro tras otro, deteniéndose en un artículo marcado y pidiéndome información.

Me preguntó todo, desde el historial médico de Luke, si le había dado el pecho, cómo funcionaba su sistema inmunitario, si estaba al día con sus vacunas, cuáles eran sus comidas favoritas y si le daba suficientes verduras. ¿Cuál era el grado de desarrollo de Luke? ¿Estaba en consonancia con los niños de su edad, se había quedado atrás o estaba más desarrollado que otros?

Chandler había pasado de apenas darse cuenta de que yo tenía un hijo, a ignorarnos una vez supo que Luke era suyo, a preocuparse por completo de su salud. Tuvo cierto efecto en mí. No sabía si papá, que me estaba ayudando a criar a Luke, estaba al tanto de la mayor parte de esta información.

Incluso después de comer - que incluía palitos de zanahoria por insistencia de Chandler - y de la siesta, Chandler se quedó y siguió haciéndome preguntas. ¿Cómo era el día típico de Luke cuando estaba en la guardería? ¿Las cosas se desarrollaban de forma diferente los fines de semana?

Cuanto más nos visitaba Chandler y más tiempo pasaba con nosotros, más a menudo aparecía en nuestra puerta. Todas las mañanas que no estaba trabajando en el locutorio, él estaba allí. Cada vez más a menudo se quedaba un rato después de que Luke se hubiera ido a la cama para hablar.

Luke aún no había llegado al punto de preguntarse "¿Por qué?". Yo le esperaba en los próximos años. Haría preguntas y me pediría que se lo explicara todo. Me parecía que Chandler había llegado pronto a esa fase por Luke. Me sentía bien siendo la experta por una vez. Tenía que recurrir a mí para obtener las respuestas.

"¿Cómo es cuando se despierta?", preguntó Chandler.

Me encogí de hombros. "Depende. Si no se encuentra bien, lo verás malhumorado, o si está a punto de ponerse enfermo, puede parecer más pegajoso o mimoso. El crecimiento también puede hacer que quiera más mimos. Otras veces se despierta y quiere correr y gritar. En ese caso, le llevo al parque para que libere todo ese exceso de energía".

"¿Le gusta el parque? ¿Puedo ir yo también?"

"Claro que puedes". Incliné la cabeza hacia un lado y le miré. "¿Por qué ese repentino interés en participar en las actividades de Luke?".

Chandler se recostó en la silla y se pasó las manos por el pelo. "En realidad, no estoy seguro. Estoy tratando de procesar toda la situación. Aún la estoy entendiendo, pero a medida que paso más y más tiempo con vosotros dos, me doy cuenta de que no es algo que pueda ignorar."

"Hay muchos hombres que hacen eso. No pasan tiempo con el niño, pagan la pensión y ya está".

"Yo no soy así, Mila. Tú lo sabes".

Esta vez le miré intensamente. *¿Lo sabía?* ¿Realmente quería darle la oportunidad de demostrarme cómo sería como padre? Me mordí el interior del labio. Había sido buena haciéndome la víctima todo este tiempo, cuando la verdad era que no le había dado una oportunidad a Chandler. Había pensado que sería un gran padre y ni siquiera se lo había dicho.

CHANDLER

Miré a Mila con ojos nuevos. Siempre había sido guapa, pero ahora había algo más en ella. Había madurado, pero al mismo tiempo estaba visiblemente agotada. Hacía todo lo posible para que a su hijo no le faltara de nada, además de darle el cariño y la atención que eran más que visibles en su forma de ser.

No tenía tiempo ni necesidad de mis tonterías. Ya no seguía ciertos partidos.

No me extraña que estuviera agotada.

Desde luego, Daniel no había sido de ayuda en los últimos años. No había hecho nada cuando ella más lo necesitaba y yo estaba en otro continente, sin saber que me necesitaba. No volvería a ocurrir. Ahora sabía lo de Luke y me aseguraría de cuidar de los dos.

No podía pasar suficiente tiempo con ellos. Cada día era un recuerdo más que guardar, un punto sobre el que construir para cuando volviera la próxima vez. Me aseguré de crear un vínculo entre Luke y yo, algo que perduraría a lo largo de los años cuando volviera a verle.

Y la idea de que lo estaba arreglando todo para volver a dejar sola a Mila me vino directa como un puñetazo al estómago

Me paré en la puerta de la habitación que compartían Luke y Mila. La casa era más que lo suficientemente grande y Luke podría haber tenido su propia habitación. Tal vez fuera simplemente el resultado de cómo Daniel había manejado las cosas en cuanto se enteró del embarazo de Mila. Si me lo hubiera permitido, la habría dejado quedarse en mi piso mientras yo estaba fuera. De aquella manera habría tenido pleno control de su situación.

Mientras Luke dormía, observaba cómo aquel pelo fino y delicado se le pegaba a la frente, cómo sus rasgos le hacían parecer un cuadro renacentista de un querubín. ¿Qué habitación de mi casa tendría que volver a pintar para adaptarla a un niño que ahora estaba creciendo? Quién sabe, Mila probablemente habría decidido pintar también la habitación principal. Habría tenido que buscar un pintor y un albañil para hacer esos cambios antes de irme.

"¿Qué haces?", preguntó Mila en voz baja.

Se había acercado tanto que ni siquiera me había dado cuenta. Sentí que era el momento adecuado para ponerle la mano en el hombro y acercarla a mí, así que lo hice. Puso su mano en mi estómago.

"Nunca te cansas de mirar a ese pequeñín, ¿verdad?".

"No, no me canso", dijo, llevándose una mano a la boca para callarse mientras se reía.

Maldita sea, me sentía tan bien en estar aquí con ella. Se sentía tan "bien".

"¿Cómo lo haces? Quiero decir, sé que debería irme, porque tengo trabajo atrasado que he estado evitando toda la mañana, y sin embargo no puedo dejar de mirarlo."

Ella respira con fuerza y suspira. "Esto es duro, Chandler. No puedo mentir. Cuando era pequeño, todo el mundo me decía que durmiera cuando él dormía para que yo pudiera descansar. Pero no podía. Me aterrorizaba pensar que si dejaba de vigilarle, le pasaría algo o me despertaría y pensaría que solo era un sueño".

"Una pesadilla, quizás".

Me dio un puñetazo. No fue fuerte, pero tampoco era una broma, iba en serio. "La pesadilla era todo lo demás, pero él nunca. Ni lo digas en broma".

"Así que me estás diciendo que si tuviera la oportunidad de hacerlo todo de nuevo...".

"No cambiaría nada. De hecho, no, probablemente habría sido más fuerte y te lo habría dicho, incluso cuando estabas haciendo las maletas para dejarme. Te lo habría dicho y no habría aceptado ese trabajo de oficina con Ward".

"¿Todavía nada nuevo de ese simpático agente del FBI?", pregunté.

Sacudió la cabeza. "Todo sigue pendiente". En ese momento pareció acercarse un poco más.

Tenía que irme, pero eso habría significado alejarme de este momento de paz. Era perfectamente consciente de que este sería uno de esos recuerdos que guardaría para siempre. Mila y yo nos llevábamos bien, estábamos cómodos y podíamos tocarnos sin sentir vergüenza. Luke dormía tranquilo y feliz.

Solté un gemido y Mila se apartó de mí. Aun así, conseguí mantener un brazo sobre su hombro.

"Creo que es hora de irse". Joder, no podía soportarlo. "¿Cenarás conmigo?"

"Sabes que puedes quedarte a cenar si quieres. La última vez papá y tú os pasasteis todo el rato discutiendo hablando de fútbol. De cualquier forma, sé que a Luke le encantaría que estuvieras aquí".

"¿Y tú? ¿Te gustaría tenerme cerca?"

Levantó la cara hacia mí. Le estudié mientras me observaba. Tenía la barbilla pequeña y puntiaguda que nuestro hijo parecía haber heredado. Y el modo en que sus ojos cambiaban de forma cuando sonreía, lo había heredado de ella.

Sus labios eran únicos y me sentí atraído por ellos como un electroimán encendido. Hacía meses que no la besaba. Apreté los míos contra los suyos y sentí como si tomara una bocanada de aire tras una zambullida en el mar.

Al principio no se movió. Dio un gemido y luego sus brazos se apretaron contra mi cuello. Yo hice lo mismo contra su cuerpo. Este era *su lugar*, donde debía estar y quedarse para siempre.

Fue un beso largo, lento y tierno. Sin embargo, el fuego de nuestra pasión se hizo sentir.

Cuando nos separamos, dejó escapar un leve suspiro. Seguía con los ojos cerrados. Saboreaba el beso igual que yo. Me lamí los labios, queriendo mantener su sabor grabado en mi memoria.

"No puedo quedarme esta noche. Ya estoy atrasado con algunos proyectos".

"¿Te mantienen ocupado en la oficina?" Se burló de mí.

"Yo soy el que se mantiene ocupado".

Mila no sabía que yo ya había dejado Wilson y que había estado trabajando en algunos proyectos de consultoría mientras esperaba a completar el traslado a Argentina. "Me gustaría invitarte a cenar. Tenemos que hablar". Me giré para poder mirar a Luke. "¿Crees que Daniel estaría dispuesto a hacer de canguro?".

"¿Te refieres al tipo de conversación que requiere atención absoluta?". Noté que hacía una mueca de dolor al tragar saliva forzadamente.

Asentí con la cabeza. Teníamos que tener una conversación seria y adulta sobre lo que pasaba entre nosotros, entre Luke y yo. Tenía una lista de cosas que hacer con ellos y tenía que proponerle que se mudara a mi casa cuando yo me fuera.

"Sí, necesitaré tu atención". Tuve que repasarlo todo con ella para que nada fuera una sorpresa cuando nos reuniéramos con el equipo de abogados y banqueros.

"No he tenido una cita en años. ¿Es esto que me estás pediendo? ¿Puede ocurrir que intentes besarme otra vez?". Su tono era alegre, pero al mismo tiempo apagado.

"Si prometes volver a besarme así, yo prometo besarte cuando te lleve a casa". La sola idea de volver a posar mis labios sobre los suyos hizo que se me oprimiera el pecho. "Tengo que irme. Voy a llegar tarde a una reunión".

"Eso no es propio de ti". Me ajustó la camisa en el pecho.

Su tacto hizo que me costara más marcharme. Agarré sus dedos con la mano. Tuve que cerrar los ojos contra la tentación de besarlos y me costó mucho.

"Te llamaré". Le solté la mano y me fui.

Asistí a la videoconferencia como confundido. Habían pasado demasiadas cosas entre Mila y yo como para ignorar su contacto. Era algo tan íntimo y familiar.

Me presenté en su puerta tres días después. Daniel tenía en los brazos a Luke cuando abrió la puerta. Luke me tendió la mano. Lo cogí en brazos mientras Daniel me lo entregaba y lo seguía. Las mascotas de Luke estaban esparcidas por el suelo.

"Mila dijo que necesitas discutir algunas cosas", dijo Daniel.

"Sí, tengo algunas cosas que resolver al respecto, como preparar los cheques de la pensión alimenticia de ella y Luke. Quiero repasarlo todo junto con Mila para que no haya sorpresas cuando entremos en el despacho del abogado para firmar los papeles."

"¿No crees que debería participar en esta discusión?"

Sacudí la cabeza. "Esto no es una negociación. Si tienes dudas y quieres venir con nosotros al despacho del abogado, puedes hacerlo. Pero esto es entre Mila y yo".

"Si es Luke, debería participar en el proceso de toma de decisiones".

Seguí negando con la cabeza y levantando las manos con las palmas hacia fuera. "Sin ofender, pero no".

"¿Estás lista?", preguntó Mila al entrar en la habitación. Llevaba el pelo suelto y ondulante y los ojos brillantes. Parecía descansada y radiante. "Pórtate bien por el abuelo". Besó a Luke y me miró con el ceño fruncido mientras salía de la habitación.

Comprendí al vuelo, deseé buenas noches tanto a Daniel como a mi hijo y la seguí hacia la salida.

Tenía la puerta abierta y me esperaba fuera. Llevaba unos vaqueros ajustados que acentuaban sus curvas de una forma que a mi cuerpo le gustaba. No pude evitar tocarla, ni siquiera un poco. Le pasé el brazo por la espalda y me acerqué a ella.

"Estás preciosa", le dije, acariciándole el pelo.

"Llevo vaqueros y una camiseta. No me dijiste que iba a ser una velada elegante", se quejó mientras tiraba de la parte delantera de mi chaqueta. Era de diseño, toda mi ropa lo era.

"Vengo de una reunión". Mentí, queriendo quedar bien. "Estás perfecta, por cierto. No pensaba hacer nada elegante. Solo quería sentarme en algún sitio y hablar el tiempo que hiciera falta".

MILA

Habíamos empezado a reírnos de nuevo. Durante el último periodo, mi alegría hacia Chandler había desaparecido. Había dejado de sonreír y de reír. Ahora, sin embargo, esas emociones habían resurgido.

Estaba increíblemente guapo con su traje. Sabía que siempre estaba guapo, independientemente de su atuendo, pero había algo en aquel elegante traje que me hacía temblar las rodillas. Quizá por eso me enamoré de él hace tres años.

Su declaración de que no había planeado nada en particular era cierta. Aparcó el coche delante de un restaurante de comida rápida. Nunca había estado en aquel lugar; parecía una mezcla entre un bar de mala muerte y una cafetería. Las mesas eran inusualmente espaciosas y los aros de cebolla eran de los más deliciosos que había probado nunca.

Y empezó a hablar. Había expresado su necesidad de mantener una conversación real conmigo y eso era exactamente lo que estaba haciendo. Aunque no tenía intención de seducirme, escucharle hablar era extraordinario y me llenaba de un calor reconfortante.

"No estuve a tu lado cuando me necesitaste. Quiero asegurarme de que, pase lo que pase, ni a Luke ni a ti os falte de nada", dijo.

Fue quizá lo *más* bonito que había oído en mucho tiempo.

Todo parecía ponerse a mi favor. Papá había aceptado correr con los gastos de la guardería y ahora Chandler me ofrecía ayuda económica para nuestro hijo. Era un giro maravilloso de los acontecimientos, pero me resultaba difícil expresar mi gratitud. Abandoné mi asiento y me acerqué a Chandler, apoyando la cabeza en su hombro y entrelazando nuestras manos. Anhelaba una conexión entre nosotros, pero no podía mirarle a la cara.

"Incluso después de la prueba de paternidad, nunca tuve intención de pedirte ayuda", logré decir finalmente. "Pero mi padre me animó a hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta nuestras conversaciones anteriores sobre la prueba de ADN. Muchas gracias. Siempre he pensado que serías un gran padre. Eres una buena persona".

Me levantó suavemente la cara con un dedo bajo la barbilla. Percibí la profundidad de sus ojos antes de que sus labios rozaran los míos. Me acerqué, queriendo más, saboreando sus labios con los míos y pasando suavemente la lengua por ellos. Fue un momento de intensa pasión, pero terminó demasiado pronto.

Las últimas semanas con Chandler habían sido un torbellino de emociones.

Parecía que nuestro vínculo se fortalecía una vez más. Y en aquel momento, apretó sus labios contra los míos, encendiendo un deseo dentro de mí. Lo deseaba con todo mi corazón, tanto física como emocionalmente.

"Vámonos de aquí", murmuró en un tono profundo y ronco.

No necesitaba decírmelo dos veces. Me levanté de la mesa y cogí mi chaqueta. Arrojó unos veinte dólares sobre la mesa como generosa propina y cogió el cheque para pagar a la salida.

Una vez en el aparcamiento, me acercó a él, apretando su cuerpo contra el mío. "Te llevaré a casa y te haré el amor", me dijo con tanta autoridad que apenas pude responderle.

Asentí con la cabeza. Quise decir sí, por favor, pero las palabras me salieron como un chillido.

Conducía muy rápido, pero nunca parecía ser suficiente. Me mordí el labio todo el tiempo. La expresión de Chandler era decidida y concentrada mientras mantenía los ojos fijos en el tráfico. No intercambiamos ni una sola palabra.

Una vez en su casa, todas las luces estaban apagadas. No nos detuvimos a encenderlas, ni siquiera a tomar algo o seguir hablando. Chandler me cogió de la mano y me llevó a su dormitorio.

"Llevas demasiado tiempo desaparecida en esta cama". Sus labios se posaron sobre los míos y me abandoné a él.

Éramos un fuego juntos, llenos de pasión. No había seducción lenta y tierna, más bien había ganas de meterse en los pantalones del otro. Me gustaba este aspecto de él, quería tocar y saborear mi cuerpo tanto como yo lo deseaba a él.

Ronroneé cuando se quitó la camiseta y pasé mis cortas uñas por la parte delantera de sus pectorales. Los pelos de su pecho me hacían cosquillas en la punta de los dedos. Me encantaba esa sensación.

Me manoseó uno de los pechos y decidí pasarle los dedos por el pelo de la parte superior de la cabeza, ya sin poder alcanzar sus fuertes brazos para tocarle. Chandler solía derretirme cuando me tocaba así. Apenas podía pensar, apenas recordaba mi nombre. Me sentía como en el cielo.

Guió nuestros cuerpos contra las suaves sábanas de su cama. Tenía razón, hacía demasiado tiempo que no estaba allí. Comodidad, lujo, además del propio Chandler. Era como un sueño olvidado y era mejor de lo que recordaba. Sabía muy bien y por fin podía saborearlo de nuevo, era mejor, mucho mejor.

Las fuertes manos de Chandler me guiaban, me llevaban por donde él quería. Se llevó un pezón a la boca mientras me agarraba y masajeaba las caderas y me abría las piernas.

Sus dedos se deslizaron entre mis muslos con movimientos suaves y burlones.

Sentí su polla, pesada y caliente contra mi pierna. Quería acariciarlo. Quería tocarlo y hacerle sentir lo que él me hacía sentir a mí.

Dejo escapar un gemido cuando me acaricia entre mis partes íntimas con un dedo. Su tacto bailó

y jugó antes de presionar con firmeza su pulgar contra mi sensible nódulo. Mis caderas respondieron ansiosas, empujándose contra su mano experta. Sin esfuerzo, localizó el punto exacto que me proporcionaría más placer y lo tocó con maestría, justo como a mí me gustaba.

Estableció un ritmo constante contra mi punto sensible. Tal vez fuera solo lo que había inventado en su mente, pero lo sentí como un mensaje secreto enviado directamente a mi corazón. Era como si su pulgar prometiera penetrarme sin descanso hasta que no pudiera evitar gritar y volver a gritar.

Sus caderas se sincronizaron con ese ritmo mientras frotaba su dureza contra mi piel acalorada. Era el último hombre que había tenido ese tipo de contacto íntimo conmigo. No me atrevía a imaginar que nadie más pudiera igualar su nivel de experiencia a la hora de hacer disfrutar a mi cuerpo. Aunque no recordaba si a Chandler le gustaba que sus uñas dejaran marcas en su espalda o que sus dientes rozaran el delicado lóbulo de su oreja, probaría cualquier cosa cuando tuviera la oportunidad. De lo contrario, me abandonaba a su guía, permitiéndole que me utilizara y me llevara al borde de la locura.

Casi había llegado al límite, como si ya no pudiera contener el deseo.

"Te necesito", murmuré.

Se elevó, cerniéndose sobre mí, y me aseguró: "Estoy aquí, Mila. Aquí mismo".

"Sí, pero te necesito dentro de mí", logré decir.

Se retiró brevemente, haciéndome desear que volviera a tocarme. Intenté localizar el punto de placer que estaba tocando, pero mis dedos eran torpes comparados con los suyos. Antes de que pudiera hacerlo, Chandler regresó y apartó mis manos. "Si estoy aquí, no lo necesitas".

Se colocó entre mis muslos, apoyando su gran vara en mi entrada y provocándome. Su pulgar reanudó su ritmo contra mi clítoris.

Cuando apretó la punta contra mi entrada y se introdujo hasta el fondo, quise gritar de éxtasis. Este era su lugar, nuestro lugar: atados, íntimamente atados.

Cada fibra de mi ser se tensaba. Con cada brazada, con cada empujón, sentía crecer en mi interior las oleadas de placer. Me meció en la cama.

Le rodeé con las piernas, aferrándome desesperadamente. Quería fundirme con él por completo. Mientras yo me aferraba con fuerza a sus brazos y hombros, él seguía con un ritmo implacable, con un choque continuo de caderas.

Mis paredes internas chuparon y apretaron su polla, después de lo cual todo fue luz y fuegos artificiales. Apenas podía respirar mientras mi cuerpo se veía envuelto en un torrente de emociones extraordinarias. Fue un éxtasis al más alto nivel. Creo que Chandler nunca me había hecho correrme tanto.

Gruñó y aumentó la velocidad. Yo quería pedirle más, más fuerte, más rápido, pero ya viajaba a la velocidad de la luz. Tenía que alcanzarme.

Su orgasmo me dejó sin aliento y, cuando la última oleada se abatió sobre mi cuerpo, sólo pude jadear.

Chandler, cubierto de sudor, me miró, sonriendo.

Le miré fijamente a los ojos. No quería perder esto, perderle a él. "Te quiero", le confesé.

Me acarició el costado de la mejilla y me besó. Aún no estaba preparado para pronunciar esas palabras, pero las sentía. ¿Verdad? ¿Cómo podía haberle hecho eso a mi cuerpo y no amarme también?

"Lo he pensado", dijo mientras se levantaba. "Quiero que tú y Luke os quedáis aquí".

Cruzó la habitación hasta el cuarto de baño y cerró la puerta.

Le seguí, conmocionada por sus palabras y al mismo tiempo fascinada por sus fuertes nalgas. Tenía un trasero fabuloso.

"¿Qué quieres decir con 'quedarnos aquí'?", le pregunté en cuanto se abrió de nuevo la puerta del baño. "¿Te refieres a vivir contigo? ¿Mudarnos y convertirnos en una familia?". Mi corazón quería explotar de felicidad. "Sí, sí, eso sería genial".

Sacudió la cabeza y recogió los calzoncillos del suelo. Se balanceó sobre una pierna mientras se los ponía.

"¿Qué pasa?"

"No tengo intención de quedarme aquí. He aceptado un puesto directivo en una empresa de Sudamérica. Retrasé mi partida para asegurarme de que todos los preparativos para Luke estuvieran resueltos".

"¿Estás rompiendo conmigo otra vez? Pero si te quiero, ¿por qué me haces esto?". El dolor recorrió cada célula de mi cuerpo.

Chandler se acercó a la cama y me abrazó. "Ven conmigo", me suplicó. "Podemos estar juntos y formar una familia".

"No puedo", sollocé. "No puedo salir del país hasta que se aclare esta estúpida investigación. ¿No puedes quedarte más tiempo?"

"Lo he aplazado todo lo posible. Ya está todo decidido. Si no puedes venir conmigo, quiero que vengas a vivir y te quedes aquí". Sus brazos y su comodidad se alejaron de mí. "Podemos arreglarlo en los próximos días para que recibas las llaves y traslades tus cosas".

CHANDLER

Mila no estaba en casa cuando fui a darle las llaves de mi piso. Se las di a Daniel.

"Ya tiene una casa aquí", dijo.

Le miré y no dije nada. Siempre la trataría como a una niña castigada mientras siguiera con su padre. No le estaba enseñando a ser adulta mientras Luke y ella vivieran en la misma habitación. En cualquier caso, necesitaba que me apoyara en esta elección. Necesitaba a alguien que entendiera de finanzas para vigilarla. Ya no quería que nadie se aprovechara de ella y, por desgracia, eso significaba que tenía que confiar en Daniel, a pesar de que, en mi opinión, era tan culpable como cualquier otro a la hora de engañar a Mila.

"Luke debería crecer en un lugar donde tenga su propio espacio. Pueden convertir mi antiguo despacho en una sala de juegos. Si Mila decide no vivir allí, ya sabe cómo ponerse en contacto conmigo. En ese caso, me pondré en contacto con mi antiguo agente inmobiliario y alquilaré la casa. Pero prefiero tenerlos allí a ella y a Luke".

"¿De verdad vas a ir a Argentina?"

Asentí bruscamente con la cabeza. "Sí. Mi viejo mentor tiene una oportunidad que sería estúpido dejar pasar", dije.

"¿Como el que te llevó a Zurich?"

"Exacto, pero en una organización diferente. Nuevo País, nueva empresa, nuevas oportunidades".

Daniel negó con la cabeza: "Igual que la última vez".

"No." Dije sin rodeos. "La última vez no tenía ni idea de que Mila estaba embarazada. Esta vez sé lo que dejo atrás. Quizá no esté allí para siempre y, de todos modos, ella sabe cómo ponerse en contacto conmigo. Seguiremos en contacto y volveré aquí algunas veces al año. Todos los fondos para la subsistencia de Luke se ingresarán directamente en su cuenta bancaria dos veces al mes. Dejaré las llaves del coche en casa y ya he añadido el nombre de Mila al seguro".

"¿Vas a ver a Luke antes de irte?", preguntó Daniel.

"Ya nos hemos despedido". Había sido una visita estresante. Mila estaba enfadada conmigo.

Quería echarle toda la culpa a ella, pero no tenía sentido. Mi decisión se había tomado por motivos de trabajo y había sido muy inteligente. Quizá tarde o temprano ella se daría cuenta y,

cuando terminara la investigación del FBI, podríamos encontrar la manera de que todo funcionara.

El coche al aeropuerto llegó poco después de mi llegada a casa. Esta vez dejar Estados Unidos fue extrañamente diferente, no como cuando me había mudado a Zúrich, esta vez lo sentí más permanente. Cuando volviera, esta ya no sería mi casa. Se convertiría mágicamente en el de Mila y Luke. Había una pizca de melancolía en ese pensamiento. Dejaba atrás lo que era mío para siempre.

El aeropuerto internacional estaba abarrotado de viajeros que esperaban dormir en sus vuelos a otros destinos continentales. Yo no estaba estresado, pero algo no iba bien. Tenía demasiado calor o demasiado frío. Cuando había cogido el avión para visitar a Grimes el mes anterior, el viaje me había parecido tan fácil. Había dormido como un bebé. Ahora, sin embargo, cada bache y golpe durante el vuelo me hacía perder los nervios.

Una vez que aterricé, me sentí angustiado. Conseguí pasar la aduana y recuperar mi equipaje como un zombi agotado por el viaje. Busqué el número de Grimes en mi teléfono argentino, que había comprado después de pasar una tarde con él. Sabía que volvería.

Llegué, de camino al hotel. Le envié un mensaje una vez que estaba en el taxi.

Sonó mi teléfono.

"Un mensaje no es suficiente. Por fin estás aquí". Su voz se oía fuerte a través del auricular Bluetooth, como si estuviera en el altavoz. Bajé el volumen.

"Estoy de mierda", confesé.

"Oh, ¿un mal vuelo?"

"Muy largo y no podía dormir".

"Entonces, en lugar de salir, cenaremos en el restaurante del hotel".

"No, gracias. Realmente necesito ordenar las cosas para mañana y luego desmayarme".

"Ahora estás en Argentina. Duerme la siesta y a las diez estaré en el hotel para cenar".

"¿A las diez? ¿No es tarde?", le pregunté.

"En realidad es bastante normal como hora de la cena. Aquí hacemos las cosas un poco diferentes".

"Bien", solté un largo suspiro que se convirtió en un bostezo. "Pondré el despertador y nos vemos en el vestíbulo".

"Me parece un buen plan".

Pareció pasar una eternidad entre el trayecto en taxi y el registro en el hotel. Lo mismo cuando el botones me trajo las maletas y me enseñó la habitación, mostrándome cómo funcionaban las cortinas y dónde estaban las toallas extra. Mi español era malo, pero pude balbucear algunas palabras mientras le daba la propina.

Después de quitarme los zapatos, me tiré boca abajo en la cama. Me dormí. Todavía estaba

muerto de cansancio cuando me despertó una llamada telefónica.

Ni siquiera había cerrado las cortinas antes de quedarme dormido. La ciudad estaba completamente iluminada a mi alrededor. Era una vista espectacular. Eran casi las diez y ya era hora de irme a la cama. Mila estaría medio tumbada en la cama, leyéndole un cuento de hadas a Luke antes de acostarse.

Miré el horizonte de Buenos Aires pero solo pude ver a Mila levantando suavemente a Luke, que estaba dormido, y colocándolo en su cuna. Dormía tan profundamente que no se movía ni un centímetro. Le ajustaba el pijama, lo arropaba con la manta y le ponía un peluche a su lado. Y luego, en silencio, levantaba la barandilla lateral para que no se cayera de la cama.

Podía verlos tan claramente como si hubiera estado allí de pie apoyado en su puerta, como había hecho hasta hacía poco.

¿Qué coño hacía yo aquí?

Tiré una maleta y luego la segunda en el sofá de la habitación. Abrí una y en ella encontré un traje limpio. El que llevaba ya tenía más de ocho horas, así que era hora de cambiarse.

Me lavé rápidamente, rebusqué en las dos maletas hasta encontrar mi desodorante y me vestí. No me había dado tiempo a afeitarme y dudaba que pudiera hacerlo.

Cuando llegué al vestíbulo, Grimes parecía haber esperado demasiado.

"Oh, qué oportuno. Ya he llamado a la camarera y nuestra mesa estará lista en breve. ¿Tomamos algo?"

Asentí y le seguí. Le dejé pedir, su español era mucho mejor que el mío. Se podría decir que mi español apenas existía. En lugar de estudiar el idioma, había pasado tiempo con Mila y Luke.

La camarera nos trajo bebidas, luego tomó nuestros pedidos y pronto me encontré empujando comida en un plato, sin especial hambre. No sabía si alguna vez me acostumbraría a comer, aunque fuera algo ligero, a esas horas.

Mis pensamientos volvían una y otra vez a Mila y Luke. Una camarera con el pelo largo y ondulado parecido al de Mila se dio la vuelta y por una fracción de segundo mi corazón se aceleró pensando que era ella. Sabía muy bien que no lo era. Mila no estaba aquí, pero por alguna *absurda* razón, yo sí.

Grimes estaba pontificando sobre algo a lo que yo no había prestado mucha atención cuando me di cuenta de que no debería estar aquí. Levanté la mano para indicarle que parara.

"Tu asistente aún no ha reservado el piso del que hablábamos, ¿verdad?".

"Todavía no. Dijiste que primero querías ver cuál sería la situación. Al menos no repetir lo que hiciste en Suiza".

"Bueno, bueno. No creo que necesite un lugar para quedarme aquí".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Grimes, como si no fuera obvio.

"No voy a quedarme. Tengo que volver a Estados Unidos. Quizá vuelva aquí en el futuro, pero

no ahora".

Sacudió la cabeza y me miró con expresión perpleja.

"Hay una mujer en mi vida y no debería haberla abandonado. Tengo que volver y arreglar las cosas con ella", le expliqué. Tenía que volver y decirle a Mila que la quería y que nunca volvería a dejarla.

"Estás cometiendo un error", dijo Grimes. "Nunca he permitido que una mujer se interpusiera en mi camino hacia el éxito".

Mientras lo miraba, solo podía pensar en esto. Era simplemente un viejo cenando con otro hombre. Admiraba su perspicacia para los negocios. Confiaba en sus decisiones y análisis, pero el dinero nunca sería como los suaves brazos de Mila abrazándome en la cama por la noche.

"No, no es así. Habrá otras oportunidades de trabajo, mientras no haya otra mujer. ¿Sabías que ahora soy padre? Prácticamente perdí la oportunidad de conocer a mi hijo porque lo dejé todo para sustituirte en Zurich".

Grimes dejó el tenedor. Gruñó y resopló antes de dejar tranquilamente la servilleta sobre el plato. Había terminado de comer.

"No irás a ninguna parte en este mundo si crees que jugar así es aceptable. Quemaste un puente conmigo esta noche, Chandler Owens. No olvidaré esta traición por una zorra que claramente te atrapó. ¿Estás tan seguro de que el bebé es tuyo?"

Hablé apretando los dientes. "Puedes irte. No digas ni una palabra más de la que te arrepientas". Mantuve la voz baja, la rabia que sentí cuando mi antiguo amigo y mentor sintió la necesidad de cortarme porque le había defraudado me quemaba en las venas.

"Lo único que lamento es haber esperado más de ti". Grimes se levantó y se alejó.

Resistí el impulso de tirarle un vaso por la espalda. En lugar de eso, me terminé la cena, de repente muy hambriento. De vuelta a mi habitación, saqué el portátil. Hice una búsqueda rápida de vuelos. Había uno para dentro de unas horas. Reservé el vuelo. Podría volver a casa al día siguiente por la noche.

Cogí el teléfono de la habitación y llamé a recepción.

"¿Podría pedir un taxi al aeropuerto y traer mis maletas?"

"¿Ya se va, señor?"

"Sí".

Me sentía más despierto que en días, mientras la adrenalina se disparaba y recorría mi organismo.

Venir aquí había sido un error. Un error que podría haber rectificado.

MILA

Por la mañana, cuando me desperté, sentí un apretón en el corazón.

Chandler me había dejado otra vez.

Yo no quería que se fuera, pero él solo pensaba en su trabajo. Los negocios estaban antes que la familia. Lo había descubierto a mi costa, pero había elegido olvidarlo y ahora estaba sufriendo.

Prepararme para el día era como luchar contra una niebla de dolor que se arremolinaba a mi alrededor y de la que no podía librarme. Hice café, pero no me ayudó. No me reconfortó ni me dio las respuestas que buscaba. Me dolían los brazos al moverlos, pero aun así conseguí levantar a Luke y prepararlo para el día.

Papá y yo no nos habíamos dicho mucho, pero... ¿qué había que decir? Me habían abandonado, *otra vez*.

Llevé a Luke a la guardería y luego me fui a trabajar al locutorio. Tarde o temprano iba a tener que hacer algo para encontrar un empleo mejor. No podía seguir quejándome sin hacer nada para cambiar las cosas. Ese día no podía hacerlo.

No sabía cómo cambiar las cosas y cómo mantener a Chandler conmigo. Si estar enamorada de él y tener un hijo con él no era suficiente, ¿qué podía hacer?

Sonó mi teléfono.

"¿Hola?" Por el identificador de llamadas supe que era Klein, el agente del FBI. No quería hablar con él, pero tenía que hacerlo.

"Mila, buenos días", estaba demasiado alegre. "Te llamaba para decirte que podemos devolverte tu teléfono. Puedes venir a recogerlo a la oficina en cualquier momento durante el horario normal de oficina".

"¿Se acabó? ¿Soy libre de viajar?" El corazón me dio un salto en la garganta, tal vez ese era el camino a seguir para recuperar a Chandler.

"Desafortunadamente todavía no. Necesitamos que te quedes".

"¿Has puesto un micrófono en mi teléfono, algún tipo de rastreador?", le pregunté. Estaba bromeando solo en parte.

"¿Me creerías si te dijera que no?"

Me encogí de hombros. "Bueno, en realidad no. De todas formas, gracias, en cuanto tenga el día libre paso a recogerlo".

La llamada terminó, pero me había dado una idea. Podría haber seguido a Chandler, pero no ahora. Inmediatamente le envié un mensaje. No tuve que pensar lo que quería decirle. Dejé que mis emociones corrieran libres en el texto.

Te quiero, empezaba el mensaje. *Por favor, piensa en mí.* No escribí más.

Las lágrimas me nublaron la vista mientras escribía. Las sequé y envié a Chandler otro mensaje: *Te quiero*.

Lo único que me impedía comprobar obsesivamente mi teléfono era la política de la empresa: nada de teléfonos durante el tiempo libre. Sin embargo, comprobé los mensajes durante el descanso y durante la comida. Aún no los había leído. No iba a dejar que Chandler me abandonara. Bien, si no quería leer mis mensajes, me habría puesto en contacto con él de otra manera.

Le envié un correo electrónico.

Cuando recibí una respuesta casi instantánea, sentí una oleada de entusiasmo. Chandler me había contestado por correo electrónico. Pero el entusiasmo se desvaneció cuando leí el mensaje: *Imposible entregar, dirección desconocida, la dirección no existe*. Qué tontería, claro que existía esa dirección de correo electrónico. Era suya desde hacía años.

Aún me quedaban diez minutos para comer, así que llamé a su despacho. Por alguna razón, mi llamada fue desviada a la recepción principal.

"Chandler Owens, por favor", dije.

"Lo siento, pero tengo problemas para encontrarle en nuestro directorio. ¿En qué división trabaja?", me preguntó la recepcionista.

"Es el Director General", respondí, casi molesto.

"Lo siento, pero nuestro director de operaciones no es Chandler Owens".

"¿Están Kyle Manning o Kathleen McDonald disponibles? ¿O sus asistentes? Me llamo Mila Jones y solía trabajar para Kyle".

"Un momento". Hubo una pausa con la música de espera.

"¿Mila? He oído que buscas a Chandler", me dijo la voz de Kyle Manning.

"Sí, se está trasladando a otra de sus oficinas, pero no puedo localizarle", le expliqué.

"Probablemente sea porque ya no trabaja con el Grupo Wilson. Nos dejó para montar su propio negocio hace unos dos o tres meses. Siento no tener datos de contacto suyos".

Sentí que el corazón me estallaba en el pecho. Chandler ya no trabajaba en Wilson, se había marchado a Argentina y no sabía si recibía mis mensajes. Había dicho que se pondría en contacto conmigo, pero no pude encontrarlo.

Me costaba respirar. No podía pensar.

"Oh, vale, no importa entonces", murmuré, terminando la llamada.

Afronté el resto del día siguiendo la rutina habitual, como un robot. Hice cientos de llamadas, recogí a Luke, preparé la cena. Papá se ofreció voluntario para acostar a Luke, creo que vio que yo estaba pasando por un momento difícil. Habría estado bien que se hubiera ofrecido a cocinar y fregar los platos para que yo pudiera irme a la cama con Luke. En lugar de eso, seguí comportándome como una autómata que sigue unas instrucciones. Sin pensamientos, sin emociones, solo acciones.

"¡Mila!" El grito de Chandler resonó en la casa.

Salté y se me cayó una taza del susto. Acabé con un ruido sordo en el fregadero. Antes de que pudiera pensar, corrí hacia la puerta principal. *¿Chandler?*

Había entrado sin llamar. Llevaba al hombro aquella bolsa de viaje tan familiar que yo recordaba de nuestros muchos viajes de negocios. Parecía agitado, sus ojos brillaban de excitación.

No tuve oportunidad de decir nada antes de encontrarme entre sus brazos, apretada contra él, con su boca en la mía. Me desplomé contra él, fundiéndome entre sus labios y entregándome a la pasión que inflamaba mi corazón.

"Creía que te habías ido", logré decir con un resoplido.

"Lo siento, lo siento. Llegué allí y me di cuenta de que era el segundo, no, el *mayor* error de mi vida. No podía abandonarte a ti y a nuestro hijo. Nunca habría sido capaz de perdonarme".

"¿Volviste por mí?"

Me apartó el pelo de la cara y me miró fijamente a los ojos. "Volví por nosotros. Por ti. Te quiero, Mila. Te quiero".

"¿Has mirado tus mensajes?", le pregunté estúpidamente.

Sacó el teléfono del bolsillo y empezó a dar golpecitos con el dedo en la pantalla táctil. "No recibí nada en todo el día. Tenía el teléfono en modalidad avión y cuando lo encendí no recibí nada... Pero, ¡joder! Este es el teléfono equivocado". Se dio la vuelta y volvió a mirar las maletas que seguían fuera del porche. "Este es el teléfono que me llevé para usar en Buenos Aires. Mi otro teléfono, en el que se suponía que ibas a dejar mensajes, está en una de estas maletas". Me acercó a él. Podía oír su voz retumbando en su pecho. "¿Qué me habías mandado?"

Le empujé para que aflojara su agarre sobre mí lo suficiente para que pudiera mirarle a la cara. "Te pedía que pensaras en mí. Que me reuniría contigo en cuanto pudiera, si quería, y que no podría estar sin ti". Me tapé la nariz y me di cuenta de que estaba llorando otra vez.

"No harás eso cariño, nunca tendrás que hacer nada de esto sin mí".

"¿Qué está pasando?" Preguntó papá mientras bajaba las escaleras. "Tienes suerte de que Luke no se haya despertado. ¿Chandler? Pensé que estabas en Argentina".

"He vuelto".

"¿Por qué?", preguntó papá.

"Para pedirle a Mila que se case conmigo. Para estar con mi familia. He vuelto para no cometer el mismo error dos veces".

"¿Te quedas?" No podía creer lo que oía. No podía creer que mis ojos lo vieran, pero mi corazón lo sabía.

"Me quedaré aquí y te casarás conmigo". No era una pregunta.

Asentí con la cabeza. Nos íbamos a casar.

Papá sonrió, una sonrisa genuina, la primera que veía en mucho tiempo. Se apresuró a bajar el resto de las escaleras y nos abrazó a Chandler y a mí: "Tenemos que planear la boda".

Me dio un beso en la mejilla, miró a Chandler y se echó a reír. "Te llamaré ahijado a partir de ahora".

"Ni de coña", dijo Chandler, riendo. Me miró, aún sonriendo y riendo.

"He pasado treinta y seis de las últimas cuarenta y ocho horas en un avión. Estoy hasta arriba de adrenalina y cafeína. Estoy a punto de colapsar", mientras Chandler decía estas palabras, vi que sus ojos se cansaban cada vez más.

"Puedes dormir..."

"Llévalo a su casa, estará más cómodo en su cama", dijo papá despidiéndose con el dorso de la mano. "Ve, ve, yo puedo terminar de lavar los platos y Luke y yo estaremos bien. Nos vemos para la hora de comer. Seguro que Luke también estará deseando ver a su padre".

Cogí las llaves y el bolso y empujé a Chandler por la puerta delante de mí.

El coche se sacudió cuando cargó las bolsas en el maletero.

"No conduces el todoterreno que te dejé".

"Aún no he podido comprobar la casa", admití.

Chandler se quedó dormido mientras conducíamos hacia su casa. Despertarle y sacarle del coche y meterle en casa fue como lidiar con un Luke dormido pero *gigante*. Solo que con mi pequeño tenía la opción de levantarlo. Intenté despertarle y, aunque no lo conseguí del todo, llegamos a la puerta de su piso. Cerré la puerta detrás de nosotros y le ayudé a quitarse el bolso, que aún le cubría los hombros y el pecho, para quitarle el abrigo largo.

"Chandler, necesito que me ayudes, no puedo levantarte y subirte por las escaleras".

Algo en él se quebró. Se puso de pie, con los párpados aún a media asta, ya no parecía somnoliento, sino incluso travieso. "Puede que no seas capaz de levantarme, pero yo puedo levantarte a ti".

Y así lo hizo. Chillé, pero no me retorcí por miedo a que me soltara. Me llevó en brazos como si fuera ligera como una pluma. Nunca me perdió de vista y no tropezó en todo el camino hasta su dormitorio.

Abrió la puerta de su habitación de una patada.

"Te quedarás conmigo esta noche", dijo.

"Por supuesto, toda la noche. Te quiero".

Me besó, mientras yo aún estaba en sus brazos. Por alguna razón fue diferente, mejor que nunca. Fue el primer beso del resto de nuestras vidas juntos.

EPÍLOGO: CHANDLER

Seis meses después...

"Chandler viste..."

"¡No!", grité mientras subía las escaleras. Mila llevaba todo el día preguntándome si había visto una cosa u otra de Luke. Aquel niño había hecho suyas todas las habitaciones de la casa; sus juguetes estaban por *todas* partes.

"¡Chandler Owens, no eres de ayuda!" Mila gritó de nuevo.

"¡Tengo invitados!"

Los chicos estaban fuera haciendo una parrillada. No estaba exactamente planeado y, mientras el tiempo aguantara, no veía por qué no podían estar fuera mientras los transportistas estaban dentro. Había subestimado lo mucho que los chicos entraban y salían de la casa cuando llegaban. Había un constante ir y venir entre la cocina y la parrilla, comida, cerveza, sal y pimienta, más cerveza. Era interminable.

Esto no habría sido un problema, salvo que también había subestimado la cantidad de gente que iba a estar allí para llevar a cabo la mudanza. Todas nuestras pertenencias iban a ser empaquetadas y enviadas. Nos iríamos la semana siguiente.

Salí al porche. Fue la última vez que vería a los chicos en los siguientes cinco años. Fue mucho tiempo, el suficiente para que decidiera vender el piso. No merecía la pena dejarlo vacío ni tener que amueblar otro en la otra punta del mundo.

"¿Por qué no ayudas a mi hija?", preguntó Daniel, sonriendo. Nunca perdía la oportunidad de meterse conmigo, ahora que era su yerno. Era divertido, pero a veces no sabía si estaba bromeando o hablando en serio.

"¿Queréis que entre y os deje a vosotros, perdedores, aquí fuera a vuestra suerte?", bromeé.

"¿Qué? No, Chandler tiene que quedarse con nosotros", intervino McLain en mi defensa. "Tenemos que llenarle la cabeza de fútbol americano y recuerdos relacionados con el deporte, el de verdad, de lo contrario cuando vuelva estará hablando de rugby y llamando al fútbol, soccer".

Me rodeó el cuello con el brazo en un apretón amistoso, desequilibrándome.

"Mira, no nos iremos hasta dentro de una semana". Levanté las manos en señal de rendición. ¿Cómo podía quedarme con los chicos cuando Mila me necesitaba?

"Te estamos ayudando a vaciar la cocina. Así no tendrás que preocuparte de qué hacer con todos los restos de comida, no habrá ninguno", intervino Doug.

"Podemos arreglárnoslas solos, ¿por qué no vas a ver cómo está tu mujer?", insistió Greg.

Volvía a estar dentro y arriba sin tener que repetirlo dos veces.

"Disculpe", dije uno de los empaquetadores mientras lleva una carga de cajas por el pasillo.

Me hice a un lado, dejándolo pasar antes de deslizarme en el dormitorio de Luke.

Mila estaba sentada en el suelo. Tenía una caja abierta a su lado. Luke caminaba de un lado a otro recogiendo todos los juguetes que tenía a su alcance, los colocaba en la caja, luego la volvía a recoger y la tiraba al suelo. Mila tenía las mejillas llenas de lágrimas.

"Hola, cariño, ¿qué pasa?" Me arrodillé frente a ella.

Se arrojó a mis brazos. "No puedo hacerlo", gimió.

"¿No quieres irte?" le pregunté. En los últimos meses lo había preguntado a menudo.

Mi antiguo mentor y amigo, Marcel Grimes, no se contentó con poner fin a nuestra relación con un gesto casi infantil. Yo era padre de un niño de tres años que no tenía ninguna crisis de ese tipo. Grimes tuvo que hacer saber a sus contactos en el mundo de los negocios que ya no había acuerdo entre nosotros y que no se fiaba de mí, mencionando mi nombre a cualquiera si yo invocaba el suyo como forma de recomendación.

Esa noticia se había extendido rápidamente y también había llegado a otras personas a las que Grimes había jodido en el pasado. Cuando me echaron en cara la única oportunidad que creía tener, todo un pasillo de puertas se abrió a nuevas perspectivas. Resultó que mi asociación, aunque negativa, con Grimes no había sido una ventaja como siempre había pensado.

Uno de los antiguos hombres de negocios de Grimes, Tom Baker, se puso en contacto conmigo. Había algo muy interesante desarrollándose en Nueva Zelanda. ¿Me habría interesado mantener una conversación? Sentí mucha curiosidad y voló a Estados Unidos para contármelo. La conversación resultó ser realmente asombrosa y duró casi una semana.

"¿Qué te parece Nueva Zelanda?". le pregunté a Mila, una vez terminadas las negociaciones con Tom.

Habíamos terminado diciéndole sinceramente que debía hablarlo con mi mujer. Él lo entendió. En ese momento la conversación pasó de los negocios a cómo sería formar una familia en Nueva Zelanda.

"No deberíamos tener que aprender un nuevo idioma ". Aunque este era uno de sus pros, también era un contra. Ella quería aprender un segundo idioma. Las idas y venidas, la ponderación de pros y contras se discutieron durante semanas.

Tuvimos discusiones serias, otras más suaves en el coche cuando uno de los dos pensaba en algo. En cualquier caso, cada vez ninguno de los dos encontraba una razón para no irse.

"Creía que tú también querías irte", le acaricié el pelo. Toda nuestra vida estaba a punto de ser empaquetada en cajas para ser selladas en cajones de envío. Si había cambiado de opinión, había esperado hasta el último momento para decírmelo.

Sacudió la cabeza y se incorporó. "No", dijo secándose las lágrimas. "No puedo hacer nada. Luke sigue desordenando todo en cuanto guardo algo. Y hay algunos juguetes que hay que empaquetar juntos, porque si no, no caben, y entonces nos llevamos un montón de trastos. Me cuesta mucho hacer de madre y empaquetar mientras tú estás por ahí bebiendo y liándote a mamporros con tus amigos".

"Oh", exclamé.

"Cada vez que te pido ayuda, siempre me dices que no. No puedo hacerlo".

Miré a mi mujer. No era consciente de lo buena que era en realidad. Apreciaba el hecho de que no tuviera miedo de comunicarme sus frustraciones. Los dos habíamos aprendido a nuestra costa que guardarse secretos solo conducía a problemas en la relación.

"¿Qué necesitas?", le pregunté.

Necesitaba más manos, más tiempo. "No puedo ocuparme de esto" - señaló la caja en la que Luke disfrutaba metiendo y sacando cosas - "y, al mismo tiempo, asegurarme de que he guardado todos los visados, vacunas y documentos de viaje juntos, y...". Cerró los ojos.

Sentía un peso cada vez mayor.

"Vamos." La ayudé a levantarse y cogí a Luke en brazos. "Tú vienes conmigo."

Se rió entre dientes y se acomodó mientras yo llevaba a Mila fuera.

"Chicos, es hora de ser útiles".

"Hola, Mila". McLain la saludó.

"Un día de locos, ¿eh?", añadió Greg.

"Escucháis. Mila necesita ayuda para encontrar unas cosas desperdigadas por la casa". La miré y le hice un gesto para que se hiciera cargo.

Describió los juguetes y las cosas que no podía encontrar.

"Será como una búsqueda del tesoro", dijo Greg al entrar.

"¿Y cuál será el premio?" preguntó McLain.

"¿Qué tal una cerveza?", contestó Mila.

"Buena idea, perfecto", dijo riendo.

Entregué Luke a Daniel. "Haz algo útil.

Encontramos varias de las cosas que Mila buscaba. Ella había encontrado e impreso algunas

listas para los viajes al extranjero que quería. Yo me encargué de elegir qué juguetes de Luke se enviarían, cuáles se regalarían y cuáles se colocarían en el equipaje que llevaríamos en el avión. Con una mano extra, conseguimos hacer mucho más trabajo en poco tiempo. Los empaquetadores terminaron de meter la mayoría de nuestras pertenencias en cajas y lo apilaron todo en el garaje y el salón. El resto tendría que encontrar un hueco en nuestras maletas, de lo contrario sería regalado.

"Gracias", suspiró Mila, apoyándose en mí. "No me sentía tan tranquila desde que el agente Klein me dijo que estaba libre de sospecha".

Resultó que su trabajo había formado parte de la tapadera legal de una operación de blanqueo de dinero. Mila había sido simplemente una víctima, por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado y tener mal juicio cuando se trataba de trabajos.

Nos reunimos todos en la terraza trasera, con la carne que llevaba horas ahumándose y estaba lista. Por no hablar de que a todo el mundo se le había abierto el apetito para empacar.

"Un contrato de cinco años, ¿hablas en serio?". volvió a preguntar McLain. "No me imagino haciendo nada durante cinco años".

Era lógico que el hombre, cuyos dos últimos matrimonios habían durado en total menos de cinco años, pensara que aquello era mucho tiempo.

"No reconocerás a Luke la próxima vez que lo veas", le dijo McLain a Daniel.

"No voy a esperar a que vuelvan para volver a verlos", dijo. "Pienso reunirme con ellos en avión".

"¿Cuándo vendrás a vernos después de irte?", preguntó Mila.

"Qué preguntas, después de la Superbowl por lo menos", respondió.

"Serán cinco o seis meses. Para entonces habremos arreglado la casa y tendremos una habitación de invitados lista para ti", añadí.

El aire del atardecer era fresco. Nuestros amigos nos rodeaban y yo estaba con Mila y Luke. Estaba listo para mi próxima aventura. E iba a ser aún mejor porque iba a vivirla con Mila y mi hijo, juntos, en familia.

"¿En qué estás pensando?", preguntó Mila. "Pareces un poco melancólico. ¿Te estás arrepintiendo de tu decisión de irte?".

"¿Melancólico? Sí, quizás has encontrado exactamente la palabra adecuada. Echaré de menos todo esto. Pero no me arrepiento de nada y estoy seguro de que no me equivoco en absoluto. Esta vez te tengo conmigo, así que eso significa que tengo todo lo que necesito".

"Te quiero", me dijo. Se puso de puntillas y me besó.

Elegir a Mila había sido la mejor decisión que había tomado nunca.